MORGAN ASHWORTH

LAS ESTRELLAS DEL PEREGRINO



Atreyu

LAS ESTRELLAS DEL PEREGRINO

Morgan Ashworth

Atreyu Servicios Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Las Estrellas del Peregrino
Prólogo
Capítulo 1: El Polvo de los Siglos
Capítulo 2: La Intrusa del Andamio
Capítulo 3: La Cantiga de Sangre
Capítulo 4: Sombras en el Claustro
Capítulo 5: Alianza Forzada
Capítulo 6: La Fuga de Compostela
Capítulo 7: El Puente de los Herejes
Capítulo 8: El Dragón de Piedra
Capítulo 9: Cacería en la Niebla
Capítulo 10: El Código de las Estrellas
Capítulo 11: Ecos de Prisciliano
Capítulo 12: La Villa de las Lápidas
Capítulo 13: Sangre en el Granito
Capítulo 14: El Sabueso y la Presa
Capítulo 15: Danza de la Muerte en Muros
Capítulo 16: A la Deriva
Capítulo 17: El Hórreo Infinito

Capítulo 18: El Olimpo Celta
Capítulo 19: La Trampa de Ézaro
Capítulo 20: La Voz del Pastor
Capítulo 21: Retorno a la Ciudad Santa
Capítulo 22: El Vientre de la Bestia
Capítulo 23: La Cripta de los Sin Nombre
Capítulo 24: Doce Horas de Oscuridad
Capítulo 25: La Celda del Olvido
Capítulo 26: El Gambito del Inspector
Capítulo 27: Sacrificio de Papel
Capítulo 28: Fuego en el Altar
Capítulo 29: Ascenso a los Cielos
Capítulo 30: La Cruz dos Farrapos
Capítulo 31: El Último Sermón
Capítulo 32: La Caída del Ídolo
Capítulo 33: Cenizas y Silencios
Capítulo 34: La Puerta Tapiada
Capítulo 35: El Fin del Camino
Capítulo 36: Ecos de una Vieja Amistad
Capítulo 37: La Tesis Prohibida
Capítulo 38: Ultreia
Capítulo 39: El Nuevo Guardián
Capítulo 40: Las Estrellas Permanecen
Epílogo

LAS ESTRELLAS DEL PEREGRINO

Morgan Ashworth

PRÓLOGO

La piedra pómez raspaba contra el pergamino con un siseo seco, como el arrastre reptil de una víbora invisible. En la soledad del scriptorium, bajo la bóveda de cañón que apenas lograba contener el frío húmedo de la noche gallega, aquel era el único sonido que competía con el vendaval exterior. Los tendones de la mano derecha del hermano Giraldo, anudados por la artritis y el pánico, tensos, amenazaban con desgarrarse. No era suficiente. La tinta ferrogálica, negra como la boca del infierno mismo, se negaba a abandonar las fibras del pergamino, tan incrustada como la marca de la primera culpa.

Giraldo detuvo el movimiento frenético de la muñeca. Su respiración, entrecortada y vaporosa en el aire gélido, empañaba la llama moribunda del candil de sebo que, ya débil, amenazaba con extinguirse. Miró el folio. No era un texto canónico. No se trataba de las palabras apostólicas sancionadas por Roma, ni de las glosas de los padres de la Iglesia que sus hermanos copiaban durante las horas de luz. Aquellas líneas, traídas desde los desiertos de Oriente y traducidas en secreto, bajo la complicidad de las sombras, hablaban de una verdad que el Arzobispo Gelmírez quemaría junto con quien la portase.

La Iglesia enseñaba a mirar al suelo, a la humildad de la tierra. Este texto, en cambio, obligaba a alzar la vista, no al Cielo prometido, sino al abismo matemático del firmamento. Era el Evangelio de las Estrellas. Un tratado que susurraba que la voluntad divina era un eco

lejano, y que la mecánica implacable del cosmos el verdadero tejedor de destinos. Si aquello salía de los muros de Compostela, si la cristiandad descubría que las nebulosas dictaban la fortuna de los reyes y que Dios era un hacedor impasible, los cimientos de la fe se agrietarían más rápido que el barro seco bajo el sol estival.

Un sonido sordo interrumpió su parálisis.

No fue el trueno, aunque la tormenta castigaba la ciudad con una furia primigenia. Fue algo más cercano. Más pesado. La madera de roble de la escalera de caracol, tres pisos más abajo, había gemido.

Una losa de granito pareció posarse sobre sus costillas, aplastándole el aliento. Giraldo sabía quién subía. Nadie más deambulaba por la catedral en construcción a aquellas horas intempestivas. Los maestros canteros dormían en sus barracas; los novicios soñaban en sus celdas. Solo él, el bibliotecario con la llave de hierro colgada al cinto, y *él*. La Sombra. El Stellifer.

Giraldo volvió a atacar el pergamino, esta vez con la furia ciega de un animal acorralado. El raspador de hueso se clavó en la membrana, rasgando una esquina.

—¡Maldición! —susurró, y la palabra retumbó en la acústica implacable de la sala vacía.

Otro paso. Esta vez más cerca. El crujido de la madera vieja ascendía como una ola densa de miedo. Quienquiera que fuese, no tenía prisa. La muerte, pensó, nunca corre cuando se sabe inevitable; avanza, paso a paso, con la certeza de la presa acorralada.

El anciano soltó la herramienta. Sus dedos, manchados de hollín y tinta, temblaban con tal violencia que casi derriba el tintero de cuerno. No podía borrarlo. No había tiempo para purificar la hoja y devolverla a la inocencia de su blanco original. Tenía que ocultarla. Pero el *scriptorium* era un lugar de orden, de estanterías abiertas y atriles desnudos. Cualquier cosa fuera de lugar sería encontrada por los guardianes del dogma antes de que cantara el gallo.

Su mirada, acuosa y velada por las cataratas, recorrió la estancia en penumbra. Las sombras de las columnas danzaban en las paredes, burlonas como espectros hambrientos. Entonces, su vista se aferró al fondo de la sala, donde la obra de la nueva nave se fusionaba con la biblioteca temporal.

El retablo.

Era una estructura de madera y piedra, aún sin dorar, destinada a una capilla lateral que los maestros de obra apenas habían comenzado a erigir. Giraldo conocía sus secretos porque él mismo había diseñado la iconografía. Sabía que, detrás de la figura tallada de un ángel con la trompeta del Juicio, la madera no era sólida. Había un error de cálculo, una pequeña cavidad producto de un nudo en el roble que el carpintero había decidido ignorar para no desperdiciar la pieza noble.

Los pasos ya estaban en el último tramo. El sonido de unas botas pesadas, con suelas tachonadas de metal, rascaba la piedra del pasillo exterior. *Clac. Clac. Clac.* Un metrónomo marcando los segundos de vida restantes.

Giraldo se levantó. Sus rodillas crujieron, una protesta dolorosa de sus articulaciones desgastadas. Agarró el folio maldito. El pergamino estaba frío al tacto, casi aceitoso. Lo plegó con torpeza, ignorando cómo la tinta fresca manchaba sus yemas, marcándolo como cómplice de la herejía.

Caminó hacia el retablo, arrastrando sus sandalias de cuero sobre las losas irregulares. Cada metro le costaba un mundo. El aire olía a ozono y a piedra mojada, una mezcla eléctrica que erizaba el vello de su nuca. Al llegar frente a la talla del ángel, susurró una oración que no iba dirigida a ningún santo conocido, sino a las fuerzas mudas que gobernaban las mareas y los vientos.

—¡Protege la verdad! —imploró, con la voz quebrada.

Introdujo los dedos en la grieta detrás del ala de madera. La astilla le mordió la carne, pero él empujó el papel enrollado hacia lo

profundo, hacia la oscuridad del hueco, allí donde solo las arañas y el polvo tendrían acceso durante siglos. El pergamino desapareció en las entrañas del arte sacro. Era una ironía perfecta: la mayor herejía del mundo occidental, descansando en el corazón mismo de su iconografía más devota.

Se limpió las manos en su hábito de lana basta, dejando rastros oscuros que se confundían con la suciedad acumulada de años. Retrocedió dos pasos, jadeando. Su corazón martilleaba sus costillas, un tambor desbocado en la caja de su pecho.

El pomo de la puerta de roble giró.

El sonido fue lento, metálico, el chirrido de un mecanismo que no ha sido engrasado en décadas. Giraldo se giró hacia la entrada, buscando algo, cualquier cosa que pudiera servir de arma. Solo vio el estilete de punta roma sobre su mesa de trabajo, a cinco metros de distancia. Demasiado lejos. Demasiado inútil.

La hoja de madera se abrió de golpe, golpeando el muro de piedra con un estruendo que hizo vibrar los dientes del monje.

El viento irrumpió en la sala, apagando instantáneamente el candil. Una oscuridad total, densa y absoluta, engulló el *scriptorium*, solo rota por los relámpagos que estallaban tras los estrechos ventanucos, recortando una silueta en el umbral.

Era inmenso. Una figura envuelta en una capa de viaje empapada, que goteaba sobre el suelo formando charcos negros. No se le veía el rostro, oculto bajo una capucha profunda, pero Giraldo no necesitaba ver sus ojos para sentir su peso. Emanaba una frialdad que nada tenía que ver con la temperatura invernal; era el frío del vacío, de los espacios entre las estrellas donde Dios no alcanzaba a mirar.

El Stellifer dio un paso dentro.

—Giraldo —dijo la voz. No era un grito, ni un susurro. Era un tono plano, carente de cualquier inflexión humana, como el sonido de dos

piedras de molino rozándose—. Has estado leyendo lo que no debe ser leído.

El monje retrocedió hasta chocar con el borde del atril. Se aferró a la madera para no caer.

—El conocimiento... —intentó articular Giraldo, pero su garganta se cerró, seca como el osario de un alma en pena—. El conocimiento no puede ser pecado.

—La curiosidad es la madre de la herejía —respondió la figura, avanzando. El agua de su capa dejaba un rastro brillante cuando los relámpagos iluminaban la estancia—. Y la herejía es una enfermedad. Yo soy el cirujano.

El intruso levantó una mano. Un destello plateado brilló brevemente: una daga de misericordia, delgada y eficiente, diseñada para deslizarse entre las costillas sin romper el hueso.

Giraldo pensó en el hueco detrás del ángel, en las palabras escritas en aquel pergamino, en los mapas de un cielo prohibido que contradecían las escrituras. *Están a salvo*, pensó, y una extraña calma descendió sobre él, anestesiando el terror. Había cumplido su propósito. Era un guardián, y su turno había terminado.

—No lo encontrarás —dijo el monje, con una firmeza que le sorprendió a él mismo.

El Stellifer se detuvo a un paso de distancia. El olor a cuero mojado y a metal oxidado invadió las fosas nasales de Giraldo.

—La carne habla, hermano —dijo la Sombra—. Siempre habla antes de callar para siempre.

El brazo del asesino se movió, una mancha veloz. Giraldo no sintió dolor al principio, solo un impacto sordo, seguido de un calor repentino que se extendió por su vientre. Sus piernas cedieron. Cayó de rodillas, con la vista clavada en las botas tachonadas de su verdugo.

Mientras la oscuridad de la sala se fusionaba con la oscuridad que nacía dentro de sus propios ojos, el hermano Giraldo sonrió. La sangre manchaba el suelo de piedra, pero la tinta estaba seca y oculta. El Evangelio de las Estrellas dormía. Y algún día, alguien con ojos para ver, despertaría la verdad.

El Stellifer se inclinó sobre el cuerpo agonizante, buscando respuestas que ya no llegarían. Fuera, el trueno ahogó el último suspiro del monje, sellando el silencio sobre el *scriptorium* de Santiago.

CAPÍTULO 1: EL POLVO DE LOS SIGLOS

El zumbido de la lluvia contra las cubiertas de plomo de la Catedral creaba una atmósfera subacuática, aislando el andamio del resto del mundo. A diez metros del suelo, la humedad no era solo una condición meteorológica, sino una presencia física que se pegaba a la ropa y calaba en los huesos. El aire olía a cera rancia, a incienso quemado durante siglos y a esa particular fragancia mineral que exhala el granito cuando llora.

La punta del bisturí número tres rascaba la superficie con una precisión quirúrgica. Allí, en el pliegue de la túnica del Profeta Daniel, la suciedad acumulada durante ochocientos años había formado una costra negra, tan compacta y adherida como el mineral más terco, que ocultaba la policromía original.

Para cualquier otro, la meticulosa tarea de limpiar la sonrisa de piedra del Pórtico de la Gloria habría resultado una faena inaguantable. Para Elías, encaramado en la plataforma metálica, aquella soledad era una forma de paz que se aferraba a él con la misma fuerza que el sudor a su piel.

Elías Varela ajustó sus gafas de montura gruesa con el dorso de la mano, cuidando de no tocar los cristales con los guantes de látex. Su respiración empañaba ligeramente las lentes, obligándole a pausar y controlar el ritmo de sus pulmones. El mundo de los vivos, con su caos impredecible y sus conversaciones ruidosas, quedaba

muy abajo. Allá, en la nave central, los turistas pululaban, ajenos, hormigas desorientadas bajo la inmensidad de la bóveda. Aquí arriba, solo existía la lógica inmutable del Maestro Mateo: piedra sobre piedra, orden, verdad.

Volvió a la tarea. La hoja de acero se deslizó bajo una capa de liquen calcificado.

—Despacio —susurró, su voz apenas un siseo que no llegó a rebotar en la bóveda—. Respeto.

Ejerció una presión mínima sobre la unión del pliegue de la túnica con el pilar central. La resistencia del material, entonces, cambió abruptamente. No hubo el rechinar habitual del metal contra el cuarzo.

Crak.

El sonido fue seco, orgánico.

La punta del instrumento se hundió en lo que parecía ser una veta sólida del parteluz. Elías se detuvo en el acto, con los músculos del antebrazo tensos. Retiró la herramienta con lentitud, temiendo haber dañado la obra maestra del románico.

Lo que vio le arrancó el aire de los pulmones.

Un fragmento triangular, camuflado con una pericia asombrosa para imitar la textura del granito circundante, se había desplazado hacia el interior. No era roca: era madera. Vieja, reseca, pintada con una mezcla de cal y polvo de mica para engañar al ojo. Al ceder, el fragmento reveló una oscuridad absoluta. Un vacío rectangular de apenas cinco centímetros de ancho, excavado en la profundidad del pilar, justo detrás de la rodilla del profeta sonriente.

El corazón de Elías comenzó a golpear contra sus costillas, un tamborileo errático que resonaba en sus oídos. Una mirada rápida a su alrededor. Abajo, el murmullo de los visitantes continuaba inalterado. Nadie miraba hacia arriba. Estaba solo en su atalaya.

La ética profesional, grabada en su mente tras décadas de pulcra academia, le gritaba una orden clara: «Detente. Documenta. Llama al director de la restauración». Mas sus dedos, desobedientes, se adelantaron. Fue la curiosidad, esa mordedura íntima que ha llevado a hombres más sabios al desastre, la que le empujó.

Acercó la linterna frontal al hueco. El haz de luz cortó la penumbra del nicho y reveló algo que no pertenecía a la arquitectura de la catedral. No eran escombros, ni nidos de ratones. Era un cilindro.

Estaba hecho de cuero, tan oscurecido por el tiempo y la oxidación que casi se confundía con las sombras. La superficie estaba cuarteada, con aspecto de piel enferma a punto de desintegrarse.

Elías dejó el bisturí sobre la bandeja de herramientas. Sus manos, generalmente firmes, mostraban un temblor imperceptible. Se quitó el guante derecho. Necesitaba el tacto, la áspera verdad de la materia bajo sus dedos.

La yema de su dedo medio, marcada por esa mancha de tinta perpetua que era su estigma personal, rozó el borde del objeto.

Estaba seco. Frágil.

Lo pinzó con extrema delicadeza y tiró. El cilindro ofreció una leve resistencia, un leve quejido mudo, como si la catedral se negara a soltar su secreto. Luego se deslizó hacia fuera, acompañado de una lluvia de partículas finas, restos de un tiempo olvidado.

Lo sostuvo en la palma de su mano. Pesaba menos de lo que aparentaba.

El cuero estaba sellado con un tapón de cera que había perdido cualquier sello identificativo, convertido en un pegote amorfo.

—¿Qué eres? —preguntó al aire viciado.

La lógica, fría y pausada, le decía que aquello solo podía ser una reliquia menor; quizás una oración de un cantero supersticioso del

siglo XII, emparedada como ofrenda. Pero el sitio... no. El lugar era demasiado prominente para una trivialidad así.

El parteluz era el eje del mundo en la iconografía jacobea. Nadie escondía una trivialidad en el corazón de la Gloria.

Con la uña del pulgar, hizo saltar el tapón de cera. El crujido fue obscenamente fuerte en el silencio de las alturas.

Del interior asomaba el borde de un pergamino. Reconoció la vitela de alta calidad al instante, por su tono crema y la ausencia de porosidad excesiva. No era papel de trapo. Era piel de animal no nato, el soporte reservado para las palabras que deben durar eternamente.

Elías extrajo el documento apenas unos centímetros, lo suficiente para leer el encabezado. La caligrafía era carolina de transición, elegante, apretada, trazada con una tinta ferrogálica que había mordido el soporte hasta casi traspasarlo.

Sus ojos miopes enfocaron las primeras palabras. El latín fluyó en su mente, traduciéndose no como lengua muerta, sino como una advertencia viva.

Non Sanctus, Sed Stella.

«No Santo, sino Estrella».

Elías parpadeó. Releyó. La frase era una aberración teológica. Una herejía escrita con la claridad de un dogma. En la Catedral de Santiago, donde todo giraba en torno a la santidad del Apóstol, aquella negación del Santo era el más sacrílego de los actos, la demolición misma de sus cimientos.

Un vértigo que nada tenía que ver con la altura le revolvió el estómago. No era una oración. Era una confesión. O una acusación.

Abajo, una puerta de hierro se cerró con estruendo, devolviéndolo a la realidad. Pasos pesados resonaron en el transepto. Alguien se acercaba a la base de los andamios.

Un pánico agudo, feroz, rompió el hechizo de su trance académico. Si lo encontraban con aquello en la mano, si veían que había profanado la estructura sin supervisión, su carrera —lo único que de verdad le quedaba— terminaría antes del atardecer. Sin embargo, entregar el hallazgo significaría que desaparecería en los archivos del Cabildo, quizás para siempre, enterrado bajo capas de burocracia o la implacable censura eclesiástica.

Sus ojos se clavaron en el hueco vacío de la piedra. Luego, en el cilindro que aferraba su mano. «La verdad absoluta», se recordó a sí mismo. Su vieja obsesión. Su condena.

Con un movimiento rápido, impropio de su torpeza habitual, Elías deslizó el cilindro dentro de su bolsa de herramientas. Lo ocultó bajo un trapo manchado de disolvente. Se ajustó las gafas una vez más. Su corazón seguía desbocado, bombeando sangre caliente a sus sienes, pero sus manos volvieron a tomar el bisturí, recuperando el automatismo de la tarea. Cuando el jefe de obra asomó la cabeza por la escalerilla apenas cinco minutos después, solo encontró a un restaurador, gris y metódico, limpiando con esmero la túnica de un profeta de piedra, mientras la lluvia seguía barriendo la mugre del mundo exterior.

CAPÍTULO 2: LA INTRUSA DEL ANDAMIO

El descenso desde la frialdad granítica del Pórtico hasta el ambiente aséptico y cálido del anexo de restauración no trajo alivio. Al contrario, el brusco cambio de atmósfera lo golpeó con el impacto de un puño invisible. La lluvia, que aún empapaba su chaqueta de tweed, comenzó a evaporarse bajo la calefacción del laboratorio. Lo envolvió una densa aura de lana mojada y humedad rancia, contrastando ofensivamente con el punzante olor a acetona y disolventes industriales del recinto.

El cilindro de cuero, presionado contra sus costillas bajo la ropa, parecía pesar más que la misma piedra ancestral de la Catedral. Cada paso resonaba en el linóleo blanco, un chirrido de suela de goma que le parecía un grito de confesión. Su pierna derecha, resentida por la postura forzada en los andamios, arrastraba un dolor sordo, un recordatorio punzante de su propia fragilidad física.

Elías depositó su bolsa de herramientas sobre la mesa de acero inoxidable con un cuidado excesivo, temiendo que el tintineo de los bisturíes delatara su crimen. Necesitaba esconder el pergamino. Necesitaba tiempo. Necesitaba, sobre todo, que sus manos dejaran de comportarse como hojas secas al viento.

La puerta del laboratorio se abrió antes de que pudiera formular un plan.

No fue una entrada discreta. El mecanismo hidráulico siseó y dos figuras irrumpieron en su precario refugio. Primero, la sotana impecable de Monsignor Camiña, negra como un abismo sin fondo, absorbiendo la luz cruda de los fluorescentes. Detrás de él, una mujer que parecía absorber el espacio mismo.

—Doctor Varela —la voz de Camiña era aceite sobre agua, suave pero incapaz de mezclarse con la tensión del ambiente—. Lamento interrumpir su... comunión con el polvo.

Elías se giró, interponiendo su cuerpo entre los recién llegados y su bolsa de herramientas. Se ajustó las gafas, un gesto inútil para limpiar la miopía del pánico.

—Monsignor. No esperaba visitas. El protocolo de contaminación...

—El protocolo se adapta a las necesidades de la Iglesia, Elías. —Camiña dio un paso lateral, revelando a su acompañante con un gesto teatral de la mano—. Permítame presentarle a la doctora Sarah Al-Fayed. Enviada directamente por la UNESCO.

Elías parpadeó, tratando de enfocar. La mujer desentonaba con la venerable solemnidad de la Catedral. Vestía pantalones cargo llenos de bolsillos y una cazadora técnica que sugería montañas y desiertos, no archivos y bibliotecas. Su cabello, una cascada de rizos negros domados en una trenza severa, dejaba al descubierto un rostro de líneas duras y ojos que no miraban, sino que escaneaban.

—Doctor Varela —dijo ella. Su español tenía una precisión quirúrgica, carente de cualquier acento regional—. He leído su tesis sobre la paleografía visigótica. Brillante en la teoría. Veremos cómo se aplica en el campo.

Le tendió una mano. La piel de ella era áspera, curtida; la de Elías, pálida y manchada de tinta. El apretón fue breve, firme, una prueba de resistencia de materiales más que un saludo.

—La doctora Al-Fayed está aquí para supervisar la fase final de la restauración —añadió Camiña, observando la interacción con la

curiosidad de un entomólogo ante dos insectos en un frasco—. La UNESCO exige garantías. Y resultados. Se nos acaba el tiempo, Elías.

—La historia no entiende de cronómetros, Monsignor —respondió Elías, refugiándose en su arrogancia académica habitual para disimular el temblor de sus rodillas.

Sarah avanzó hacia la mesa de trabajo, ignorando el intercambio. Sus botas de montaña hacían un sonido pesado, autoritario. Elías sintió el impulso irracional de placarla, de impedir que se acercara a la bolsa donde el cilindro de cuero ardía invisible.

—La historia quizás no —intervino Sarah, pasando un dedo enguantado por el borde de una bandeja de muestras—, pero la financiación sí. Y la seguridad del patrimonio, también.

Se giró bruscamente hacia ellos, sus ojos negros clavándose en Elías.

—Hay rumores, doctor. El mercado negro de antigüedades está inquieto. Se habla de piezas que desaparecen de las excavaciones antes de ser catalogadas. —Su mirada bajó hacia la bolsa de herramientas de Elías—. La UNESCO no tolerará negligencias. Ni "accidentes".

El estómago de Elías se contrajo, un nudo de ácido y miedo. ¿Sabían algo? ¿Era posible que el hueco en el parteluz tuviera algún tipo de sensor? No, absurdo. Era piedra del siglo XII. Pero la coincidencia de la advertencia, justo cuando el pergamino quemaba contra su costado, le provocó una náusea vertiginosa.

—Aquí no hay negligencia —dijo Elías, su voz saliendo más aguda de lo que pretendía. Carraspeó para recuperar el tono de barítono—. Solo rigor científico.

Camiña se acercó, invadiendo el espacio personal de Elías con su aroma a incienso caro y jabón de lavanda.

—Eso esperamos, hijo mío. La Iglesia confía en usted. Pero la confianza es frágil. Si apareciera... alguna irregularidad, la protección que ahora le brindo se desvanecería, ligera como una brizna de paja en el viento.

El sacerdote sonrió, pero la expresión no llegó a sus ojos grises. Era una amenaza velada, envuelta en terciopelo.

Sarah, mientras tanto, no apartaba sus ojos de Elías. Sus ojos se detuvieron en las manos del paleógrafo, que descansaban sobre la mesa, crispadas. La mancha de tinta permanente en su dedo medio derecho parecía oscurecerse bajo la inspección, una marca de Caín visible para cualquiera que supiera buscar culpas. Ella notó la tensión en los tendones, el brillo de sudor en la frente a pesar del frío que Elías traía de fuera.

—Está usted muy pálido, Varela —señaló Sarah. No era preocupación; era una observación de datos—. Y sus manos... ¿Tiene problemas de motricidad fina? Sería un riesgo inaceptable para manipular los manuscritos.

Elías escondió las manos en los bolsillos de su chaqueta, rozando el cuero del cilindro robado. El contacto con la prueba del delito le dio una extraña lucidez, la claridad desesperada del animal acorralado.

—Es el frío del andamio. La circulación —mintió, odiando lo fácil que le resultaba—. Y la emoción del hallazgo, supongo.

El silencio que siguió fue denso, cargado de polvo en suspensión. Sarah ladeó la cabeza, la postura aguda de una rapaz que ha detectado una vibración mínima en la hierba.

—¿Hallazgo? —preguntó ella, suavemente.

—¿Ha encontrado algo nuevo en el parteluz, Elías? —La voz de Camiña se tensó, perdiendo su untuosidad por una fracción de segundo.

Elías se dio cuenta de su error. Había hablado demasiado rápido. Su mente corrió, buscando una salida en el laberinto de sus conocimientos técnicos, algo lo suficientemente aburrido para que perdieran el interés, pero lo bastante plausible para justificar su estado.

—Eflorescencias salinas —soltó. Tomó un bisturí limpio de la mesa y lo giró entre sus dedos, buscando un punto de apoyo visual—. Una cristalización inusual de nitratos en la base de la columna. Podría indicar una filtración de agua no detectada desde los cimientos. Si la piedra está comprometida estructuralmente...

Sarah frunció el ceño, procesando la información.

—Si hay filtraciones estructurales, tendríamos que cerrar el Pórtico entero. ¿Tomó muestras?

—Por supuesto —Elías señaló vagamente hacia un montón de placas de Petri vacías en el otro extremo del laboratorio, lejos de su bolsa —. Están... procesándose. Requieren tiempo de secado.

Sarah lo miró fijamente. No le creía. O al menos, no le creía del todo. Había una disonancia entre la urgencia física de Elías, su respiración superficial, y la banalidad de unas sales minerales. Ella dio un paso hacia él, invadiendo su zona de seguridad. Elías pudo oler el cuero de su chaqueta y un rastro débil de café amargo.

—Quiero ver esas muestras en cuanto estén listas —ordenó ella. Su tono dejaba claro que no era una petición—. Y quiero revisar el parteluz personalmente. Mañana a primera hora.

—El acceso es restringido... —empezó Elías.

—Tengo credenciales de nivel uno, doctor. Puedo acceder hasta a la cripta de los Reyes si lo considero necesario. —Sarah se volvió hacia Camiña—. Monsignor, necesito los planos actualizados de las intervenciones anteriores. Si hay daño estructural, la prioridad cambia. La estética pasa a segundo plano.

Camiña asintió, aunque su mandíbula estaba tensa. No le gustaba perder el control de la narrativa.

—Por supuesto, doctora Al-Fayed. Mi despacho está a su disposición. Elías... —El sacerdote volvió a clavar su mirada en el paleógrafo—. Asegúrese de que esas "sales" sean la única sorpresa. No queremos alarmar al Cabildo innecesariamente.

—Solo hago mi trabajo —murmuró Elías, sintiendo que la mentira le dejaba un sabor metálico en la boca.

Camiña hizo un gesto hacia la puerta, invitando a Sarah a salir. Ella se detuvo en el umbral, girándose una última vez. Su mirada recorrió a Elías de arriba abajo: la chaqueta mojada, la postura defensiva, la mano protegiendo instintivamente el costado donde ocultaba el cilindro.

—Doctor Varela —dijo ella. Su voz había bajado de volumen, volviéndose casi conspirativa, pero sus ojos seguían fríos—. Tenga cuidado con lo que toca. A veces, la historia muerde.

La puerta se cerró tras ellos con un siseo neumático, dejando a Elías solo con el zumbido de los fluorescentes y el eco de su propio corazón golpeando contra las costillas. Sacó la mano del bolsillo, temblando, y tocó el cuero del cilindro a través de la tela. Estaba a salvo, por ahora. Pero la mirada de la mujer, esa negrura inteligente y sospechosa, se le incrustó en la memoria. Ella sabía que él mentía. Solo le faltaba descubrir por qué.

Elías se dejó caer en el taburete del laboratorio, exhalando el aire que había retenido en los pulmones hasta que le dolieron. El juego había cambiado. Ya no era el académico que buscaba la verdad; se había convertido en una presa solitaria en un páramo desprotegido, y los cazadores acababan de revelar su presencia.

CAPÍTULO 3: LA CANTIGA DE SANGRE

El trayecto desde el laboratorio hasta la Biblioteca del Cabildo fue un borrón de adoquines mojados y lluvia oblicua que castigaba el rostro. Elías Varela cojeaba, su pierna derecha protestando con cada impacto contra el granito empapado, un recordatorio punzante de su propia fragilidad. Bajo la chaqueta de tweed, el cilindro de cuero con el pergamino robado presionaba contra sus costillas, duro y acusador, como un segundo corazón calcificado.

Al cruzar el umbral de la biblioteca, el cambio de atmósfera fue físico, como atravesar una membrana de agua helada para entrar en una cripta. Un olor a cuero viejo, cera oxidada y polvo de siglos, denso y agridulce, le llenó los pulmones, desplazando el aroma limpio de la tormenta.

El inspector Valdés le esperaba en el centro de la sala de lectura, una figura recortada contra las estanterías de caoba como un monolito de juicio. No estaba solo.

—No se acerque más, Varela —advirtió el policía. Su voz carecía de la calidez habitual; era plana, profesional, peligrosa.

Elías se detuvo, limpiando compulsivamente las gotas de lluvia de sus gafas con el faldón de la camisa, un tic nervioso que no lograba controlar. Cuando finalmente se ajustó las lentes sobre el puente de la nariz, el mundo recuperó su nitidez y el horror cobró forma.

Don Manuel, el archivero mayor, yacía sobre la mesa central de roble. O lo que quedaba de él.

No era una muerte desordenada. No había frenesí. El cuerpo del anciano había sido dispuesto con una precisión geométrica obscena. El brazo izquierdo estaba extendido hacia el norte magnético de la sala, la palma abierta y clavada a la madera con un estilete de bronce. La pierna derecha, doblada en un ángulo antinatural que sugería ligamentos rotos, apuntaba hacia el este. La cabeza, girada hacia atrás en una contorsión imposible, miraba al techo abovedado con ojos vidriosos que ya no veían las goteras.

Elías sintió que la bilis le subía por la garganta, ácida y caliente. Pero su mente, entrenada para encontrar patrones en el caos de la tinta antigua, no pudo evitar catalogar lo que veía. No era un asesinato; era una instalación.

—La Cantiga 103 —susurró, su voz apenas un hilo de aire.

Valdés giró la cabeza bruscamente.

—¿Qué ha dicho?

Elías señaló con un dedo tembloroso, cuidando de no acercarse a la cinta amarilla que demarcaba el perímetro.

—La postura. Es... es iconografía medieval. El monje que escuchó al diablo y fue retorcido por su vanidad. Está imitando una miniatura del siglo XIII.

El inspector se acercó, invadiendo el espacio personal de Elías. Olía a tabaco rancio y a café de máquina.

—Usted estuvo con él ayer —dijo Valdés, no como una pregunta, sino como una acusación—. Discutieron sobre el acceso a la sección restringida.

—Discutimos sobre burocracia, inspector. Siempre discutíamos. Era nuestro... modo de relacionarnos. —Elías intentó tragar saliva, pero su boca era un desierto de ceniza—. Yo no le hice esto.

—Alguien entró aquí buscando algo muy específico, profesor. —Valdés señaló alrededor.

Por primera vez, Elías apartó la vista del cadáver y observó el entorno. La biblioteca había sido violada. Los volúmenes no estaban simplemente tirados; habían sido eviscerados. Códices despanzurrados yacían por el suelo como pájaros muertos, sus encuadernaciones arrancadas, las páginas de vitela rasgadas en busca de dobles fondos o mensajes ocultos.

La destrucción era sistemática.

—No se llevaron nada de valor monetario —continuó Valdés, observando cada microgesto de Elías—. Los incunables están ahí. La plata también. Quien hizo esto buscaba papel. Información.

El cilindro bajo la chaqueta de Elías pareció duplicar su peso. El cuero se sentía hirviendo contra su piel. *Ellos buscaban lo que yo tengo.*

—Mire la sangre, Varela —ordenó el inspector, señalando el suelo de piedra.

Elías obligó a su mirada a descender. La sangre de Don Manuel no se había estancado en un charco informe. Había corrido por las juntas de las losas de granito, guiada por surcos que alguien había tallado previamente en la piedra, invisibles hasta que el líquido vital los llenó.

Formaban líneas curvas, arcos que se intersectaban. No eran manchas aleatorias.

—Es un mapa estelar —murmuró Elías, la comprensión golpeándole con la fuerza de un mazo—. La sangre traza la constelación de Eridanus. El Río.

—¿Significa algo para usted? —Valdés dio un paso más, acorralando a Elías contra una estantería de libros de derecho canónico.

—Significa que el asesino cree que el camino al cielo se paga con sangre —respondió Elías, citando inconscientemente un texto apócrifo mientras su mente corría a mil por hora.

La disposición del cuerpo, la constelación dibujada en el suelo, la destrucción metódica de los archivos... Todo apuntaba a una única verdad: quienquiera que hubiese matado a Don Manuel sabía que el pergamino existía, pero no sabía dónde estaba. El archivero había muerto protegiendo el secreto, o quizás torturado para revelarlo. Y ahora, ese secreto estaba pegado al costado de Elías, separado de la vista del inspector por apenas dos capas de tela barata.

Una certeza gélida se instaló en el pecho de Elías. El pánico se replegó, dejando tras de sí un terror frío, casi analítico. Ya no era solo un académico que había robado un documento para salvar su carrera; era el portador de una sentencia de muerte.

—¿Varela? —La voz de Valdés era un látigo—. Le he hecho una pregunta. ¿Sabía el archivero algo que pudiera costarle la vida?

Elías miró al inspector a los ojos, a través de sus lentes manchados. Vio la sospecha en la mirada del policía, la intuición de un cazador que sabe que la presa oculta una herida. Si hablaba, si entregaba el pergamino ahora, estaría a salvo de la ley, pero el descubrimiento se perdería en la burocracia policial, o peor, se filtraría a quienes habían hecho *esto*.

—Don Manuel sabía muchas cosas, inspector —mintió Elías, con una voz que le sorprendió por su firmeza—. Pero era un hombre de Dios. Sus secretos eran confesionales, no criminales.

Valdés sostuvo la mirada un segundo eterno, evaluando la veracidad del hombre encorvado frente a él. Finalmente, exhaló con frustración y se apartó.

—No salga de la ciudad, Varela. Y si recuerda cualquier "detalle académico" más, quiero ser el primero en saberlo.

—Por supuesto.

Elías se giró para marcharse, su cojera más pronunciada ahora que la adrenalina comenzaba a mezclarse con el agotamiento. Caminó entre los libros destrozados, sintiendo que caminaba sobre cadáveres.

Al salir de nuevo a la tarde plomiza y lluviosa de Santiago, la lluvia no logró limpiar la sensación de inmundicia. El cielo gris, pesado como una losa de tumba, aplastaba la ciudad, y las primeras sombras del anochecer comenzaban a alargar sus garras sobre la Plaza de las Platerías. Elías apretó el brazo contra su costado, protegiendo el pergamino, y se sumergió en el laberinto de piedra, sabiendo que ya no caminaba solo. La historia había dejado de ser algo que se leía para convertirse en algo que sangraba.

CAPÍTULO 4: SOMBRAS EN EL CLAUSTRO

El trayecto desde la Plaza de las Platerías hasta la Rúa do Vilar fue una inmersión en un mundo subacuático. El aguacero no daba tregua; convertía el empedrado compostelano en un espejo negro y resbaladizo donde las farolas se disolvían en manchas de luz oleosa. Elías Varela avanzaba pegado a los soportales, con los hombros encogidos y el cilindro de cuero presionado contra las costillas, bajo la chaqueta de tweed empapada. El agua fría se filtraba por el cuello de su camisa, pero la sensación gélida que le atenazaba el estómago no tenía nada que ver con la meteorología.

Cada sombra proyectada por las columnas de granito le parecía una amenaza. El sonido de sus propios pasos, resonando en las losas mojadas, se mezclaba con el repiqueteo incesante de la lluvia contra los canalones, creando una cacofonía que le impedía distinguir si alguien le seguía. No se atrevió a mirar atrás. La imagen del Archivero, con aquella grotesca imitación de la sangre estelar, seguía impresa en su retina con la fidelidad de un grabado al aguafuerte.

Llegó a su portal, una entrada estrecha de madera noble carcomida por siglos de humedad gallega. Sus dedos, entumecidos y temblorosos, torpedearon la cerradura tres veces antes de conseguir que la llave girara. Se precipitó hacia el interior y cerró el pesado portón con la espalda, respirando el aire viciado del zaguán. Olía a

polvo de piedra y a cera vieja. Silencio. Solo el latido desbocado en sus sienes rompía la quietud del edificio.

Subió los tres tramos de escalera de dos en dos, ignorando el ardor en los pulmones. Su apartamento en la última planta era su santuario, su *scriptorium* personal, el único lugar donde el caos del mundo exterior quedaba relegado por el orden taxonómico de sus libros.

Al abrir la puerta, la ilusión de seguridad se desmoronó.

No hubo necesidad de encender la luz para saber que el templo había sido profanado. La oscuridad del pasillo no era absoluta; la luz anaranjada de la calle se filtraba por las ventanas, revelando una topografía alterada. El suelo, habitualmente despejado, presentaba una textura irregular, montañosa. Elías dio un paso vacilante y algo crujió bajo su suela. Se agachó para palparlo. Papel. Páginas arrancadas.

Un gemido sordo escapó de su garganta. Avanzó a tientas hacia el estudio. Encendió el interruptor, pero la bombilla no respondió. Sacó la linterna frontal del bolsillo, la misma que había usado en la Catedral, y su haz de luz blanca cortó las tinieblas.

El desastre era total. Sus estanterías, clasificadas por siglos y procedencia, habían sido vaciadas. Los volúmenes yacían destripados sobre la alfombra persa, con los lomos partidos y las encuadernaciones desgarradas. No era un robo común; los ladrones buscan dinero, joyas, tecnología. Esto era una búsqueda quirúrgica, ejecutada con una violencia sistemática. Buscaban información. Buscaban el pergamino que él sentía arder contra su costado.

Elías retrocedió, mareado por la visión de su vida académica descuartizada. Su pie chocó contra una pila de incunables facsímiles. El ruido fue seco, pero en el silencio del apartamento sonó como un disparo.

—La clasificación era incorrecta —dijo una voz.

No provenía de la puerta, ni del pasillo. Venía del rincón más oscuro de la sala, junto a la ventana que daba al patio interior.

Elías dirigió el haz de luz hacia allí. La figura se materializó desde las sombras como si fuera una extensión de ellas. Era inmenso. Un gigante vestido con ropa técnica oscura, cuya cabeza afeitada brillaba pálida bajo la luz led. Lo más aterrador no era su tamaño, sino su quietud. No respiraba agitado por el esfuerzo del destrozo. Estaba ahí, plantado con la solidez de un menhir, con los brazos relajados a los costados.

El rostro carecía de cejas, lo que otorgaba a su mirada azul una intensidad inhumana, de reptil.

—¿Dón-dónde está? —tartamudeó Elías. La pregunta era absurda, pero el pánico había secuestrado su lógica.

—La herejía se oculta en el papel —respondió el intruso. Su voz era una vibración grave, monótona, desprovista de cualquier inflexión emocional—. Pero la carne es más fácil de leer.

El gigante avanzó. No corrió. No hubo gritos de guerra. Simplemente acortó la distancia con dos zancadas fluidas, silenciosas, incongruentes para un hombre de su masa corporal.

El instinto de supervivencia, ese cerebro reptiliano que Elías creía atrofiado por años de lectura, tomó el control. El paleógrafo lanzó la linterna directamente a la cara del agresor y se tiró hacia la izquierda, buscando la protección del escritorio de roble macizo.

El hombre ni siquiera parpadeó al desviar la linterna con un manotazo casual. Elías oyó el plástico romperse contra la pared opuesta. La habitación quedó sumida en la penumbra, solo iluminada por el resplandor urbano que entraba por la ventana.

Elías gateó frenéticamente por detrás del escritorio. Recordó el abrecartas, una réplica de una daga toledana, que guardaba en el cajón central. Tiró del pomo. Cerrado. Maldita sea su manía de cerrar con llave.

Una mano del tamaño de una pala de excavación agarró el borde del escritorio. Con un solo movimiento de cadera, el intruso volcó el mueble de cien kilos como si fuera de cartón piedra. Elías rodó por el suelo, evitando por centímetros ser aplastado por la madera y los cajones que se abrieron violentamente, esparciendo plumas estilográficas y fichas de catalogación.

Quedó tendido boca arriba, desprotegido. La silueta del gigante se alzó sobre él, bloqueando la ventana.

—Entrégalo —dijo el hombre. No era una petición, era una sentencia —. Y la purificación será rápida.

Elías retrocedió arrastrándose sobre los codos, sus talones resbalando sobre las páginas sueltas de sus amados libros. Su mano derecha, buscando apoyo, se cerró en torno a algo frío y metálico que había caído de su bolsa de herramientas durante la caída: el bisturí.

El asesino se inclinó para agarrarlo del cuello. No había prisa en sus movimientos, solo una eficiencia aterradora. Sabía que la presa no tenía escapatoria.

Pero Elías conocía la topografía de su propio caos. Sabía que justo detrás del gigante, el suelo de madera tenía una viga podrida que él llevaba meses evitando pisar. Y sabía que la pila de enciclopedias Espasa-Calpe que se tambaleaba a la derecha del intruso era estructuralmente inestable.

Elías no atacó al hombre. Atacó al entorno.

Con un grito que fue más un chillido de roedor acorralado, pateó la base de la estantería metálica que sostenía las enciclopedias. El mueble, ya precario tras el saqueo, cedió.

Tonos de papel satinado y cubiertas duras se desplomaron sobre el gigante. No era suficiente para detenerlo, pero sí para romper su equilibrio perfecto. El hombre dio un paso atrás por instinto, y su

bota pesada aterrizó exactamente donde Elías esperaba: sobre la tabla podrida.

La madera crujió con un chasquido húmedo y cedió bajo los ciento diez kilos de músculo. La pierna del intruso se hundió hasta la rodilla en el entramado del suelo antiguo, atrapada entre vigas y astillas.

Por primera vez, el rostro inexpresivo mostró una microexpresión de sorpresa.

Elías no esperó. Se levantó, resbalando, y corrió hacia el pasillo. Pero el gigante era rápido. Incluso atrapado, su brazo se disparó como un látigo. Los dedos de acero se cerraron en torno al tobillo de Elías.

El paleógrafo cayó de bruces, el aire escapando de sus pulmones al golpear el suelo. Sintió cómo lo arrastraban hacia atrás, hacia la oscuridad. Las uñas del gigante se clavaban en su carne a través del pantalón de pana.

Elías giró sobre sí mismo, presa del terror absoluto. Tenía el bisturí en la mano derecha. No pensó en anatomía, ni en puntos vitales. Solo agitó el brazo con la desesperación de quien se ahoga.

La hoja quirúrgica, diseñada para cortar pergamino milenario, encontró la muñeca del gigante. Hubo resistencia, y luego un corte limpio.

El agarre se aflojó instantáneamente. Sangre caliente salpicó la cara de Elías, cegándolo momentáneamente.

El gigante no gritó. Solo emitió un siseo agudo, retrayendo la mano para inspeccionar el daño con una curiosidad casi clínica.

Ese segundo de análisis fue todo lo que Elías necesitaba. Se puso en pie, trastabillando, y corrió. No hacia la puerta principal —sabía que con el cerrojo echado tardaría demasiado en abrirla— sino hacia la cocina.

Atravesó el pasillo a oscuras, guiándose por memoria muscular, esquivando los montones de libros que abarrotaban el suelo. Oyó el

crujido de la madera detrás de él. El gigante se había liberado. Los pasos pesados, ahora más rápidos, retumbaban en el suelo, haciendo vibrar las paredes.

Entró en la cocina y cerró la puerta, atrancándola con una silla bajo el pomo, una barricada ridícula contra tal fuerza. Se abalanzó sobre la pequeña ventana que daba al patio de luces. Era una salida de servicio clausurada, que daba a una antigua escalera de incendios de hierro oxidado, compartida con el edificio colindante.

Elías peleó con el pestillo, oxidado por la falta de uso. Detrás de él, la puerta de la cocina se sacudió con un golpe brutal. La madera se astilló alrededor de las bisagras.

—¡Ábrete, maldita sea! —sollozó.

Un segundo golpe. La silla voló por los aires, destrozada.

El pestillo cedió, arrancando un trozo de pintura y piel de sus dedos. Elías empujó las hojas de la ventana y la lluvia y el viento entraron de golpe, azotándole la cara. Trepó al alféizar justo cuando la mano ensangrentada del gigante atravesaba el panel destrozado de la puerta, buscando el pomo interior.

Elías saltó.

Aterrizó mal sobre la plataforma de rejilla metálica, resbaladiza por el musgo y el agua. Su rodilla izquierda golpeó contra el hierro con un chasquido nauseabundo, y el dolor le subió como un relámpago blanco hasta la cadera. Se mordió la lengua para no gritar, sintiendo el sabor cobrizo de la sangre en la boca.

Se obligó a levantarse. No podía quedarse allí. Miró hacia arriba. En el marco iluminado de la ventana de su cocina, la silueta masiva del Peregrino llenaba el hueco. El asesino lo miraba, inmóvil bajo la lluvia que ahora también lo empapaba a él, con la sangre de su muñeca goteando negra en la oscuridad.

No intentó seguirlo por la estructura endeble. Sabía que no aguantaría su peso. Simplemente observó, memorizando la dirección de la huida.

Elías bajó las escaleras de emergencia, cojeando, arrastrando su pierna izquierda que ahora palpitaba con un fuego sordo. Llegó al callejón trasero, un laberinto de contenedores de basura y charcos profundos.

No paró de correr, aunque sus pulmones ardían y las gafas, torcidas y sucias, apenas le dejaban ver. Se fundió con la noche de Santiago, un fugitivo en su propia ciudad, sabiendo con certeza absoluta que la seguridad de su vida anterior había muerto en ese apartamento, destrozada junto a sus libros.

CAPÍTULO 5: ALIANZA FORZADA

La ciudad de Santiago no dormía bajo el agua; se ahogaba. Los adoquines de la Rúa do Vilar, pulidos por siglos de suelas y penitencias, se habían convertido en espejos negros que deformaban el reflejo de las farolas. Elías Varela avanzaba pegado a los muros de granito, tratando de fundirse con la piedra húmeda. Cada paso era una negociación con la gravedad y el dolor. Su pierna derecha, maltrecha tras la huida por el hueco del montacargas, no enviaba señales de sufrimiento agudo, sino una pesadez de plomo, como si los ligamentos se hubieran convertido en cuerdas de esparto mojado a punto de romperse.

No corría. Correr atraía miradas, y en esa madrugada líquida, ser visto equivalía a ser cazado. Apretó el cilindro de cuero contra sus costillas, bajo la chaqueta de tweed que pesaba tres kilos más de lo habitual por el agua absorbida. El frío no era una temperatura, sino una presencia física que le mordía la nuca, buscando entrar en su torrente sanguíneo.

El Hostal, donde Sarah se alojaba, se alzaba como una fortaleza de sombras y luces amarillentas. Elías evitó la entrada principal. Sabía, por congresos pasados donde el presupuesto permitía lujos que ahora le eran ajenos, que la puerta de servicio de la lavandería solía quedar entreabierta para los turnos de madrugada. El olor a detergente industrial y vapor caliente le golpeó el rostro al colarse

en el edificio, un contraste violento con el aire metálico de la tormenta.

Subió las escaleras de servicio. Uno, dos, tres pisos. Su respiración sonaba como un fuelle roto en el hueco de la escalera. Se detuvo ante la puerta 314. Su mano, manchada de tinta y barro, tembló al acercarse a la madera. No había vuelta atrás. Al otro lado estaba la única persona que podía entender el lenguaje de los muertos, o la mujer que lo entregaría a los vivos para que lo encerraran.

Golpeó. Tres toques secos.

El silencio del pasillo se estiró, denso y acusador.

Volvió a golpear, esta vez con los nudillos blancos por la presión.

—¿Quién? —La voz al otro lado sonó alerta, carente de la bruma del sueño. Sarah Al-Fayed no dormía; esperaba.

—Soy yo. Elías. —Su propia voz le sonó extraña, rasposa, como si perteneciera a un desconocido.

El cerrojo giró con un chasquido metálico, pero la cadena de seguridad mantuvo la puerta abierta solo una rendija. Un ojo negro, almendrado y terrible, le escrutó desde la penumbra.

—Tienes diez segundos antes de que grite tan fuerte que despertaré a los reyes en la Catedral —susurró ella. No había miedo en su tono, solo una amenaza calculada.

—No lo hice, Sarah. —Elías se pegó al marco, sintiendo que las piernas le fallaban. El agua goteaba de su pelo, formando un charco oscuro en la moqueta—. Él estaba allí. El Peregrino.

—La policía dice que huiste. Que el apartamento parece un matadero.

—Porque él vino a terminar el trabajo. —Elías alzó el cilindro de cuero. La luz del pasillo arrancó un brillo opaco a la superficie gastada del estuche—. Tengo la razón por la que murió el archivero.

El ojo de Sarah bajó hacia el objeto. Hubo una pausa, un cálculo infinitesimal donde la curiosidad académica libró una batalla silenciosa contra el instinto de supervivencia. La cadena se desenganchó.

—Entra. Y no toques nada.

La habitación estaba en penumbras, salvo por el cono de luz dorada que proyectaba una lámpara de escritorio estilo Art Déco sobre una mesa llena de papeles. Elías entró cojeando, dejando un rastro húmedo que violaba la pulcritud del espacio. Sarah cerró la puerta y giró la llave dos veces. Llevaba una camiseta de algodón gris y pantalones de chándal, pero sus pies estaban calzados con botas militares, como si estuviera lista para salir corriendo en cualquier instante. En su mano derecha, semioculto contra el muslo, sostenía un abrecartas de bronce pesado.

—Si es una de tus teorías conspiranoicas para salvar tu reputación, llamaré a comisaría yo misma —dijo ella, manteniendo la distancia. Su postura era tensa, preparada para la violencia.

Elías se derrumbó en la silla más cercana, ignorando la advertencia de no tocar nada. Sus pulmones ardían. Colocó el cilindro sobre la mesa, bajo el círculo de luz. Sus dedos, entumecidos por el frío, torpedearon con el cierre.

—No es una teoría. Es un mapa.

Sarah se acercó. El abrecartas bajó ligeramente, pero no lo soltó. Observó cómo Elías extraía el pergamino. El olor a piel curada, a tiempo estancado y a agallas de roble invadió la estancia, desplazando el aroma aséptico del hotel.

Elías desenrolló el documento con la reverencia de quien manipula un explosivo sagrado. Utilizó dos pisapapeles de la mesita para mantenerlo abierto.

Allí, bajo la luz eléctrica, la tinta cobró vida. No era latín clásico. La caligrafía era densa, apretada, una minúscula visigótica que parecía

alambre de espino trazado sobre la piel. Pero no eran solo palabras. El texto se curvaba, formando espirales que imitaban órbitas celestes.

Sarah soltó el abrecartas. El metal golpeó la moqueta con un ruido sordo, pero ella ni se inmutó. Se inclinó sobre la mesa, sus ojos negros devorando los trazos.

—Esto no es posible... —murmuró, y su voz perdió el filo imperativo para volverse ronca, reverencial—. La textura del soporte... es vitela uterina. Siglo XII, tal vez finales del XI.

—Lee el encabezado —instó Elías, limpiándose las gafas con el borde seco de su camisa, un tic nervioso que ni el pánico lograba suprimir.

Ella entrecerró los ojos, siguiendo el dedo manchado de Elías.

—*Iter Stellarum Nigrarum*... El Camino de las Estrellas Negras. —Se enderezó de golpe, como si el pergamino quemara—. La leyenda de los Priscilianistas.

—La Herejía —corrigió Elías—. Creen que la tumba en la Catedral es una falsificación. Que el verdadero cuerpo, el del Maestro, yace bajo una alineación estelar diferente.

Sarah rodeó la mesa. Ya no miraba a Elías como a un sospechoso, sino como a una fuente de datos. Su mente había cambiado de marcha; la adrenalina del miedo se había trasmutado en la euforia del descubrimiento.

—Cuando presenté mi tesis doctoral sobre la simbología oculta en el Pórtico de la Gloria —dijo Sarah, hablando más para sí misma que para él—, la Comisión se rio. Dijeron que mi interpretación de las arquivoltas como un mapa astronómico inverso era "fantasía sin fundamento documental". Me llamaron novelista.

Miró a Elías, y por primera vez, él vio una grieta en su armadura de cinismo. Había hambre en esa mirada. Hambre de vindicación.

—Me rechazaron la cátedra por esto, Elías. Por insistir en que existía un "Códice de la Noche".

—Pues aquí lo tienes —Elías señaló el pergamino—. La prueba de que tenías razón. Y la razón por la que alguien degolló a mi mentor y luego vino a por mí con un silenciador.

Sarah volvió a inclinarse sobre el documento. Sus dedos trazaron el aire sobre el dibujo central, sin llegar a tocarlo.

—Mira esto. —Señaló un grupo de puntos en la esquina inferior izquierda—. No son ciudades. Son constelaciones. Pero la proyección está mal.

—No está mal —dijo Elías, recuperando por un instante la autoridad del paleógrafo—. Está fechada. Si ajustas la precesión de los equinoccios...

—... retrocedes no al siglo XII, sino al siglo IV —terminó ella, completando la frase con una rapidez que le robó el aliento a Elías. Sus mentes encajaron con la precisión de un mecanismo de relojería olvidado—. La época de Prisciliano.

Sarah agarró un bloc de notas del hotel y un bolígrafo. Empezó a garabatear frenéticamente, traduciendo glosas marginales, convirtiendo términos arcaicos en coordenadas.

—*Sub umbra Scorpii*... Bajo la sombra del Escorpión —murmuró ella —. Elías, esto no apunta a la Catedral. Apunta al Pico Sacro.

El nombre cayó entre ellos como una piedra en un pozo profundo. El Pico Sacro. La montaña mítica, la reina de los montes gallegos, llena de cuevas y leyendas de dragones.

—Allí es donde los discípulos llevaron el cuerpo originalmente — susurró Elías—. Antes de que la Iglesia oficial lo "descubriera" en el campo de estrellas.

—Si esto es real... —Sarah levantó la vista, y el brillo en sus ojos era aterrador—... reescribe la historia del cristianismo en Occidente. La

tumba del Apóstol sería un fraude consciente.

Un golpe seco en la puerta de la habitación congeló el aire.

No fue un llamado de servicio de habitaciones. Fue un golpe de autoridad. Nudillos duros contra madera noble.

—¡Policía! Abran la puerta.

Elías sintió que el estómago se le cerraba en un puño. Miró hacia la ventana. La lluvia golpeaba el cristal como si quisiera entrar a rescatarlos.

—Saben que estoy aquí —susurró él.

Sarah miró la puerta, luego a Elías, y finalmente al pergamino. En ese triángulo de decisiones, Elías vio pasar toda la carrera de ella: los años de estudio, el desprecio de sus colegas, la soledad de saber una verdad que nadie quería escuchar. Si abría la puerta, Elías caía, y el pergamino desaparecería en algún depósito de evidencias del Vaticano, perdido para siempre. Si no abría...

Sarah enrolló el pergamino con un movimiento fluido y se lo lanzó a Elías.

—Al baño. La ventana da a la escalera de incendios —ordenó. Su voz había recuperado el tono de mando militar—. Tienes tres segundos.

—¿Y tú? —preguntó él, atrapando el cilindro.

—Yo voy contigo. —Sarah ya se estaba calzando una chaqueta de cuero sobre el pijama, metiendo su cartera y el móvil en los bolsillos con una eficiencia brutal—. Si encuentran esto sin mí, se llevarán el mérito. Si te encuentran a ti, se perderá la verdad.

—¡Abran o tiramos la puerta! —bramó la voz desde el pasillo.

—¡Ya va, me estoy vistiendo! —gritó Sarah con una voz fingidamente adormilada e indignada, mientras empujaba a Elías hacia el baño.

Abrió el grifo de la ducha a máxima potencia para cubrir el ruido de la ventana al abrirse. El aire gélido y húmedo irrumpi en el baño, trayendo consigo el olor a ozono y peligro.

—Es una locura —dijo Elías, con un pie ya en el alféizar resbaladizo. Abajo, el callejón era una garganta oscura.

—Es historia, Elías —respondió ella, apagando la luz del baño y subiéndose tras él—. Y la historia la escriben los que sobreviven. Muévete.

Salieron a la noche, dejando atrás la seguridad, la ley y la vida académica, descendiendo hacia las sombras donde la verdad aguardaba, afilada y hambrienta.

CAPÍTULO 6: LA FUGA DE COMPOSTELA

El amanecer sobre Santiago no trajo luz, sino una penumbra acuosa que disolvía los contornos de la realidad. El cielo se había desplomado sobre los adoquines, transformando la rúa en un torrente de pizarra y espuma sucia. No era una simple precipitación; era una cortina de acero líquido que golpeaba con violencia vertical, rebotando contra los edificios de granito con el estruendo de mil tambores de guerra.

Elías Varela avanzaba cojeando hacia el aparcamiento subterráneo de la Plaza de Galicia, cada paso una negociación agónica con su propia anatomía. La pierna herida ya no era una parte de su cuerpo, sino un objeto extraño y ardiente, como si le hubieran insertado una varilla de vidrio molido entre los tendones. No había latidos rítmicos, solo una rigidez eléctrica que amenazaba con hacerle colapsar si cargaba demasiado peso sobre el lado derecho.

—¡Muévete, Elías! —la voz de Sarah Al-Fayed cortó el rugido del agua. Ella ya estaba tres metros por delante, su silueta recortada contra el gris perpetuo, la trenza negra empapada azotando su espalda como un látigo.

Elías apretó el cilindro de cuero contra su costillas, protegiéndolo bajo la chaqueta de tweed empapada. El olor a lana mojada y ozono saturaba sus fosas nasales. Llegaron al vehículo de alquiler de Sarah,

un utilitario compacto de color gris anonimato, aparcado en la penumbra del nivel inferior.

Ella abrió el maletero con un movimiento fluido, arrojando su mochila y el equipo dentro.

—Sube. Ahora.

El habitáculo del coche los recibió como una cápsula de descompresión. El sonido de la tormenta cambió al instante, pasando del rugido abierto a un repiqueteo sordo y constante sobre el techo de metal. Elías se dejó caer en el asiento del copiloto, exhalando un vaho blanco que empañó sus gafas al instante. Se las quitó, frotando los cristales con la corbata húmeda, aunque el gesto era inútil. Sus manos temblaban, no por el frío, sino por la descarga de adrenalina que saturaba su torrente sanguíneo, dejándole un sabor a cobre en la lengua.

El motor cobró vida con un ronroneo suave. Sarah no perdió un segundo en ajustar espejos o asientos; sus manos se aferraron al volante con una posesión técnica, sus nudillos blancos contrastando con la piel oliva.

—¿Tienes el mapa? —preguntó ella, metiendo primera marcha con un golpe seco.

—Aquí —Elías palmeó el cilindro—. Pero necesitamos salir de la ciudad antes de intentar leer nada. La humedad... el pergamino no aguantaría.

El coche ascendió por la rampa en espiral. Elías sentía la fuerza centrífuga tirando de su estómago hacia el suelo. Cuando emergieron a la superficie, la realidad les dio una bofetada de luces estroboscópicas.

A cincuenta metros, bloqueando la salida principal hacia la Alameda, dos patrullas de la Policía Nacional formaban una barrera de chapa y luz azul. Los destellos giratorios se reflejaban en los charcos, creando un caleidoscopio mareante sobre las fachadas de piedra. Un

agente con impermeable amarillo brillante hacía señas imperativas a un camión de reparto para que se detuviera.

—Mierda —susurró Sarah. La palabra sonó extrañamente clínica, carente de pánico.

Elías sintió que la garganta se le cerraba, una presión neumática que le impedía tragar.

—Nos están buscando —dijo, la obviedad colgando en el aire como humo—. Valdés no ha perdido el tiempo. Han cerrado el perímetro.

—No pueden haber cerrado todas las salidas. Santiago es un laberinto —Sarah frenó en seco antes de entrar en el campo visual directo de los agentes. Metió la marcha atrás sin mirar, guiándose solo por los espejos laterales con una precisión milimétrica. El coche reculó velozmente hacia la sombra del callejón lateral.

—El centro histórico es una ratonera, Sarah. Tienen cámaras en las zonas de acceso restringido y patrullas en las avenidas. Si intentamos la autopista, nos cazarán en el peaje.

Sarah giró el volante con violencia, haciendo que los neumáticos chirriaran brevemente sobre el pavimento mojado. El coche pivotó 180 grados, encarando la dirección opuesta a la barrera policial.

—Entonces dame una salida, profesor. Tú conoces esta ciudad piedra a piedra. Sácanos de aquí sin pasar por los controles.

Elías cerró los ojos un instante. Su mente, habitualmente un archivo ordenado de fechas y latín, se vio forzada a visualizar el plano urbano. No el mapa turístico, sino el estrato medieval, las venas antiguas que corrían bajo la piel moderna de la ciudad. Necesitaban una ruta invisible, caminos olvidados por la lógica del tráfico contemporáneo.

—Al norte —dijo Elías, abriendo los ojos. Su voz salió más firme, anclada en el conocimiento—. Evita la Rúa do Hórreo. Tienes que bajar por Sar.

—¿Por Sar? Eso es dirección contraria al mar.

—Confía en mí. Los controles estarán en las arterias principales hacia la costa y la meseta. Nadie vigila las carreteras secundarias que suben al monte a estas horas.

Sarah aceleró. El coche salió disparado, devorando el asfalto. Elías se aferró al asa superior de la puerta mientras ella tomaba una curva cerrada a una velocidad que desafiaba la fricción del suelo mojado. Conducía con una agresividad calculada, aprovechando cada hueco en el tráfico matutino, anticipándose a los semáforos. No era la conducción de una académica; era la de alguien que había aprendido a huir en terrenos hostiles.

Pasaron junto a la Colegiata, una masa oscura bajo la lluvia.

—Derecha aquí —indicó Elías, señalando una callejuela estrecha flanqueada por muros de mampostería cubiertos de musgo—. Es el antiguo camino de los curtidores. Es estrecho, pero saldremos a la carretera de Santa Marta sin tocar las avenidas.

Sarah no dudó. El coche se sumergió en el callejón. Los retrovisores pasaron a centímetros de la piedra rugosa. Elías contuvo la respiración, encogiendo los hombros instintivamente, como si al hacerse más pequeño pudiera reducir la anchura del vehículo.

De repente, una sirena aulló en la distancia, un lamento mecánico que se acercaba.

—¿Nos han visto? —preguntó Sarah, sus ojos fijos en la franja de asfalto visible entre los limpiaparabrisas frenéticos.

—No lo sé. Sigue. Al final de la cuesta, gira a la izquierda hacia la carretera del Pedroso. Es una vía muerta para la mayoría, solo lleva a las antenas y al parque forestal. No habrá control allí.

El coche saltó sobre un resalto, provocando una punzada de dolor blanco en la pierna de Elías que le hizo apretar los dientes hasta que le dolieron las encías. El cilindro de cuero rodó sobre su regazo. Lo

atrapó antes de que cayera al suelo. Aquel tubo contenía la razón de su huida y, posiblemente, de su condena.

Salieron del entramado urbano. Los edificios altos de pisos y oficinas dieron paso a casas unifamiliares y, finalmente, a la vegetación densa de eucaliptos y robles. La carretera se estrechó y comenzó a ascender en curvas serpenteantes.

Atrás, abajo en el valle, las luces azules de la policía parpadeaban como luciérnagas furiosas, concentradas en el centro de la ciudad, lejos de su posición.

Elías se permitió exhalar. El aire dentro del coche estaba cargado de calefacción y tensión estática. Miró por la ventanilla trasera. La ciudad de Santiago se desvanecía tras la cortina de lluvia, una isla de piedra gris tragada por la bruma.

—Estamos fuera —murmuró, aunque la certeza no le trajo paz, sino una inquietud distinta. La libertad implicaba que ahora estaban solos, sin la protección de la civilización, expuestos en campo abierto.

Sarah redujo la velocidad a un ritmo más humano, aunque sus manos no relajaron la presión sobre el volante.

—Bien. Primera fase completada —dijo ella, su tono recuperando ese pragmatismo blindado—. Ahora estamos en tierra de nadie. ¿Hacia dónde vamos realmente, Elías? Porque subir al monte solo nos gana tiempo, no nos da una dirección.

Elías acarició el cuero desgastado del cilindro. La respuesta no estaba en su cabeza, sino enrollada dentro de ese tubo.

—Busca un lugar donde parar. Un apartadero discreto. Necesitamos luz y calma. —Miró sus manos, todavía manchadas de tinta y suciedad del hotel—. Lo que hay aquí dentro... cambia la geografía. No vamos a donde indican los mapas de carreteras.

La lluvia seguía martilleando el techo, pero ahora sonaba diferente. Ya no era el caos de la ciudad, sino el ritmo constante y antiguo de la naturaleza gallega, indiferente a sus pequeñas urgencias humanas. Elías miró el bosque que se cerraba a ambos lados de la carretera, ramas oscuras entrelazándose como los dedos de un esqueleto gigante. Habían cruzado el umbral. Ya no eran investigadores; eran fugitivos en una peregrinación hacia la oscuridad.

CAPÍTULO 7: EL PUENTE DE LOS HEREJES

El descenso del Monte Pedroso impuso su propio silencio, su gravedad. El motor del todoterreno de Sarah ronroneaba, bestia contenida que devoraba las curvas cerradas mientras Santiago se encogía a sus espaldas, sumida en una paranoia de sirenas y controles. Bastaron veinte minutos de carretera secundaria, flanqueada por eucaliptos que aún lloraban la lluvia de la mañana sobre el asfalto, para que el paisaje se transformara por completo.

La niebla se disipó al bajar la altitud, revelando el valle del río Tambre. No había patrullas aquí, solo la quietud indiferente de la Galicia rural.

Sarah detuvo el vehículo bajo la sombra de un roble centenario, a unos doscientos metros de la aldea de Ponte Maceira. El limpiaparabrisas se detuvo, dejando una última estela de humedad en el cristal.

—Es demasiado tranquilo —murmuró ella, escaneando el perímetro. Sus ojos oscuros, habituados a buscar amenazas en zonas de conflicto, no encontraban nada más que piedra y agua.

Elías Varela se ajustó las gafas, que resbalaban por el puente de su nariz sudorosa. Su pierna derecha, la que había recibido el golpe en el hotel, palpitaba con un ritmo sordo, independiente de los latidos de su pecho.

—La tranquilidad es el camuflaje de la historia, Sarah —respondió él, abriendo la puerta. El aire húmedo y frío le golpeó el rostro—. Este lugar ha visto pasar legiones romanas y peregrinos moribundos. Sabe guardar secretos.

Caminaron hacia el conjunto monumental. El gran puente medieval se alzaba sobre el río Tambre, una estructura de piedra que desafiaba al tiempo con sus arcos ojivales y su calzada empedrada. El agua, brava e hinchada por las tormentas recientes, rompía con violencia contra los tajamares triangulares, diseñados siglos atrás para cortar la corriente como cuchillos de granito.

Elías sacó el cilindro de cuero, protegiéndolo contra su pecho. Extrajo el pergamino solo unos centímetros, lo justo para verificar la glosa marginal que había memorizado.

—*Sub arco quarto, ubi aqua obscura fluit* —recitó, su voz apenas un susurro que competía con el rugido del río—. «Bajo el cuarto arco, donde fluye el agua oscura».

Sarah miró la corriente. El agua era de un marrón turbio, revuelto, cargado de sedimentos y ramas rotas.

—El cuarto arco contando desde dónde, Elías.

—Desde la capilla de San Blas. El lado sagrado —señaló la pequeña ermita a su izquierda—. Pero el pergamino es específico. No menciona «en el puente», sino que reza «sub pontem». Debajo.

La historiadora se acercó a la orilla. El terreno era resbaladizo, una mezcla traicionera de barro y hierba mojada.

—El río está crecido. Si hay algo ahí abajo, está sumergido.

—Entonces habrá que buscarlo al tacto.

Elías dio un paso hacia el talud antes de que Sarah pudiera detenerlo. Su bota resbaló en el lodo y una punzada de dolor le recorrió el muslo herido, obligándole a hincar la rodilla sana.

—¡Maldita sea! —siseó entre dientes, golpeando el suelo con el puño. La frustración de su cuerpo fallándole era peor que el dolor mismo.

Sarah lo sostuvo del brazo con un agarre firme, casi doloroso.

—No estás para esto, Varela. Tu pierna es un lastre ahora mismo. Dime qué buscar y bajaré yo.

Elías se zafó con suavidad pero con determinación. La mancha de tinta en su dedo medio parecía vibrar.

—No sabrías qué buscar. No es un objeto, Sarah. Es una incisión. La presión del cincel, el ángulo de la talla... Un cantero deja su firma, pero un hereje deja una confesión. Necesito mis manos.

Sin esperar réplica, se deslizó por el terraplén hasta que el agua le lamió las botas. El frío fue instantáneo, una mordedura gélida que atravesó el cuero y la lana, calándole hasta el hueso. El Tambre no estaba simplemente frío; su agua tenía la temperatura de una tumba abierta en invierno.

Sarah bufó, resignada a la terquedad del académico, y bajó tras él, asegurando su posición en una roca saliente para servir de ancla si la corriente decidía llevárselo.

Elías avanzó hacia el cuarto arco. El agua le subió hasta las rodillas, pesada y potente, tirando de sus pantalones de pana como si manos invisibles quisieran arrastrarlo al fondo. Cada paso era una negociación con el lecho del río, lleno de piedras rodadas y limo resbaladizo.

Bajo la bóveda de piedra, la luz del día moría. El sonido del agua se amplificaba, rebotando en la sillería de granito, creando una cámara de eco ensordecedora. El olor era intenso: humedad rancia, algas en descomposición y el aroma mineral de la roca mojada.

—¡Elías! —gritó Sarah desde la orilla, su voz distorsionada por la acústica del arco—. ¡Date prisa, el nivel está subiendo!

El paleógrafo ignoró la advertencia. Estaba en su elemento, no el agua, sino el pasado. Encendió la linterna frontal, cuyo haz de luz cortó la penumbra, revelando las dovelas del arco cubiertas de un musgo negro y baboso.

—*Ubi aqua obscura fluit* —repitió, como una oración.

Tanteó la base del pilar. Sus dedos, entumecidos por el frío glacial, rasparon la superficie rugosa. Buscaba una anomalía. Una línea recta en un mundo de formas erosionadas.

El agua le llegaba ya a los muslos, empapando la venda de su herida, que ardía con el contacto gélido. Sus dientes castañeteaban, pero su mente estaba enfocada en la yema de sus dedos.

Allí.

A unos diez centímetros por debajo de la línea de flotación actual, la piedra cambiaba. No era la erosión natural. Era intencional.

Elías tomó una bocanada de aire viciado y hundió la cabeza y el torso en el agua negra. El choque térmico fue brutal; sus pulmones se contrajeron, negándole el oxígeno por un instante de pánico puro. Abrió los ojos bajo la superficie turbia. El haz de la linterna apenas penetraba el líquido color café, iluminando partículas en suspensión que danzaban como polvo en una tormenta.

Acercó la cara a la piedra, limpiando el limo con movimientos frenéticos.

La marca apareció. No era una simple firma de cantero, esas marcas geométricas para cobrar por pieza trabajada. Esto era más profundo, más elaborado.

Emergió del agua tosiendo, boqueando por aire, con el cabello pegado al cráneo y las gafas colgando de una oreja.

—¡Lo tengo! —gritó, su voz quebrada por el frío.

Sarah se metió en el agua hasta la cintura para ayudarlo a salir. Elías pesaba más con la ropa empapada, una carga muerta de lana y tweed saturados. Entre los dos, luchando contra el barro y la gravedad, lograron trepar de nuevo al talud herboso.

Cayeron sobre la hierba mojada, respirando con dificultad. Elías temblaba violentamente, sus labios azules.

—Dime que ha valido la pena la hipotermia —exigió Sarah, exprimiendo el agua de su trenza.

Elías se frotó los brazos, intentando generar una fricción inútil. Sus ojos grises, sin embargo, brillaban con una fiebre que no era vírica.

—No era una cruz. Ni una concha. —Hizo una pausa para controlar el castañeteo de sus dientes—. Era un pentagrama. Una estrella de cinco puntas.

Sarah frunció el ceño.

—¿Pentagrama? Eso es simbología pagana, o satánica en contextos posteriores. No encaja en un puente cristiano.

—Exacto. —Elías se incorporó, ignorando el agua que chorreaba de su ropa—. Pero no estaba recta. Estaba invertida. Y una de las puntas... la punta inferior, estaba alargada, convertida en una flecha.

Sacó una libreta empapada de su bolsillo interior, inservible, y optó por dibujar en el barro con un palo. Trazó la estrella invertida.

—La estrella de Compostela guía hacia el Este, hacia la luz, hacia Roma y Jerusalén. Es el camino de la vida. Pero esta... esta niega el cielo.

Sarah miró el dibujo en el lodo.

—¿Hacia dónde apuntaba la flecha en la piedra?

Elías miró hacia el puente, orientándose mentalmente con la posición del sol oculto tras las nubes.

—Hacia la corriente abajo. Hacia donde el río se ensancha y busca el mar. Hacia el Oeste.

—Finisterre —comprendió Sarah—. El fin del mundo conocido.

—El *Costa da Morte* —corrigió Elías, su voz grave—. Los priscilianistas creían que la verdadera liberación del alma no residía en la luz, sino en el conocimiento oculto de las tinieblas. No buscamos una catedral, Sarah. El mapa no nos conduce a Santiago. Nos está alejando de ella.

Una ráfaga de viento barrió el valle, agitando las copas de los árboles y haciendo que la ropa mojada se sintiera como hielo contra la piel. Elías se abrazó a sí mismo, sintiendo cómo el frío se instalaba en su núcleo, una sensación que iba más allá de lo físico.

—El camino verdadero sigue a las estrellas oscuras —murmuró, mirando el agua negra que fluía implacable bajo el puente—. Y nos lleva directamente al océano de los muertos.

Sarah se puso en pie, tendiéndole una mano para levantarlo. Su agarre era cálido, el único punto de calor en un mundo que se había vuelto gris y hostil.

—Entonces será mejor que nos movamos antes de que nos congelemos aquí mismo. Si vamos hacia la muerte, prefiero llegar seca.

Elías asintió, aceptando la ayuda. Mientras cojeaba de vuelta al coche, dejando un rastro de agua y cieno, una pregunta se formó en su mente, pesada y oscura como el río que acababan de profanar: ¿Qué clase de reliquia requiere que sus devotos le den la espalda a Dios para encontrarla?

CAPÍTULO 8: EL DRAGÓN DE PIEDRA

El motor del todoterreno había dejado de rugir hacía una hora, sustituido ahora por el silbido cortante del viento que azotaba las laderas del Pico Sacro. La montaña, una anomalía geológica de cuarzo blanco que se alzaba solitaria en medio del valle, proyectaba una sombra dentada sobre el paisaje gallego, semejante a la aleta dorsal de un depredador sumergido en un mar de eucaliptos.

Elías Varela se detuvo, apoyando las manos sobre las rodillas para intentar dominar una respiración que sonaba demasiado ruidosa en aquel vasto silencio. El frío del río Tambre, aunque habían dejado atrás Ponte Maceira, parecía haberse alojado permanentemente en la médula de sus huesos. No era solo la temperatura; era una humedad insidiosa que convertía su ropa, aún húmeda bajo el abrigo, en una segunda piel helada y pesada.

—La hipoxia no te ayudará a pensar, Elías —la voz de Sarah Al-Fayed llegó desde unos metros más arriba. No había burla en su tono, solo una evaluación clínica de la situación.

Ella se mantenía firme sobre un saliente de granito, su silueta recortada contra un cielo que empezaba a teñirse de un violeta amoratado, preludio del anochecer. Su postura era económica, conservando energía, mientras que Elías sentía que cada paso era una negociación fallida con la gravedad.

—No es la falta de oxígeno —murmuró él, enderezándose y ajustando la montura de sus gafas con dedos entumecidos; el gesto, habitual en las bibliotecas climatizadas, resultaba patético en la intemperie—. Es la historia del lugar. ¿La sientes? Pesa más que la atmósfera.

Elías miró hacia la cumbre. La roca cristalina del Pico Sacro brillaba débilmente, incluso bajo la luz grisácea. Según el *Codex Calixtinus*, aquel era el escenario de una trampa mortal.

Continuaron el ascenso. El sendero no era más que una cicatriz de cabras entre tojos y brezos espinosos que se enganchaban a los pantalones de pana del paleógrafo. A medida que ganaban altura, el mundo moderno se desvanecía en el valle; las aldeas se reducían a maquetas irrelevantes y el tiempo parecía replegarse sobre sí mismo.

Al girar un recodo, donde la roca formaba un anfiteatro natural protegido del viento, se toparon con la inmovilidad de una figura.

Un hombre anciano, envuelto en una pelliza de lana basta y apoyado en una vara de avellano, observaba a un pequeño rebaño de ovejas que ramoneaba lo imposible entre las piedras. No se sobresaltó al verlos. Sus ojos, hundidos en una red de arrugas curtidas por el sol y la lluvia, se posaron primero en Sarah y luego, con más detenimiento, en Elías.

—No es hora para subir —dijo el pastor. Su voz tenía la textura de la grava rodando por una pendiente—. La luz se muere y la Santa Compaña no necesita linternas.

Elías dio un paso adelante, sintiendo la punzada de la curiosidad académica superando al agotamiento físico.

—Buscamos la cueva, *o vello*. La entrada al inframundo de la Reina Lupa.

El anciano escupió a un lado. El gesto fue seco, definitivo.

—Lupa no era reina de hombres, sino de piedras. —El pastor señaló con la barbilla hacia la cumbre, donde una grieta oscura se abría como una herida infectada en la roca blanca—. Dicen que envió a los discípulos aquí para que el dragón los devorase. Pero no hay dragones de carne y hueso, forastero. Solo hay hambre. La montaña tiene hambre.

—¿El dragón? —insistió Sarah, acercándose. Su interés no era folclórico, sino táctico.

—La piedra que corta. El fuego que no quema —respondió el hombre, girándose para seguir a una oveja descarriada—. Lo que guarda el camino no se mata con espadas. Se doma con la verdad, o te traga entero.

Sin más despedida, el pastor se diluyó entre las rocas, mimetizándose con el entorno como si fuera una excrecencia más del granito.

Elías y Sarah intercambiaron una mirada. La historiadora del arte arqueó una ceja, invitándole a traducir el misticismo rural a datos utilizables.

—El *Liber Sancti Iacobi* cuenta que los discípulos de Santiago pidieron a la Reina Lupa, una monarca pagana local, un lugar para enterrar al Apóstol —explicó Elías mientras retomaban la marcha, sus botas resbalando ocasionalmente sobre el cuarzo—. Ella los envió a este monte, sabiendo que estaba guardado por un dragón solar. Esperaba que la bestia los matara. En su lugar, los discípulos hicieron la señal de la cruz y el dragón estalló.

—Estalló —repitió Sarah, escéptica—. Conveniente.

—Metafórico —corrigió Elías, jadeando al superar un escalón de roca particularmente alto—. La Iglesia siempre reescribe la victoria sobre los cultos anteriores como una batalla física. Pero si el Códice que encontramos en el río es cierto, la "señal de la cruz" no fue un exorcismo. Fue una llave.

Llegaron a la entrada de la cueva justo cuando el sol se rendía en el horizonte, dejando un rastro de sangre en las nubes del oeste. La boca de la caverna exhalaba un aliento frío y mineral, un olor a tierra mojada y siglos de oscuridad estancada.

Elías sacó su linterna frontal, pero sus manos temblaban demasiado para ajustarla correctamente. Sarah se la quitó con un movimiento fluido, encendió el haz de luz y se la colocó en la frente a él. El contacto de sus dedos, cálidos y firmes, contrastó violentamente con la frialdad de su propia piel.

—Concéntrate, Elías. —Su voz fue un susurro imperativo—. Mente aquí. Ahora.

Entraron.

El mundo se redujo al cono de luz blanca que barría las paredes irregulares. La acústica cambió al instante; el aullido del viento exterior fue reemplazado por el goteo rítmico, casi hipnótico, de la filtración pluvial. *Plic. Plic. Plic.* Un metrónomo geológico que marcaba un tiempo mucho más lento que el de los relojes humanos.

El suelo de la cueva descendía bruscamente. Elías tuvo que apoyar la mano en la pared para no perder el equilibrio. La roca estaba viscosa, cubierta de un limo bacteriano.

—Aquí —dijo Sarah, deteniéndose en seco.

El haz de su propia linterna iluminaba una formación rocosa en el centro de una pequeña cámara natural. A primera vista, parecía un altar tosco, una losa horizontal sobre dos verticales. Un dolmen prehistórico atrapado en las entrañas de la montaña.

Elías se acercó, olvidando el cansancio. Sus dedos, manchados de tinta imaginaria y real, trazaron los contornos de la piedra.

—Es un *ara* romana —susurró, la emoción tiñendo su voz de un timbre reverente—. Reutilizada.

Sacó un pañuelo arrugado de su bolsillo y frotó la superficie de granito. Debajo de una capa de moho centenario, aparecieron incisiones. No eran letras latinas clásicas. Eran líneas furiosas, profundas.

—Mira esto, Sarah.

Ella se inclinó, su hombro rozando el de él. El olor a ozono y lluvia que ella desprendía se mezcló con el aroma rancio de la cueva.

—Un crismón —identificó ella—. El símbolo de Cristo. Alfa y Omega.

—Sí, pero mira debajo. El palimpsesto de piedra.

Elías iluminó el relieve desde un ángulo rasante, creando sombras alargadas que revelaron lo que el cincel cristiano había intentado borrar, pero no destruir del todo. Debajo del crismón, la roca mostraba una textura diferente, un patrón ondulado, escamoso.

Una serpiente. O un dragón.

—La Iglesia construyó sobre el paganismo para sofocarlo —dijo Elías, su mente trabajando a una velocidad vertiginosa, conectando los puntos que el pastor había insinuado—. Pero aquí no lo sofocaron. Lo integraron.

—¿Qué significa el dragón, Elías? —preguntó Sarah, iluminando el resto de la cueva. Las paredes brillaban con vetas de cuarzo puro—. Si no es un monstruo, ¿qué es?

Elías se giró hacia la pared de cuarzo. La luz de las linternas se refractaba en los cristales, creando un efecto de estrellas atrapadas en la piedra.

—El Pico Sacro es casi enteramente cuarzo —murmuró, como si hablara consigo mismo—. El cuarzo tiene propiedades piezoeléctricas. En la antigüedad, esta montaña debía brillar bajo la luna llena. O durante las tormentas. Para una cultura que adoraba los astros, esto no era una montaña. Era un faro.

Buscó en su memoria los textos heréticos, las notas al margen que sus colegas académicos despreciaban.

—La leyenda dice que el dragón impedía el paso. Lupa envió a los discípulos al dragón. —Elías se volvió hacia Sarah, con los ojos grises muy abiertos tras los cristales empañados—. El "dragón" no es un guardián estático. Es una dirección. Es la *Vía Lactea* terrestre.

Sacó el cilindro de cuero que protegía el pergamino recuperado en Ponte Maceira. Con cuidado extremo, lo desenrolló sobre el altar de piedra.

—El Camino de Santiago oficial va de Este a Oeste, siguiendo el sol hasta su muerte. Pero el mapa que encontramos... —Señaló el pentagrama invertido—. Invierte la lógica.

—El dragón es la constelación de Draco —aventuró Sarah, mirando el techo de la cueva como si pudiera ver las estrellas a través de la roca.

—No. Es más terrenal. —Elías señaló la veta de cuarzo que recorría la pared de la cueva y parecía hundirse en la profundidad de la tierra, apuntando hacia una dirección específica—. En la mitología celta, y antes en la precéltica, las vetas de mineral eran las venas del dragón de la tierra. Las líneas ley. Si seguimos la "espina del dragón", la geología sagrada que la Iglesia intentó cristianizar con ermitas y leyendas de monstruos...

Siguió la línea de cuarzo con el dedo. Apuntaba hacia el noroeste. No hacia Santiago de Compostela.

—Apunta a la costa —terminó Sarah—. A la Costa da Morte.

—Más allá de Santiago —corrigió Elías, sintiendo un vértigo que no tenía nada que ver con la altura—. La tumba del Apóstol en la Catedral... es un señuelo. Una parada técnica para distraer a los peregrinos ordinarios. El verdadero conocimiento, el secreto que los priscilianistas guardaban, no se detiene en Compostela. Sigue el cuerpo del dragón de piedra hasta el mar.

Un sonido sordo, como el de una piedra grande desplazándose, resonó en la entrada de la cueva, lejos, cerca de la superficie.

Sarah apagó su linterna al instante. Su mano buscó la muñeca de Elías y apretó con fuerza, silenciando cualquier protesta.

—Alguien viene —susurró ella, su voz apenas un hilo de aire.

Elías sintió que el estómago se le cerraba en un puño. La oscuridad volvió a ser total, salvo por el débil resplandor residual de sus retinas. En ese silencio, el goteo del agua sonaba ahora como una cuenta atrás. Habían descifrado al dragón, pero ahora estaban en su vientre, y no eran los únicos que conocían el camino.

CAPÍTULO 9: CACERÍA EN LA NIEBLA

La tormenta no daba tregua; el cielo sobre el Pico Sacro se había desplomado, convirtiendo el descenso en una caída controlada a través de un tobogán de lodo y granito. Elías Varela sentía que su pierna izquierda ya no le pertenecía; el dolor agudo del capítulo anterior se había transformado en un latido sordo y nauseabundo que subía desde el tobillo hasta la ingle con cada paso.

—Sigue mi huella —ordenó Sarah, su voz apenas audible sobre el rugido del viento que azotaba las copas de los eucaliptos. No había pánico en su tono, solo una urgencia fría, militar.

Elías asintió, aunque ella no podía verlo. Se aferraba al cilindro de cuero contra su pecho como si fuera un salvavidas en medio de un naufragio. Sus botas de suela lisa, inadecuadas para el terreno, resbalaban sobre las raíces expuestas que serpenteaban como venas negras bajo la capa de hojas podridas.

De repente, Sarah se detuvo en seco. Alzó el puño cerrado, una señal universal que Elías reconoció por instinto más que por experiencia. El paleógrafo chocó contra la mochila de ella, ahogando un grito.

—Abajo —susurró ella, empujándolo hacia la base de un afloramiento rocoso.

El bosque, hasta ese momento una cacofonía de ramas crujientes y truenos lejanos, pareció contener la respiración. Entonces Elías lo oyó. O más bien, lo sintió. No eran pasos humanos, pesados e irregulares. Era un desplazamiento rítmico, el sonido de la tela técnica rozando contra la maleza, subiendo hacia ellos.

El Cazador venía.

Sarah señaló una grieta vertical en la pared de cuarzo, una cicatriz en la montaña apenas lo suficientemente ancha para dos personas. Tiró de Elías hacia la oscuridad de la fisura. La piedra estaba helada y rezumaba una humedad milenaria. Se apretaron el uno contra el otro; el olor a cuero mojado de la cazadora de Sarah se mezcló con el aroma rancio del tweed empapado de Elías.

A través de la cortina de lluvia y niebla, una silueta se materializó en el sendero que acababan de abandonar.

Era inmenso. La figura vestía un abrigo largo que absorbía la escasa luz de la luna filtrada por las nubes. Se movía con una economía de gestos antinatural para un hombre de su tamaño. Pero lo que heló la sangre de Elías no fue la presencia física del Peregrino, sino lo que sostenía en su mano derecha.

No era una espada, ni una daga ritual.

Un zumbido eléctrico, agudo y constante, cortó el aire. Una luz azulada, espectral y sintética, iluminó el rostro lleno de cicatrices de Amaro desde abajo. El asesino consultaba una pantalla táctil montada en un dispositivo de rastreo robusto, de grado militar.

Elías sintió que el mundo giraba. Había esperado a un fanático medieval, un anacronismo viviente armado con fe ciega y acero. Pero aquel monstruo usaba la tecnología del siglo XXI para cazar herejes. La disonancia cognitiva le provocó vértigo: el dogma arcaico guiado por satélites.

Amaro se detuvo a menos de cinco metros de su escondite. Levantó el dispositivo, barriendo el área con lo que Elías dedujo con horror

que era un sensor térmico.

El académico cerró los ojos, apretando los párpados hasta ver estrellas, esperando el grito, el disparo o el golpe. *Pater noster, qui es in caelis...* La oración brotó en su mente, un reflejo atávico.

Sarah, sin embargo, no rezaba. Su mano izquierda buscó la de Elías y la apretó con una fuerza brutal, anclándolo a la realidad, mientras con la derecha empuñaba su navaja en la oscuridad. Su respiración era tan lenta que parecía haber entrado en hibernación.

El cuarzo del Pico Sacro, frío y denso, debía estar enmascarando sus firmas de calor, o quizás la lluvia torrencial confundía los sensores. Amaro gruñó, un sonido gutural de frustración, y golpeó el aparato contra su muslo. Dio un paso hacia la grieta.

Elías contuvo el aliento hasta que sus pulmones ardieron.

Entonces, el zumbido de un mensaje entrante vibró en el silencio tenso. Amaro miró la pantalla, leyó algo que le hizo fruncir el ceño —esa ausencia de cejas hacía la expresión aún más grotesca— y giró sobre sus talones. Con movimientos precisos, retomó el ascenso hacia la cima, alejándose de ellos, convencido de que sus presas seguían buscando el altar en las alturas.

Pasaron dos minutos completos antes de que Sarah se moviera.

—Tenemos que irnos. Ya. —Su susurro era un látigo.

Salieron de la grieta como fantasmas exhumados. El descenso se volvió una carrera frenética contra la gravedad. Elías ya no sentía dolor, solo la certeza de que la muerte tenía un código postal y un GPS. Tropezaron, cayeron, se levantaron cubiertos de barro, descendiendo hacia las luces mortecinas que parpadeaban en el valle.

Llegaron a los límites de una pequeña aldea agrícola, apenas un grupo de casas de piedra apiñadas contra la ladera para protegerse

del temporal. Un perro ladró en la distancia, un sonido ronco y cansado.

—Necesitamos transporte —dijo Sarah, escaneando el entorno con ojos de depredadora.

—No tengo llaves de... —empezó Elías, ajustándose las gafas mojadas con manos temblorosas.

—No necesitamos llaves. Necesitamos algo anterior a 1995. Sin electrónica compleja.

Sarah señaló un cobertizo de uralita donde el morro cuadrado de una furgoneta blanca asomaba tímidamente. Una Citroën C15, el animal de carga de la Galicia rural, indestructible y omnipresente. El vehículo estaba cubierto de polvo y paja, pero los neumáticos parecían tener aire.

Corrieron hacia ella agachados, evitando los charcos que reflejaban las farolas amarillentas. Sarah probó la puerta del conductor. Cerrada. Probó la del acompañante. También cerrada.

—Mierda —masculló.

Sacó su navaja. Elías pensó que iba a romper el cristal, lo que habría despertado a medio pueblo, pero ella deslizó la hoja fina entre el marco de la ventanilla y la goma, buscando el mecanismo de cierre. Sus movimientos eran precisos, nacidos de la necesidad en excavaciones en zonas de conflicto donde perder las llaves significaba quedarse varado en el desierto.

Click.

El pestillo saltó. El sonido fue obscenamente fuerte en el silencio de la noche.

Entraron. El interior olía a gasóleo rancio, tabaco negro y sacos de pienso. Sarah se deslizó bajo el volante, arrancando la carcasa plástica de la columna de dirección con un crujido seco.

—Alumbra aquí —ordenó.

Elías encendió su frontal, cubriendo el foco con la mano para atenuar la luz. Vio los dedos de Sarah, manchados de tierra, separando un manojo de cables de colores.

—Rojo es batería... el negro es tierra... —murmuraba ella, más para sí misma que para él. Peló los extremos con los dientes, escupiendo el plástico—. Vamos, vieja amiga, despierta.

Unió dos cables. Una chispa azul saltó, iluminando brevemente sus rasgos tensos. El motor de arranque tosió, un quejido agónico y metálico.

—*Vamos* —insistió ella.

Elías miró por la ventana trasera. En la ladera de la montaña, una luz artificial descendía rápidamente. Amaro había comprendido su error. El cazador bajaba, y esta vez no se detendría a mirar pantallas.

—Sarah... —la voz de Elías era un hilo de angustia.

—¡Ya lo sé!

Unió los cables de nuevo. El motor giró, tosió una nube de humo negro que Elías pudo oler incluso dentro de la cabina, y finalmente cobró vida con un traqueteo diesel ensordecedor que hizo vibrar todo el chasis.

Sarah metió la primera marcha sin pisar el embrague a fondo, provocando un rasguido de engranajes que hizo rechinar los dientes de Elías. La furgoneta dio una sacudida y salió disparada hacia la carretera comarcal, patinando sobre la grava mojada.

No encendió las luces hasta que estuvieron a un kilómetro de distancia, tomando las curvas ciegas guiada solo por la intuición y el miedo. Cuando finalmente los faros amarillos cortaron la oscuridad, iluminaron un túnel de robles que se cerraba sobre ellos.

Elías se dejó caer contra el respaldo, el asiento de muelles vencidos clavándose en su espalda. Abrazó el cilindro de cuero. Estaban vivos. Por ahora.

Miró a Sarah. Ella tenía la mandíbula apretada, los nudillos blancos sobre el volante, conduciendo como si el mismo diablo les pisara los talones. Y en cierto modo, pensó Elías mientras la adrenalina daba paso al agotamiento, así era. Pero el diablo no usaba tridente; usaba un rastreador satelital.

—¿A dónde? —preguntó ella, sin apartar la vista de la cinta de asfalto.

Elías miró el pergamino protegido en el cilindro. La respuesta no estaba en el mapa oficial. La respuesta estaba donde morían las estrellas.

—Oeste —dijo él, su voz ganando una firmeza que no sentía—. A la Costa da Morte. Donde la piedra sangra.

La C15 aceleró, perdiéndose en la noche gallega, dejando atrás la montaña sagrada y al depredador que, Elías estaba seguro, ya estaba buscando su propio transporte para continuar la cacería.

CAPÍTULO 10: EL CÓDIGO DE LAS ESTRELLAS

El limpiaparabrisas de la vieja furgoneta C15 luchaba una batalla perdida contra el diluvio, marcando un compás chirriante que arañaba los nervios. Elías Varela miraba el vacío a través del cristal empañado, sintiendo cada bache de la carretera comarcal como una descarga eléctrica que subía desde su tobillo hasta la base del cráneo. La huida desde el Pico Sacro había sido una borrosidad de asfalto mojado y miedo líquido, pero el cuerpo exigía su tributo.

—Ahí —señaló Sarah, con la voz ronca por la tensión.

Un cartel de neón, al que le faltaban la mitad de las letras, parpadeaba agónicamente a la derecha: *M TEL R TA 6*. El edificio era un bloque de hormigón de los años setenta, devorado por la humedad y el olvido, con las ventanas ciegas como cuencas vacías. Parecía un cadáver arquitectónico abandonado en medio de la nada, perfecto para dos fugitivos que no querían ser encontrados por ojos electrónicos.

Sarah apagó el motor y la oscuridad se tragó el mundo, dejando solo el repiqueteo incesante de la lluvia sobre el techo de metal.

—¿Puedes caminar? —preguntó ella, girándose. El resplandor verdoso del salpicadero iluminaba sus facciones duras, acentuando las ojeras bajo sus ojos negros.

—La mecánica de mi cuerpo opina que no —susurró Elías, intentando mover la pierna derecha. Un peso muerto, similar al plomo fundido, anclaba su extremidad al suelo del vehículo. No era un dolor agudo, sino una presión densa, una marea de calor malsano que amenazaba con desbordar su consciencia—. Pero la necesidad dicta que sí.

Sarah no ofreció consuelo vacío. Salió a la tormenta, rodeó el vehículo y abrió la puerta del copiloto. El aire frío y húmedo golpeó a Elías en el rostro, trayendo consigo el olor a tierra mojada y pino. Se apoyó en el hombro de la historiadora, que se tensó bajo su peso como una cariátide de granito, sólida e inamovible.

Entraron en la habitación número 4 tras forzar la cerradura oxidada con la navaja de Sarah. El interior olía a encierro, a polvo acumulado durante décadas y a madera podrida. Elías se dejó caer sobre el colchón desnudo, cuyos muelles gimieron en protesta.

—Luz —pidió él, tanteando en sus bolsillos. Su mano rozó el cilindro de cuero del Códice, comprobando instintivamente que seguía ahí. Esa obsesión táctil era lo único que mantenía su mente anclada.

Sarah encendió su linterna frontal, creando un cono de luz blanca que cortó las tinieblas. Se arrodilló frente a él y rasgó la tela del pantalón de pana con su navaja. Elías apretó los dientes, desviando la mirada hacia las manchas de humedad del techo para no ver la carne.

—Está hinchado —diagnosticó ella con tono clínico, aunque sus dedos se movían con una delicadeza que contradecía su voz—. No hay fractura abierta, pero el ligamento está comprometido. Necesitas hielo, pero te conformarás con un vendaje compresivo.

Mientras ella trabajaba con los retales de una camiseta vieja que había en su mochila, el silencio se espesó entre ambos. No era un silencio vacío, sino cargado de las palabras no dichas sobre lo que habían visto en la montaña: la tecnología de muerte de Amaro, la implacabilidad de su persecución.

—Lo siento —murmuró Elías. La culpa, ese viejo fantasma que siempre le rondaba, se materializó en su garganta—. Soy un lastre. Un académico de biblioteca no tiene lugar en esta guerra. Deberías haberme dejado en el coche.

Sarah detuvo sus manos. Levantó la vista, y el haz de luz de su frente cegó momentáneamente a Elías, obligándole a cerrar los ojos.

—Mírame, Varela —ordenó ella. Él obedeció, parpadeando tras los cristales sucios de sus gafas—. Tú descifraste el mecanismo del retablo. Tú entendiste la inscripción. Yo solo conduzco y golpeo cosas. Sin tu mente, soy un cuerpo errante. Sin mis piernas, tú eres un cerebro en un frasco. Somos un solo organismo funcional. ¿Entendido?

La franqueza brutal de la mujer actuó como un bálsamo, más efectivo que cualquier medicina. Elías asintió, sintiendo cómo el nudo en su diafragma se aflojaba ligeramente. Se quitó las gafas, dejándolas sobre la mesilla polvorienta. Sin ellas, el mundo se convirtió en una acuarela difusa de sombras y luces, y Sarah en una mancha cálida y cercana.

—Gracias —dijo, la voz apenas audible.

—Guarda el agradecimiento para cuando sobrevivamos. —Ella terminó el nudo del vendaje y se puso en pie, sacudiéndose las manos—. Ahora, el trabajo. ¿A dónde vamos? Amaro peinará la zona. Si nos quedamos quietos, sus pájaros térmicos nos encontrarán antes del amanecer.

Elías recuperó sus gafas y, con ellas, su enfoque. La nitidez volvió al mundo, y con ella, la urgencia.

—El pergamino —dijo, estirando la mano hacia el cilindro de cuero—. Necesito luz plana y una superficie.

Sarah despejó la mesa de formica, tirando al suelo un cenicero de cristal barato. Elías extrajo el documento con la reverencia de quien

manipula una reliquia sagrada. Al desenrollarlo, el cuero crujió, un sonido seco que pareció resonar en las paredes vacías.

Bajo la luz cruda de la linterna, el mapa del siglo XII parecía cobrar vida propia. Las líneas de tinta ferrogálica, oxidadas por el tiempo hasta adquirir un tono rojizo, dibujaban una geografía que Elías conocía de memoria, pero que ahora se sentía extraña, alienígena.

—Tenemos esto —Sarah sacó de su chaqueta un mapa de carreteras plegable que había rescatado de la guantera de la furgoneta robada. Lo desplegó junto al pergamino—. Mapa de carreteras de Galicia, edición 1998. Tan obsoleto como este motel, pero la geografía física no ha cambiado.

Elías observó ambos documentos. A la izquierda, la precisión cartográfica moderna; a la derecha, la interpretación mística medieval. Sus ojos saltaban de uno a otro, buscando el patrón, la conexión que su intuición le gritaba que existía.

—El *Iter Stellarum* —murmuró Elías, frotándose la sien, donde una jaqueca comenzaba a martillear—. La leyenda dice que el Camino refleja la Vía Láctea. Campo de Estrellas. *Campus Stellae*. Santiago.

—Eso es lo que dicen los folletos turísticos —replicó Sarah, inclinándose sobre la mesa, su trenza cayendo sobre el papel—. Pero el Códice habla de una "ruta verdadera". De estrellas oscuras.

—Exacto. —Elías trazó con el dedo índice, manchado de tinta imaginaria, la línea del Camino Francés en el mapa moderno—. La Vía Láctea va de Este a Oeste. Pero mira el pergamino. Los puntos de referencia... las abadías, los cruceros, los hitos marcados con el símbolo del astrolabio... no siguen una línea recta.

Su dedo se movió sobre el pergamino, uniendo los puntos marcados con tinta roja. La línea resultante no era un camino recto, sino una curva sinuosa, serpenteante, que descendía hacia el sur antes de volver a subir bruscamente hacia el noroeste.

—Parece un río —observó Sarah, frunciendo el ceño—. Un meandro.

La palabra detonó en la mente de Elías como una supernova silenciosa. *Río*.

—No la Vía Láctea —susurró, sintiendo que la sangre zumbaba en sus oídos, ahogando el sonido de la lluvia—. La Vía Láctea es el camino de las almas en la tradición popular. Pero los herejes, los priscilianistas... ellos miraban otras estrellas. Miraban el inframundo.

Elías rebuscó en su memoria enciclopédica, pasando páginas mentales de tratados astronómicos antiguos. Sus manos temblaban, no por el frío, sino por la electricidad del descubrimiento.

—Eridanus —dijo con firmeza—. La constelación del Río.

Sarah le miró, esperando la traducción.

—En la mitología griega, Eridanus es el río al que cayó Faetón cuando perdió el control del carro del sol. Es un río que conecta el mundo de los vivos con el Hades. —Elías cogió el bolígrafo que Sarah llevaba en el bolsillo de su cargo y, sin dudarlo, comenzó a dibujar sobre el mapa de carreteras de 1998—. Si superponemos la constelación de Eridanus sobre Galicia, tomando el Pico Sacro como la estrella *Cursa*, el inicio del río...

Elías dibujó. La línea partía del Pico Sacro, bajaba hacia el sur, tocando puntos que en el mapa de carreteras parecían insignificantes, y luego giraba, retorciéndose como una serpiente herida hacia la costa.

—Mira —señaló Elías, su voz ganando fuerza, olvidando el dolor de su pierna—. Cada estrella de la constelación corresponde a un lugar sagrado pre-cristiano que la Iglesia intentó tapar. Castro de Baroña... el Dolmen de Dombate...

—¿Y dónde termina? —preguntó Sarah, sus ojos negros fijos en el trazo de tinta azul.

Elías llevó el bolígrafo hasta el final de la línea sinuosa. La constelación de Eridanus terminaba en una estrella brillante, la más

luminosa del sur celeste.

—Achernar —pronunció Elías. El nombre sabía a polvo y misterio en su lengua—. En árabe significa "El Final del Río".

La punta del bolígrafo se detuvo sobre la costa atlántica, en un punto donde la tierra se desgarraba contra el océano. No era Finisterre, el final oficial. Era más al norte, más salvaje.

—Muxía —leyó Sarah—. El Santuario de la Virgen de la Barca.

—Piedras que oscilan. Cultos líticos anteriores a Roma. —Elías levantó la vista del mapa. Su mente, antes nublada por el agotamiento, ahora ardía con una claridad geométrica—. Amaro cree que huimos al azar. Pero si seguimos el río, si seguimos a Eridanus... no estamos huyendo. Estamos peregrinando hacia la fuente original.

Sarah estudió el mapa, calculando distancias, tiempos, logística. Su rostro se endureció, asumiendo de nuevo el rol de estratega.

—Es la Costa da Morte —dijo ella—. Terreno difícil. Acantilados, viento, y pocas carreteras principales. Perfecto para desaparecer. Pero si Amaro tiene el mismo conocimiento...

—No lo tiene —interrumpió Elías con una seguridad inusual—. Él es un ejecutor, un fanático del dogma. Para él, el cielo es inmutable. No buscaría la verdad en un río que lleva al infierno.

Un trueno lejano hizo vibrar los cristales de la habitación, como si el cielo quisiera subrayar sus palabras. Elías sintió una extraña calma. El miedo físico seguía ahí, agazapado en la boca del estómago, pero ahora tenía un propósito. El mapa ya no era un laberinto; era una flecha.

Sarah plegó el mapa de carreteras con movimientos secos y precisos, guardándolo en su bolsillo. Luego, miró a Elías.

—Achernar. El Final del Río. —Ella asintió, una sola vez—. Descansa dos horas, Varela. Luego nos ponemos en marcha. Tenemos que

llegar al océano antes de que ese "peregrino" decida bajar de su montaña.

Elías se recostó de nuevo, sintiendo cómo el agotamiento reclamaba su deuda. Pero antes de cerrar los ojos, miró una última vez hacia la ventana ciega. Ahí fuera, tras las nubes de tormenta, las estrellas trazaban caminos que solo ellos podían ver. Por primera vez desde que todo esto comenzó, Elías no se sintió como una presa, sino como un iniciado.

El río celestial les esperaba.

CAPÍTULO 11: ECOS DE PRISCILIANO

El motor de la vieja C15 tosió con un estertor metálico antes de rendirse al silencio, aparcando bajo la sombra alargada de los tejos. El viaje desde Negreira había sido una sucesión de curvas mareantes y limpiaparabrisas que apenas lograban combatir la llovizna perpetua, esa bruma gallega que no caía, sino que flotaba, empapando el alma antes que la ropa.

Las manos de Sarah permanecieron aferradas al volante, los nudillos blancos, delatando una tensión que el rostro, pétreo, se negaba a mostrar. A su lado, Elías, en el asiento del copiloto, manipulaba un pañuelo de tela arrugado. Frotaba los cristales de sus gafas con una cadencia frenética, casi dolorosa. La humedad, inclemente, se había colado en la cabina, empañando los lentes y, quizás, el juicio.

—Iria Flavia —murmuró Elías, ajustándose las gafas. El mundo, al instante, recuperó sus bordes afilados, nítidos—. La antigua sede episcopal. Si las piedras hablaran en algún rincón de esta tierra, sería sin duda en este.

—Esperemos que los vivos sean más elocuentes —respondió Sarah, mientras escaneaba el perímetro a través de los espejos retrovisores. Sus ojos oscuros buscaban anomalías, destellos metálicos, siluetas estáticas—. Recuerda el plan. Somos académicos de la Universidad de Salamanca documentando la arquitectura prerrománica. Ni mapas estelares, ni herejías.

Elías asintió, subiéndose la bufanda. Intentaba ocultar así el cuello de su camisa, ya sucio de barro y sudor seco. El aire, al bajar del vehículo, olía a tierra recién removida y a ciprés, un aroma dulzón y pesado que se adhería al paladar, casi masticable.

El cementerio de Adina no era un lugar de reposo, sino un archivo desordenado de siglos. Sarcófagos suevos de granito gris compartían espacio con lápidas decimonónicas, creando un caos cronológico donde la muerte se erigía como la única constante. Caminaron sobre la hierba alta, evitando pisar las losas cubiertas de liquen anaranjado. La colegiata de Santa María se alzaba imponente ante ellos, sobria, con la dignidad muda de las estructuras que han sobrevivido a incendios y a saqueos.

—Allí —señaló Sarah con un movimiento imperceptible de cabeza.

Un anciano, encorvado como un signo de interrogación, arrancaba malas hierbas junto a un panteón neogótico. Vestía una sotana raída en los bordes, manchada de tierra húmeda en las rodillas. No parecía un sacerdote, sino un jardinero que hubiera envejecido al mismo ritmo que los árboles.

Elías se adelantó, forzando una postura erguida que su espalda protestó.

—*Pax vobis* —saludó, recurriendo al latín como quien muestra una credencial.

El anciano detuvo su labor. Giró el cuello lentamente; crujió como una bisagra oxidada. Los ojos lechosos de Donato se abrieron desmesuradamente, y por un instante, el jardinero desapareció para dejar paso al guardián.

—La paz es un lujo que Iria Flavia no conoce desde que los normandos subieron por la ría, hijo —la voz del cura sonaba a piedra arrastrada sobre grava—. Soy el padre Donato. ¿Qué buscan entre los que ya no tienen prisa?

—Conocimiento, padre —Elías extrajo de la chaqueta un cuaderno de notas, cuidando de no mostrar el cilindro de cuero que guardaba contra el pecho—. Estudiamos la iconografía de los capiteles. Buscamos trazas de... influencias poco ortodoxas en la ruta jacobea primitiva.

Donato soltó una risa seca, un soplido que apenas movió el aire. Se limpió las manos en la sotana, dejando dos estelas de barro oscuro.

—«Poco ortodoxas». Esa es una forma elegante de llamar a la verdad que duele —el cura se apoyó en una azada—. Ustedes no son de Salamanca. Tienen barro de la Costa da Morte en las botas y miedo en los ojos. Salamanca huele a papel viejo; ustedes huelen a tormenta.

Sarah se tensó, la mano derecha rozando la ubicación de la navaja en el bolsillo, pero Elías levantó una palma apaciguadora. La mentira académica no serviría aquí. Este hombre vivía entre muertos; sabía leer los secretos.

Elías cambió de táctica. Abrió el cuaderno por una página específica. Allí había trazado, con pulso tembloroso durante el viaje, la figura que habían aislado del mapa estelar superpuesto: una línea quebrada que no coincidía con la Vía Láctea, sino con la constelación de Eridanus, el Río del Cielo, pero invertida, terminando en un punto oscuro.

—No buscamos influencias —susurró Elías, bajando la voz para que el viento no se llevara las palabras—. Buscamos al Obispo decapitado.

El efecto fue inmediato. La atmósfera alrededor de Donato pareció congelarse al instante. Soltó la azada, que cayó sobre la hierba con un golpe sordo. Los ojos lechosos de Donato se abrieron desmesuradamente, y por un instante, el jardinero desapareció para dejar paso al guardián.

—Guardad eso —siseó, mirando hacia los muros del cementerio con paranoia evidente—. Aquí las paredes tienen oídos y los tejos tienen

memoria.

—El mapa apunta aquí, y luego sigue —presionó Elías. La adrenalina le golpeaba en las sienes—. La historia oficial dice que el cuerpo de la Catedral es el Apóstol. Pero los trazos... las fechas del traslado...

—¡Silencio! —Donato dio un paso adelante, agarrando a Elías por la solapa de la chaqueta con una fuerza sorprendente. Los dedos se le clavaban como garfios—. ¿Sabéis lo que invocáis? Durante mil años, hemos construido una catedral sobre una mentira piadosa para sostener la fe de un continente. Santiago Matamoros. El Trueno. Pero la tierra... la tierra sabe a quién abraza.

El cura soltó a Elías y se santiguó, un gesto rápido y supersticioso, no litúrgico.

—Prisciliano —susurró Sarah. El nombre flotó entre las tumbas como un fantasma convocado.

Donato asintió levemente, con el mentón temblando.

—El primer hereje ejecutado por la Iglesia. El obispo que predicaba con mujeres, leía las estrellas, afirmaba que el cuerpo era el templo y no estas piedras frías. —El anciano escupió al suelo—. Sus discípulos lo trajeron en secreto. Lo enterraron donde las estrellas marcaban el fin del mundo, no donde Roma dictaba. Iria Flavia fue la primera parada, pero no la última.

—¿Dónde? —preguntó Elías. La mente del paleógrafo encajaba piezas a una velocidad vertiginosa. El «error» en los mapas medievales, las desviaciones de la ruta francesa... no eran errores. Eran correcciones para ocultar el peregrinaje original.

Donato miró hacia el oeste, hacia donde el cielo se oscurecía con nubes de plomo.

—Los Lobos de Dios siempre vigilan —murmuró, la voz quebrándose —. Hombres sin rostro, con la cruz por espada. Han estado aquí. Hace dos días. Preguntaban por pergaminos, por forasteros.

Elías y Sarah intercambiaron una mirada eléctrica. El Peregrino. Amaro.

—Padre, necesitamos saber adónde lo llevaron —insistió Sarah, acercándose. Su tono ya no era el de una académica, sino el de una protectora, firme—. Si esos hombres encuentran lo que buscan, destruirán lo que usted protege.

El anciano rebuscó en los pliegues de la sotana y sacó una vieja medalla de plomo, desgastada por el tacto de generaciones. Tenía grabado un arca, pero no la de Noé. Era una barca de piedra sin timón.

—Santiago es el teatro. Es el escenario montado para las masas —dijo Donato, poniendo la medalla en la mano de Elías. El metal quemaba levemente al contacto—. Pero si queréis la verdad, debéis seguir el agua, no la piedra. Hallad el lugar donde la ría se convierte en tumba. Buscad en Noia.

—¿Noia? —repitió Elías, examinando el plomo.

—El *Portus Apostoli* —explicó el cura, recuperando la azada y volviendo a su tarea con movimientos mecánicos, como si deseara borrar la conversación—. Se dice que Noé fundó la villa, pero la herejía sostiene que allí desembarcó el cuerpo decapitado antes de ser ocultado en el bosque. En la Iglesia de San Martiño de Noia... buscad la lápida que no tiene nombre, solo una estrella caída.

Un graznido de cuervo rompió el silencio. Sarah giró sobre sí misma. A lo lejos, en la carretera que bordeaba el cementerio, un vehículo negro redujo la velocidad, sus cristales tintados reflejaban el gris plomizo del cielo, impidiendo ver el interior.

—Marchaos —ordenó Donato sin levantar la vista de las hortensias —. Olvidad que me habéis visto. Yo solo soy un viejo que habla con las flores. Y rezad... no a Santiago, sino a quien realmente nos escucha desde el abismo.

Elías guardó la medalla en el mismo bolsillo que el cilindro. El peso de la pieza era insignificante comparado con la abrumadora carga de la revelación: la posibilidad de que la cristiandad occidental hubiera peregrinado durante un milenio hacia la tumba de un hereje, no de un santo.

—Vámonos —dijo Sarah, agarrando a Elías del brazo. El agarre fue firme, urgente.

Caminaron de vuelta a la furgoneta. Una mirada, invisible pero tangible, se les clavaba en las nucas. No era la del cura, sino una sensación física, una presión en la base del cráneo que Elías conocía bien: la certeza de ser la presa.

Al subir al vehículo, la lluvia arreció, transformando el parabrisas en una catarata. El motor de la C15 rugió, sonando obscenamente fuerte en la paz del camposanto.

—Noia está a treinta kilómetros —dijo Sarah, metiendo primera con violencia—. Si atajamos por la montaña.

—Los Lobos de Dios... —murmuró Elías, limpiando de nuevo las gafas, aunque esta vez el sudor frío nublaba su visión, no la lluvia—. La Orden de Amaro. No somos los únicos que leemos el mapa, Sarah. Ellos ya saben que la verdad no está en Compostela.

—Entonces tenemos que llegar antes —sentenció ella.

La furgoneta derrapó ligeramente sobre la grava mojada al salir a la carretera, dejando atrás Iria Flavia y sus secretos enterrados. Mientras el paisaje se desdibujaba en manchas verdes y grises, Elías miró la medalla de plomo que aún sostenía en la mano. La historia se reescribía con cada kilómetro que avanzaban, y el suelo bajo sus pies, la tierra sagrada de Galicia, parecía de pronto mucho menos sólida, como si caminaran sobre un océano de mentiras a punto de tragárselos.

La pregunta flotaba en el aire viciado de la cabina, no formulada pero ensordecedora: Si Santiago no es Santiago, ¿qué más es falso?

Sarah pisó el acelerador. El destino era Noia. La caza continuaba.

CAPÍTULO 12: LA VILLA DE LAS LÁPIDAS

El limpiaparabrisas de la vieja furgoneta C15 luchaba una batalla perdida contra el diluvio, gimiendo rítmicamente al barrer el agua que desdibujaba la carretera costera. No era una lluvia vertical, sino una cortina densa, casi sólida, empujada por las rachas del Atlántico que convertían el trayecto de treinta kilómetros entre Padrón y la ría en una navegación a ciegas.

Elías Varela se aferraba al asidero de la puerta, con los nudillos blancos. El traqueteo del motor diésel y la suspensión castigada le impedían pensar con claridad, pero la adrenalina mantenía su mente en un estado de vibración constante. Sarah conducía con una competencia feroz, los ojos negros fijos en el asfalto brillante, anticipando cada curva con la precisión de quien calcula vectores de fuerza.

—Estamos llegando —anunció ella, su voz cortando el ruido ambiente—. El cartel indicaba el centro histórico.

Ante ellos, bajo el cielo de plomo fundido de la tarde gallega, se desplegaba Noia. La villa no parecía recibirles, sino tolerarles. Elías limpió el vaho de su ventanilla con la manga de la chaqueta de tweed.

—*Portus Apostoli* —murmuró, observando los tejados de pizarra que brillaban como escamas de pez—. Pero la historia oficial miente. No

es solo el puerto. Según la herejía, esto es el "Pequeño Santiago". Un espejo oscuro de Compostela, diseñado no para la gloria, sino para la preservación.

Sarah redujo la marcha al entrar en las calles empedradas, donde los neumáticos resonaron con un tamborileo grave.

—¿Preservación de qué?

—Del linaje. De la sangre. —Elías señaló hacia la imponente silueta gótica que dominaba la plaza del Tapal—. La Iglesia de San Martiño. Dicen que Noia fue fundada por Noé, o por su nieta Noela. Es la ciudad del Arca. Si Compostela es la tumba, Noia es el barco que permite sobrevivir al diluvio. Aquí es donde se guarda lo que no puede morir.

Aparcaron en una esquina mal iluminada, lejos de las miradas curiosas. El aire al salir del vehículo tenía un sabor salobre, mezcla de marisma y piedra mojada. Elías se ajustó la bufanda, sintiendo el frío húmedo calar instantáneamente en sus huesos. Llevaba el cuaderno de notas protegido bajo la axila, como si fuera un órgano vital externo.

Caminaron hacia la iglesia. La estructura, consagrada en 1434, se alzaba con una sola torre, dándole un aspecto mutilado, asimétrico, que inquietó al paleógrafo. Pero no era el edificio lo que buscaban, sino el suelo que lo rodeaba.

El cementerio medieval de San Martiño no era un camposanto ordinario. Era una biblioteca lítica, un caos ordenado de laudas gremiales apiladas y dispersas, formando un pavimento irregular que narraba la historia de mil muertos anónimos.

—Dios santo —exhaló Sarah, barriendo el lugar con el haz de luz de su linterna frontal. El sol se estaba rindiendo, y las sombras alargaban las formas de granito—. Hay cientos.

—Más de quinientas —corrigió Elías, avanzando con cautela sobre las losas resbaladizas—. Es la mayor concentración de laudas

gremiales de Europa. Tijeras para el sastre, martillos para el herrero, peces para el marinero. No hay nombres, Sarah. Solo símbolos. Es un sistema de identificación visual perfecto para una población analfabeta.

—¿Y qué buscamos exactamente? —preguntó ella, agachándose para inspeccionar una losa que mostraba un ancla toscamente tallada.

—Una anomalía. —Elías sacó el pergamino del cilindro de cuero, protegiéndolo de las gotas con su propio cuerpo—. La pista de Iria Flavia hablaba de la "Estrella que navega". No puede ser una marca gremial común. Debe ser algo que conecte el cielo con el mar. Un astrolabio, un sextante primitivo... o el Arca misma bajo una constelación.

Se separaron, moviéndose entre el laberinto de piedra. El lugar tenía una acústica traicionera; el viento silbaba entre los contrafuertes y las gárgolas parecían escupir agua con malicia deliberada. Elías sentía el peso de la historia bajo sus suelas de goma. Cada paso era una profanación. Las lápidas estaban dispuestas como cartas de una baraja tiradas por un gigante frustrado, superpuestas, algunas rotas, otras devoradas por un musgo de terciopelo verde neón.

—¡Elías! —El susurro de Sarah fue urgente, cortante—. Tenemos compañía.

El paleógrafo se heló. A unos treinta metros, cerca de la entrada norte del atrio, tres figuras se recortaban contra la luz amarillenta de una farola lejana. No parecían los profesionales de la Orden. Se movían con la fanfarronería desgarbada de la juventud local, compartiendo una botella y risas agresivas. "Rapaces", pensó Elías. Pandilleros de pueblo buscando entretenimiento.

—Apaga la luz —siseó él, sumiéndose en la penumbra grisácea.

—Están bloqueando la salida principal —analizó Sarah, su voz adoptando el tono táctico que Elías empezaba a reconocer—. Tenemos que encontrar la lauda rápido y salir por el muro oeste.

La presión del tiempo transformó la búsqueda académica en una cacería frenética. Elías avanzó agachado, sus dedos rozando los relieves fríos y húmedos. *Tijeras. Calzado. Un hacha. Una cruz florenzada.* Nada. El pánico empezó a reptar por su garganta. Si la Orden llegaba a Noia, estos chicos locales serían daños colaterales, y ellos, cadáveres.

Sus ojos, miopes y forzados tras los cristales empañados, captaron un patrón diferente en una zona elevada, donde las lápidas habían sido apiladas verticalmente contra el muro de la iglesia para hacer espacio.

Se acercó, entrecerrando los ojos. La piedra estaba ennegrecida por siglos de intemperie, pero el relieve era profundo. No era una herramienta de oficio. Era un círculo complejo, atravesado por líneas que no representaban objetos terrenales, sino ángulos.

—Sarah —llamó con un hilo de voz, sin atreverse a usar la linterna —. Aquí.

Ella se materializó a su lado como una sombra más densa.

—¿Lo tienes?

—Mira. —Elías trazó la forma con el dedo índice—. No es un compás de cantero. Es un astrolabio náutico simplificado. Y aquí abajo... —rascó el liquen con la uña—, ondas. Agua. Y una barca estilizada. Es la confluencia. El cielo y el océano. El Arca de Noia.

—Haz el calco. Yo vigilo a los locales. Se están moviendo hacia aquí.

Elías asintió, sacando el papel de arroz y la barra de grafito de su bolsillo. La lauda estaba en una posición terrible, a un metro y medio del suelo, en lo alto de una pila inestable de sarcófagos descartados. Tenía que trepar sobre dos losas inferiores para alcanzar el ángulo correcto.

Puso un pie sobre la piedra base. El granito mojado ofrecía la misma tracción que el hielo lubricado con aceite. Se impulsó hacia arriba,

buscando equilibrio con la mano izquierda mientras la derecha preparaba el papel.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? —El grito, gutural y desafiante, rompió la atmósfera sagrada. Una botella de vidrio se estrelló contra el muro a pocos metros, estallando en una lluvia de esquirlas.

Elías se sobresaltó. Fue un movimiento instintivo, una contracción muscular defensiva. Su pie de apoyo, enfundado en un zapato de suela gastada, perdió toda adherencia sobre el musgo empapado.

El mundo giró.

No hubo tiempo para el miedo, solo para la física implacable. Su cuerpo cayó hacia atrás, pero su pie derecho quedó atrapado en una grieta entre dos sarcófagos pesados. La pierna se convirtió en una palanca; el peso de su cuerpo, en el martillo.

Se oyó un chasquido seco, nauseabundo. Similar al sonido de una rama verde al ser partida con violencia. Un ruido orgánico y estructural que resonó dentro de su propio cráneo más fuerte que el trueno.

Elías impactó contra el suelo fangoso con la espalda, el aire escapando de sus pulmones en un gemido ahogado.

—¡Elías! —Sarah estaba a su lado en un segundo, ignorando ya el sigilo.

Durante un instante, el cerebro de Elías se negó a procesar la señal. Hubo un vacío, un silencio blanco. Y entonces, la realidad reclamó su deuda.

El dolor no fue agudo al principio; fue una marea de lava que subió desde el tobillo hasta la cadera, borrando cualquier otro pensamiento. Un latigazo eléctrico que le hizo arquear la espalda y apretar los dientes hasta que la mandíbula crujió.

—¡Mi pierna! —jadeó, intentando incorporarse, pero el menor movimiento envió descargas de agonía pura que le nublaron la vista

—. ¡Ah, Dios!

Sarah encendió la linterna, apuntando hacia abajo. El pie derecho de Elías descansaba en un ángulo antinatural, rotado hacia fuera de una forma que la anatomía humana no permitía sin consecuencias catastróficas. El tobillo estaba hinchándose visiblemente, presionando el cuero del zapato.

—No te muevas —ordenó ella, su rostro pálido bajo la luz artificial. Se giró hacia las voces de los pandilleros que se acercaban corriendo, atraídos por el ruido—. Tenemos que irnos. Ya.

—No puedo... —Elías sentía que iba a vomitar. El sudor frío se mezclaba con la lluvia en su frente—. Creo que está roto. Lo he oído.

—Vas a tener que poder.

Sarah le pasó un brazo por la cintura y tiró de él hacia arriba. El grito de Elías fue ahogado por la palma de la mano de ella sobre su boca.

—Calla y camina. Si nos encuentran ahora, estamos acabados. Apóyate en mí. Todo tu peso.

Elías asintió, con las lágrimas de dolor mezclándose con la lluvia. Dio un salto con la pierna sana. Al intentar posar mínimamente la derecha, la rodilla le falló y el mundo se volvió negro por los bordes. Era un dolor arquitectónico, el colapso de los cimientos.

—La lauda... —balbuceó, la obsesión luchando contra el shock.

—La he memorizado. ¡Vamos!

Arrastrándose como un animal herido, colgado del hombro de Sarah, Elías Varela dejó atrás el cementerio de Noia. Cada paso era una tortura, cada metro una conquista imposible. Ya no era solo un académico en una aventura teórica. Ahora era una carga. Un hombre roto en una carrera que acababa de volverse letalmente física.

CAPÍTULO 13: SANGRE EN EL GRANITO

El motor de la C15 tosió una última vez antes de morir frente al portón de madera, vencido por el barro y el esfuerzo. No había farolas en aquel recodo de la carretera secundaria, solo la oscuridad absoluta de la Galicia rural, esa negrura espesa que parece devorar la luz de los faros.

Elías Varela no intentó moverse. Su pierna derecha ya no era una extremidad, sino un bloque de granito incandescente atado a su cadera. La vibración del vehículo había cesado, pero el dolor continuaba emitiendo ondas sísmicas hacia su columna vertebral.

—No te muevas —ordenó Sarah, su voz tensa compitiendo con el tamborileo del agua sobre el techo metálico.

Salió al aguacero. Elías la vio a través del parabrisas empañado, una silueta recortada contra los relámpagos lejanos, golpeando la puerta de la casa con el puño cerrado. No llamaba; exigía.

Un minuto después, una luz amarilla se encendió en el porche. Una mujer baja, de complexión robusta y cabello corto y grisáceo, abrió la puerta. Llevaba una bata de trabajo sobre el pijama y una escopeta de cañones recortados descansando en el pliegue del brazo. Elías limpió instintivamente el vaho de sus gafas con el pulgar, aunque el gesto fue inútil desde su posición.

Hubo un intercambio rápido. Sarah no retrocedió ante el arma. Señaló la furgoneta. La mujer bajó el cañón, escupió al suelo y asintió con reticencia.

Sarah regresó, abrió la puerta del copiloto y el olor a tierra mojada invadió la cabina, desplazando el aroma a encierro y sudor rancio.

—Es Marta —dijo, pasando el brazo de Elías sobre sus hombros—. Te dije que la excavación de Lugo sirvió para algo más que desenterrar monedas romanas. Vamos. Apóyate en mí. Todo tu peso, Elías. No te hagas el héroe.

El trayecto de diez metros hasta la entrada fue un vía crucis sobre lodo. Cada paso enviaba un latigazo eléctrico desde el tobillo de Elías hasta la base de su cráneo. Sus dientes castañetearon, no por el frío, sino por el esfuerzo de contener un grito.

Entraron en una sala amplia, con suelo de baldosas hidráulicas desgastadas y paredes forradas de estanterías metálicas. El olor era inconfundible: alcohol, yodo y ese almizcle animal que impregna las granjas. No era un hospital para humanos. En el centro, una mesa de acero inoxidable, diseñada para soportar el peso de mastines y terneros, brillaba bajo la luz cruda de los fluorescentes.

—A la mesa —indicó Marta, cerrando la puerta con tres cerrojos—. Y no manches el suelo más de lo necesario.

Elías fue izado sobre la superficie metálica. El frío del acero atravesó su ropa empapada, provocándole un espasmo en la espalda. Se sintió ridículamente fuera de lugar, un académico de tweed y libros viejos tendido donde habitualmente se castraba ganado.

Marta se acercó sin ceremonias. Sus manos eran grandes, rojas, curtidas por inviernos a la intemperie. No había delicadeza en ellas, solo una competencia brutal.

—Pantalón fuera —ordenó, mientras buscaba unas tijeras de podar en un cajón.

Sarah ayudó a Elías a desabrocharse el cinturón. La vergüenza de la desnudez desapareció ante la urgencia médica. Cuando la tela de pana mojada se deslizó hacia abajo, el estado de la pierna quedó expuesto bajo la luz blanca.

Elías se obligó a mirar. No era bonito. La herida original, mal curada y sometida a la tensión de la huida, se había abierto. Los bordes estaban inflamados, de un rojo violáceo que contrastaba enfermizamente con su piel pálida de biblioteca. Había suciedad en la laceración.

Marta soltó un silbido bajo.

—Bonito destrozo. ¿Alambre de espino?

—Algo así —mintió Sarah, colocándose a la cabecera de la mesa, sujetando los hombros de Elías.

—Tengo xilacina para caballos y lidocaína local —dijo la veterinaria, cargando una jeringa con un líquido transparente—. La xilacina lo dejará grogui, pero si tenéis prisa por iros, no la recomiendo. Tardará horas en coordinar las piernas.

—Sin sedantes generales —respondió Elías, su voz un susurro rasposo. Necesitaba la mente clara. El Códice, la inscripción de Noia, *Finis Terrae*... no podía permitirse la niebla química—. Solo local.

Marta le dirigió una mirada de evaluación, reajustando su opinión sobre el hombre flacucho que tenía delante.

—Tú mismo. Va a doler cuando limpie. Esto no es la Seguridad Social, cariño. Aquí raspamos hasta el hueso.

El primer pinchazo de la anestesia local fue una picadura de avispa. Elías cerró los ojos y apretó los dientes hasta que la mandíbula le dolió. Sarah se inclinó sobre él, su rostro a centímetros del suyo.

—Mírame, Elías —ordenó ella. Sus ojos oscuros eran anclas en la tormenta de dolor que se avecinaba—. No mires la pierna. Céntrate en la inscripción. ¿Qué significa *Sanguis* en el contexto del mapa?

Marta comenzó a trabajar. El cepillo de cerdas duras frotó la carne viva. Elías arqueó la espalda, un gemido escapando de su garganta a pesar de sus esfuerzos. Sus dedos se clavaron en el borde metálico de la mesa, buscando deformar el acero.

—El... el sistema circulatorio —jadeó Elías, aferrándose a la pregunta de Sarah como a una tabla de salvación—. Las rías... son las venas. La sangre de la tierra.

—Sigue hablando —susurró Sarah, apartando un mechón de pelo húmedo de la frente de él. Su mano estaba caliente, un contraste vital contra su piel fría.

—El granito... suda hierro oxidado... parece sangre. La Estrella no está en el cielo... está abajo.

Marta trabajaba con eficiencia mecánica. Desbridó el tejido muerto, irrigó con suero salino y comenzó a suturar. La aguja curva atravesaba la piel con un sonido húmedo, *ploc, ploc*, similar al de coser cuero grueso. Elías sentía los tirones, una presión nauseabunda que le revolvía el estómago.

—Ya casi está —anunció la veterinaria, cortando el hilo con un chasquido seco.

Elías dejó caer la cabeza contra la mesa, el sudor empapando su camisa. El dolor agudo había mutado en un latido sordo y constante, pero la sensación de fuego líquido había remitido.

Marta se apartó, quitándose los guantes de látex manchados de carmín. Caminó hacia un lavabo en la esquina y encendió una pequeña televisión portátil que descansaba sobre una pila de revistas caninas, buscando ruido de fondo para limpiar el ambiente opresivo.

El telediario regional estaba en sus últimos minutos. La imagen granulada parpadeó y mostró una fotografía que heló la sangre de Sarah más rápido que la lluvia gallega.

Era una foto de carnet de Elías, de hacía cinco años, con una expresión de desconcierto académico. Y al lado, una imagen borrosa de Sarah, tomada de alguna cámara de seguridad, entrando en la Catedral.

El rótulo inferior rezaba: *BÚSQUEDA ACTIVA: PROFANACIÓN Y SECUESTRO.*

La voz del presentador llenó la clínica: *«...las autoridades solicitan colaboración ciudadana. El Arzobispado, a través de su portavoz Monseñor Camiña, ha expresado su profunda preocupación por la seguridad de la doctora Al-Fayed, presuntamente retenida contra su voluntad por el exconservador Elías Varela, principal sospechoso de los actos vandálicos en el patrimonio compostelano. Se ofrece una recompensa de cincuenta mil euros por información que conduzca a su paradero...»*

El silencio que siguió en la clínica fue más pesado que el granito.

Marta se giró lentamente. Tenía una gasa en la mano, pero sus ojos buscaban la escopeta que había dejado apoyada junto a la puerta.

—Secuestro —dijo Marta. No era una pregunta.

Sarah se enderezó, soltando los hombros de Elías. Se interpuso sutilmente entre la veterinaria y la mesa de operaciones.

—Apaga eso, Marta.

—Cincuenta mil euros —murmuró la veterinaria, mirando a Elías con una mezcla de incredulidad y cálculo—. Me dijiste que estabais huyendo de unos matones por una deuda de juego de tu amigo. No me dijiste que tenía a la Iglesia y a la Guardia Civil en los talones. Ni que la secuestrada eras tú.

—No estoy secuestrada —dijo Sarah, dando un paso adelante, mostrando las palmas vacías pero manteniendo la tensión en los músculos de las piernas—. Mírame. ¿Tengo pinta de víctima?

—Tienes pinta de estar metida en una mierda que me va a salpicar —replicó Marta, retrocediendo hacia el teléfono fijo colgado en la pared—. Tengo la clínica sin licencia, Sarah. Si me encuentran encubriendo a un terrorista...

—No es un terrorista —intervino Elías desde la mesa. Intentó incorporarse, pero el mareo lo empujó de nuevo hacia abajo. Su voz temblaba, pero tenía la claridad del acero—. Es un chivo expiatorio. Y Camiña... Camiña no quiere rescatar a Sarah. Quiere silenciarla.

Marta descolgó el auricular. El tono de línea sonó en la habitación silenciosa.

—Marta, escúchame —la voz de Sarah bajó una octava, volviéndose dura, autoritaria. Era la voz que usaba para dirigir equipos en yacimientos hostiles—. Ese dinero es precio de sangre. Si llamas, no vendrá la Guardia Civil. Vendrán ellos. Los hombres que le hicieron eso a la pierna de Elías.

—Es mucho dinero, Sarah. Y yo tengo deudas reales.

—¿Recuerdas quién sacó tu nombre de los informes cuando se derrumbó la cata en Lugo? —Sarah lanzó la pregunta como un dardo —. ¿Quién asumió la responsabilidad por el fallo estructural para que tú pudieras seguir ejerciendo?

La mano de Marta se detuvo sobre el teclado numérico.

—Eso fue hace diez años.

—La lealtad no caduca —insistió Sarah, acortando la distancia. Puso su mano sobre el auricular, cubriendo los dedos de su amiga—. Camiña es el hombre que está borrando la historia. Está manipulando la fe para cubrir sus crímenes. Si nos entregas, nos matarán antes de que lleguemos a comisaría. Y tú tendrás que vivir sabiendo que vendiste a tu única amiga por treinta monedas de plata... ajustadas a la inflación.

Los ojos de la veterinaria oscilaron entre la pantalla del televisor, donde la foto de Elías seguía fija, y el rostro implacable de Sarah. El sonido de la lluvia fuera parecía haber aumentado, aislando aquel edificio del resto del mundo racional.

Lentamente, Marta colgó el teléfono.

El aire escapó de los pulmones de Elías en un suspiro tembloroso.

—Maldita seas, Al-Fayed —masculló Marta, pasándose la mano por el pelo gris—. Siempre fuiste una manipuladora emocional de primera.

—Es mi mejor cualidad —concedió Sarah, aunque sus manos temblaban ligeramente.

Marta caminó hacia un armario cerrado con llave. Sacó un frasco de pastillas y un rollo de vendas autoadhesivas de color verde neón, las que usaba para las patas de los caballos.

—Antibióticos de amplio espectro —dijo, lanzando el bote a Sarah, que lo atrapó al vuelo—. Y analgésicos potentes. No es morfina, pero hará que el viaje sea soportable.

Se acercó a la mesa y comenzó a vendar la pierna de Elías con movimientos bruscos pero eficientes. El vendaje verde brillante resultaba casi cómico en contraste con la gravedad de la situación.

—Tenéis hasta que pare la lluvia —dijo Marta sin mirarles—. O hasta el amanecer. Lo que ocurra primero. Después, si alguien pregunta, yo nunca os vi. Entrasteis a robar ketamine y os fuisteis.

—Gracias —dijo Elías. Se sentía ligero, flotando en una neblina de dolor residual y agotamiento.

—No me des las gracias —gruñó ella, terminando el vendaje—. Solo largo de aquí. Y si es verdad lo que dicen de ese Camiña... asegúrate de que valga la pena el riesgo.

Sarah ayudó a Elías a sentarse. El mundo giró un momento antes de estabilizarse. La pierna estaba entumecida, envuelta en presión, pero el dolor agudo se había embotado. Podía pensar. Podía moverse.

—¿A dónde ahora? —preguntó Marta, abriendo la puerta trasera que daba a un camino de tierra, lejos de la carretera principal.

Elías ajustó sus gafas con dedos torpes. La imagen de la inscripción en la iglesia de Noia brillaba en su mente con claridad absoluta, superpuesta al mapa mental de Galicia.

—Donde termina la tierra —susurró él—. Al fin del mundo.

Sarah asintió, cargando de nuevo con el peso de su compañero. La lluvia los recibió como una vieja conocida, fría e indiferente, pero ahora tenían un destino. Y un precio sobre sus cabezas.

CAPÍTULO 14: EL SABUESO Y LA PRESA

El fluorescente del techo parpadeaba con un zumbido eléctrico. Tras cuatro horas de guardia, el ruido taladraba directamente la sien del inspector Valdés. La comisaría de Santiago olía a esa mezcla inconfundible de burocracia y desesperación: café quemado, papel húmedo y el sudor rancio de los detenidos de la noche anterior.

Fuera, la lluvia gallega no daba tregua, convirtiendo las ventanas en láminas de agua distorsionada que aislaban la pecera de cristal de su despacho del mundo real. Sin embargo, la verdadera presión no venía de los elementos, sino del hombre que permanecía de pie al otro lado de su escritorio, tan rígido y pulcro que la mugre del ambiente parecía rehuirlo.

—La Iglesia no exige milagros, Inspector, solo competencia —dijo Monsignor Camiña. Su voz era suave, un barítono entrenado para resonar en naves de piedra, pero en la oficina pequeña sonaba invasiva.

Valdés se frotó los párpados con el pulgar y el índice, sintiendo la granulosidad del cansancio. No se levantó. Mantuvo la posición sentada como una pequeña declaración de soberanía territorial.

—Llevamos menos de doce horas, Monseñor. Hemos peinado las salidas de la ciudad. La alerta está en todas las patrullas de la

Guardia Civil desde Padrón hasta Finisterre.

—Y sin embargo, el profesor Varela y la doctora Al-Fayed siguen… ausentes —el monseñor pronunció la palabra con un desagrado clínico, como si hablara de una enfermedad venérea—. Y con ellos, una propiedad inestimable del Patrimonio.

El prelado apoyó una mano sobre el escritorio. Valdés notó que las uñas del sacerdote estaban perfectamente manicuradas, un contraste hiriente con las fotos de la escena del crimen que yacían desparramadas bajo ellas: la vitrina destrozada, las manchas de sangre en el suelo del museo.

—La recompensa de cincuenta mil euros ha generado más ruido que pistas —replicó el inspector, señalando el teléfono fijo que no había dejado de sonar en toda la mañana—. Tengo a media provincia llamando para decir que han visto a Elvis o a los fugitivos comprando pan en Betanzos. Eso entorpece, no ayuda.

—El dinero motiva a la ciudadanía cívica.

—El dinero motiva a la codicia, Monseñor. Y la codicia vuelve a la gente estúpida.

Camiña retiró la mano lentamente. Sus ojos, oscuros y líquidos, se clavaron en el inspector con una intensidad que superaba la mera preocupación por un robo. Había urgencia allí, una tensión eléctrica que no encajaba con la postura oficial de «recuperación de bienes culturales».

—Inspector —dijo el monseñor, bajando el tono hasta un susurro conspirador que hizo que los vellos de la nuca de Valdés se erizaran —, no creo que entienda la magnitud de lo que está en juego. No se trata solo de un libro viejo. Se trata de la estabilidad de… ciertas instituciones. Si no puede encontrarlos antes del anochecer, me veré obligado a elevar esta petición al Ministerio del Interior. Estoy seguro de que en Madrid comprenderán mejor la gravedad del asunto.

La amenaza se cernió en el aire, densa como el humo de un cigarro barato. Valdés apretó la mandíbula hasta que le dolió una muela.

—Haga lo que tenga que hacer. Yo haré mi trabajo.

Camiña asintió una vez, secamente, giró sobre sus talones y salió del despacho. Valdés observó cómo la sotana negra se agitó levemente, cortando el aire viciado de la comisaría como una guadaña.

Cuando la puerta se cerró, Valdés soltó el aire que había estado conteniendo. Se levantó, caminó hacia la persiana y miró hacia el aparcamiento. Vio al sacerdote subir a un sedán negro con cristales tintados. Demasiado lujo para un voto de pobreza, pensó.

Algo no encajaba. La narrativa oficial era secuestro y robo. Elías Varela, un académico con historial de neurosis, supuestamente había forzado a Sarah Al-Fayed a huir con él. Pero Valdés llevaba veinte años leyendo a las personas, y el perfil de Varela —obsesivo, miedoso, ratón de biblioteca— no cuadraba con la audacia de un fugitivo internacional. La insistencia de Camiña, por su parte, revelaba una desesperación mal disimulada.

—A la mierda con Madrid —murmuró para sí mismo.

Valdés se sentó de nuevo y desbloqueó su terminal. Ignoró los informes de las patrullas y abrió el servidor de tráfico de la DGT. Si Varela y la chica habían escapado, tuvieron que usar un vehículo. La furgoneta de la chica, una Citroën C15, era vieja y ruidosa. Difícil de ocultar.

Comenzó a rastrear las cámaras de la zona de O Carballo, cerca de la clínica veterinaria donde una patrulla había reportado «actividad inusual» de madrugada sin encontrar a nadie.

El reloj en la esquina de la pantalla marcaba las 04:15 AM. Lluvia torrencial. La imagen era granulada, en blanco y negro, con la fecha parpadeando en la esquina superior.

Ahí estaba. La C15 saliendo de un camino secundario. Apenas se distinguían las matrículas, pero la abolladura en el parachoques trasero coincidía con la ficha del vehículo de Al-Fayed.

—Te tengo —susurró Valdés, anotando la hora y la dirección. Iban hacia el oeste. Hacia la costa.

Estaba a punto de cerrar la ventana cuando algo en el borde del encuadre captó su atención. Retrocedió diez segundos.

Un minuto después de que la furgoneta desapareciera por el margen izquierdo, apareció otra figura. No era un vehículo. Era un hombre. A pie.

Valdés amplió la imagen, pixelando el vídeo hasta convertirlo en una masa de cuadros grises y negros. Aun así, la silueta era inconfundible.

El sujeto era inmenso. Incluso con la distorsión de la lente gran angular, su altura resultaba anómala, proyectando una sombra alargada sobre el asfalto mojado. Llevaba un abrigo largo que el viento pegaba a sus piernas, revelando una complexión masiva, tectónica. Sin embargo, lo que verdaderamente heló a Valdés fue su cabeza: bajo la luz de una farola lejana, brillaba pálida y totalmente desprovista de pelo.

Un nudo de hielo se le formó en el estómago. No fue el tamaño del sujeto lo que le turbó, sino su comportamiento.

El hombre no corría. Caminaba con una cadencia mecánica, depredadora. Se detuvo justo en el cruce donde la furgoneta había girado. La cabeza del gigante giró lentamente, como una torreta de tanque, olfateando la dirección que habían tomado sus presas. Luego, reanudó la marcha, desapareciendo en la oscuridad con una determinación que no requería prisa.

Valdés sintió una sequedad repentina en la boca. Había visto a asesinos, a violadores, a gente rota por la droga. Pero ese lenguaje

corporal… eso era otra cosa. Eso era eficiencia militar despojada de humanidad.

Revisó el informe que Camiña le había entregado: «Sospechosos: Dos. Peligrosidad: Baja/Media».

No había mención de un tercer jugador. No había mención de un gigante calvo que rastreaba a los fugitivos en plena madrugada bajo la tormenta.

El inspector se reclinó en su silla, el cuero crujiendo bajo su peso. El zumbido del fluorescente parecía ahora más lejano, ahogado por el ruido seco de las piezas encajando en su mente.

Si la Iglesia quería recuperar el libro, ¿por qué enviar a un sacerdote a presionarlo a él, mientras un sabueso monstruoso hacía el trabajo sucio en el campo?

Camiña mentía. O al menos, omitía la parte más sangrienta de la verdad.

Valdés miró la foto de Elías Varela en el expediente. El académico tenía esa mirada de ciervo deslumbrado por los faros. Y Sarah Al-Fayed, con su expresión desafiante. No parecían criminales maestros. Parecían presas.

Y la policía, pensó Valdés con un sabor amargo en la lengua, estaba siendo utilizada para acorralar a las ovejas para que el lobo pudiera comer a gusto.

Abrió un cajón de su escritorio y sacó una carpeta virgen, de color manila. Cogió un rotulador negro y escribió un nombre en la pestaña, pero no fue el de Varela, ni el de Al-Fayed.

Escribió: *CAMIÑA / ARZOBISPADO*.

Luego, abrió una nueva ventana en el navegador. No usó la base de datos policial, pues esta dejaba rastro de cada consulta y Camiña probablemente la tenía vigilada a través de sus contactos políticos.

En su lugar, empleó un buscador genérico, tecleando con dos dedos, lento pero metódico.

«Órdenes religiosas extremistas Galicia historia». «Simbología herejía priscilianista». «Desapariciones Camino de Santiago no resueltas».

La pantalla le devolvió miles de resultados, un océano de ruido digital. Pero Valdés era paciente. Tenía la tenacidad de un perro viejo que había mordido un hueso y no pensaba soltarlo hasta llegar al tuétano.

Cogió el teléfono, pero no marcó el número de la centralita. Marcó el de un antiguo compañero de la brigada de información, un hombre que había sido purgado hacía años por hacer demasiadas preguntas sobre las finanzas del clero.

—Manolo —dijo Valdés cuando la voz ronca contestó al tercer tono —. Soy yo. No me cuelgues. Necesito saber qué se mueve en las alcantarillas de la Catedral. Y necesito saberlo sin que las sotanas se enteren.

Escuchó la respuesta al otro lado, una risa seca y cínica.

—Sí, ya sé que estoy loco —admitió Valdés, mirando la imagen congelada del gigante en su monitor—. Pero creo que hay un animal suelto en mi jurisdicción, y no lleva placa.

Colgó el teléfono. La lluvia seguía golpeando el cristal, pero ahora el sonido no le molestaba. Ahora tenía un ritmo. El ritmo de una cuenta atrás.

Valdés se puso las gafas de lectura, sacó un cuaderno de notas y comenzó a escribir. Ya no buscaba a unos ladrones de libros. Ahora buscaba entender quién era el cazador, para poder anticipar dónde caería la presa.

Si Elías y Sarah iban a la costa, a Finisterre, iban hacia una trampa geográfica. El fin del mundo no tenía salida.

—Corred —susurró a la pantalla, dirigiéndose a los pixelados fugitivos—. Corred, porque lo que viene detrás de vosotros no se va a detener con unas esposas.

CAPÍTULO 15: DANZA DE LA MUERTE EN MUROS

El aire de Muros olía a salitre añejo y a pescado destripado, una mezcla densa que se adhería a la garganta. La tarde caía sobre la ría gallega, pintando de plomo las aguas y convirtiendo los famosos soportales de piedra de la villa en bocas oscuras que tragaban la luz.

Elías Varela se apoyó contra el granito húmedo de la fuente de la Plaza del Pescado. Su pierna derecha, herida en la huida anterior, no era más que un lastre palpitante, un trozo de carne ajena que protestaba con cada cambio de peso. No obstante, el dolor físico quedaba relegado a un segundo plano ante la urgencia intelectual que le consumía.

—Mira esto, Sarah —susurró, con la voz quebrada por la fatiga—. No es decorativo.

Se ajustó las gafas, que resbalaban por el puente de su nariz sudorosa. Sus dedos, manchados de tinta y tierra, trazaron el relieve de una vieira esculpida en la base del caño. El agua brotaba sobre la piedra erosionada por siglos de erosión, pero Elías no veía agua. Veía patrones.

—Los canteros de este pueblo no seguían el Códice Calixtino oficial —continuó, hablando más para sí mismo que para ella, sumergiéndose en esa burbuja de abstracción que era su único

refugio—. Esta concha tiene nueve estrías, no las habituales. Coinciden con la alineación de la constelación de *Eridanus*. El río de las estrellas.

Sarah Al-Fayed no miraba la fuente. Su atención barría el perímetro de la plaza, escaneando a los turistas que deambulaban con helados en la mano y cámaras colgadas al cuello. El contraste entre la frivolidad vacacional y la amenaza que les pisaba los talones le revolvía las entrañas.

—Elías, tenemos que movernos —instó ella, su tono cortante como el viento del norte—. Estamos demasiado expuestos.

—Un minuto. Solo necesito calcar la orientación del eje...

Sarah giró la cabeza hacia los escaparates de la *Rúa Real*. El vidrio de una tienda de cerámica reflejaba la calle a sus espaldas: familias paseando, un perro ladrando a una gaviota y, recortada contra la luz lechosa del puerto, una figura que no encajaba.

Era una silueta masiva, inmóvil en medio del flujo de gente. Un abrigo largo, demasiado pesado para la estación, caía como una sotana de oscuridad. La cabeza rapada brillaba pálida, desprovista de cejas, una máscara de mármol inexpresivo.

El mundo de Sarah sufrió una sacudida vertiginosa. No hubo música dramática, solo el sonido sordo de su propia respiración atascándose.

—Está aquí —dijo ella, y no fue un grito, sino una exhalación de terror puro.

Elías levantó la vista, confundido, justo cuando Sarah le aferraba del brazo sano con una fuerza que prometía hematomas.

—¡Corre!

El tirón casi le hizo perder el equilibrio. Elías trastabilló, y el dolor de su pierna estalló como una supernova blanca tras sus párpados. Un gemido involuntario escapó de sus labios, pero la adrenalina, esa

química primitiva, inundó su sistema obligando a sus músculos a obedecer.

Se lanzaron bajo los arcos de los soportales. La arquitectura marinera, pensada para resguardar de la lluvia, se convertía ahora en un túnel claustrofóbico.

Amaro no corrió. No necesitaba hacerlo. Se movía con la fluidez de una marea negra, devorando la distancia con zancadas largas y silenciosas que contradecían su corpulencia.

—¡Por ahí! —señaló Sarah, empujando a un grupo de adolescentes que bloqueaban el paso.

Se internaron en un callejón lateral, buscando perderse en el laberinto del casco histórico. El suelo de losas irregulares era una trampa mortal para la cojera de Elías. Cada impacto de su talón contra la piedra enviaba una descarga eléctrica hasta su cadera. Jadeaba, el sabor metálico de la sangre llenándole la boca al morderse la lengua.

—¡No puedo...! —balbuceó el paleógrafo, sintiendo que sus pulmones eran bolsas de papel arrugado.

—¡Si te paras, mueres! —le espetó Sarah, arrastrándolo literalmente.

Giraron una esquina y se toparon de frente con una terraza abarrotada de mesas. Turistas reían, brindando con vino blanco, ajenos a la cacería. Sarah volcó una silla al pasar para crear un obstáculo, ignorando las protestas indignadas de los comensales.

Miró hacia atrás. El gigante calvo acababa de doblar la esquina.

Un hombre joven, un mochilero con una guitarra a la espalda, se interpuso accidentalmente en la trayectoria del Peregrino, intentando recoger la silla caída.

Amaro no se detuvo. Ni siquiera aminoró el paso. Con un movimiento económico y brutal, extendió el brazo. Su mano, grande como una pala, impactó contra el pecho del joven.

El sonido fue seco, nauseabundo, como una rama gruesa partiéndose bajo una bota.

El muchacho salió despedido hacia atrás, su cuerpo convertido en un proyectil inerte que se estrelló contra el escaparate de una panadería. El vidrio estalló en una lluvia de diamantes letales y el cuerpo cayó entre los pasteles, inmóvil, con el cuello en un ángulo antinatural.

El tiempo en la terraza se fracturó. El silencio absoluto reinó durante un segundo, antes de que los gritos desgarraran la tarde.

El caos estalló. La gente se levantó en estampida, derribando mesas, pisándose unos a otros en un pánico ciego. Era la cobertura perfecta.

—¡Al puerto! —ordenó Sarah, aprovechando la confusión. La masa humana se arremolinaba, creando un escudo viviente entre ellos y el asesino.

Elías, pálido como la cera, había visto la ejecución sumaria. La realidad de la muerte, sin florituras ni ritos, le golpeó con más fuerza que cualquier revelación histórica. Aquel hombre no era humano; era una fuerza de la naturaleza bíblica, una plaga bípeda.

Salieron de la protección de las calles empedradas hacia la explanada del puerto. El viento marino les azotó la cara. Barcos pesqueros de bajura se mecían suavemente, con sus cascos coloridos chirriando contra los neumáticos que servían de defensas en el muelle.

Sarah escaneó las opciones. Un yate estaba cerrado. Un pesquero grande requería demasiada preparación.

Allí.

Una pequeña lancha motora, cargada con redes naranjas, tenía el motor fueraborda levantado, pero había actividad reciente. Un

pescador anciano estaba en el muelle, de espaldas a la embarcación, apilando cajas de plástico.

—Lo siento —murmuró Sarah.

Corrieron hacia la escalerilla de metal oxidado que bajaba al nivel del agua. Elías resbaló en el último peldaño, cubierto de verdín, y cayó pesadamente dentro de la lancha. Su rodilla impactó contra la fibra de vidrio, arrancándole un alarido que se perdió en el graznido de las gaviotas.

Sarah saltó detrás de él. El pescador se giró, con los ojos abiertos de par en par bajo su gorra de lana.

—¡Eh! ¿Qué hacen? —gritó el hombre en gallego, soltando una caja.

Sarah ignoró la pregunta. Se lanzó hacia la consola de mando. No había llaves.

—¡Maldita sea! —golpeó el plástico.

—¡Viene! —gritó Elías desde el suelo de la lancha, señalando hacia arriba.

En el borde del muelle, recortado contra el cielo gris, apareció Amaro. Su abrigo ondeaba al viento. En su mano derecha brillaba algo metálico, no una pistola, sino una hoja curva, un cuchillo de desollar.

Sarah buscó frenéticamente. Vio el cable de hombre al agua colgando de la muñeca del pescador que ahora corría hacia ellos vociferando. Sin el clip de seguridad, el motor no arrancaría.

Pero vio algo más: un destornillador olvidado sobre el banco de popa.

Con una destreza nacida de la desesperación, Sarah clavó el destornillador en la ranura de encendido y giró con todas sus fuerzas, puenteando el contacto. El motor tosió, carraspeó y finalmente rugió con una nube de humo azul.

Amaro saltó.

Fue un salto imposible para un hombre de su tamaño, una caída controlada de tres metros buscando aterrizar sobre ellos y aplastarlos.

Sarah empujó la palanca de aceleración al máximo. La hélice mordió el agua, cavitando por un instante antes de encontrar agarre. La lancha dio una sacudida violenta hacia adelante, lanzando a Elías contra las redes.

El asesino aterrizó en el agua, a escasos centímetros de la popa, donde la espuma blanca y turbulenta batida por el motor lo engulló momentáneamente.

La embarcación se alejó del muelle, rebotando sobre las olas cortas de la ría. Sarah no soltó el acelerador hasta que estuvieron a doscientos metros, el motor gritando en protesta.

Elías se incorporó trabajosamente, agarrándose a la borda. Miró hacia atrás, hacia el puerto de Muros que se encogía en la distancia.

Una figura empapada emergía del agua por la escalerilla de metal. Amaro se puso en pie en el muelle, chorreando agua salada, inmóvil como una gárgola gótica trasplantada a la modernidad. No hizo gestos de frustración. Simplemente se quedó allí, observando, marcando su posición, como un faro de oscuridad que prometía que el océano no era lo suficientemente grande para esconderlos.

Sarah ajustó el rumbo hacia la boca de la ría, hacia el mar abierto y el peligroso oleaje de la Costa da Morte. Sus manos temblaban sobre el volante, no de frío, sino por la réplica sísmica de la violencia presenciada.

—¿Estás bien? —preguntó ella, sin mirarlo.

Elías se tocó el bolsillo de la chaqueta, verificando que el cuaderno de notas seguía allí. Luego se miró la pierna; la sangre manchaba el pantalón de pana.

—Sobrevivo —respondió él, y la palabra le supo a ceniza—. Pero él... él no se detendrá, Sarah. No es un hombre. Es una consecuencia.

La lancha cortó el agua gris, llevando consigo a dos fugitivos y un terror nuevo, más profundo y frío que las aguas del Atlántico que se abrían ante ellos.

CAPÍTULO 16: A LA DERIVA

El silencio que siguió al último estertor del motor fueraborda fue más aterrador que el rugido de la persecución. No hubo tosido final, ni humo negro; simplemente una rendición mecánica, un chasquido metálico y luego, el incesante chapoteo del agua contra la fibra de vidrio.

Sarah soltó la cuerda de arranque con un gesto de rabia contenida. Sus nudillos, blancos por el frío y la tensión, golpearon la carcasa del motor Yamaha. El sonido seco resonó en la inmensidad de la ría como un disparo fallido.

—Está ahogado —sentenció ella. Su voz sonó ronca, rasgada por el salitre y los gritos previos—. O hemos quemado la transmisión. De cualquier modo, somos madera flotante.

Elías Varela no respondió de inmediato. Estaba ovillado en la popa, tratando de estirar la pierna herida sin rozar los aparejos de pesca oxidados que cubrían el suelo del bote. El dolor en su muslo ya no era una aguja candente, sino un latido sordo y nauseabundo, un tamborileo que sincronizaba con el vaivén de las olas. Se ajustó las gafas, inútilmente empañadas por la bruma nocturna, y miró hacia la costa que dejaban atrás. Las luces de Muros eran ya un borrón anaranjado, distante e indiferente a su suerte.

El mar se había convertido en un espejo de obsidiana, tragándose la línea del horizonte hasta que resultaba imposible distinguir dónde terminaba el océano y dónde comenzaba el firmamento. Flotaban en una burbuja de negrura absoluta.

—La corriente de salida —murmuró Elías, notando cómo el bote giraba perezosamente sobre su eje—. La marea baja nos arrastra hacia el noroeste.

—Hacia mar abierto —corrigió Sarah, dejándose caer en el banco central. Se frotó los brazos, intentando generar fricción sobre la tela húmeda de su ropa táctica—. Si no logramos remar o que nos vean, amaneceremos en medio del Atlántico. O no amaneceremos.

Elías abrazó el Códice contra su pecho. El objeto, envuelto en capas de plástico y tela, no pesaba físicamente más que un ladrillo, pero su presencia ejercía una presión atmosférica propia. No era una carga inerte; era un agujero negro que había succionado la normalidad de su vida, deformando la realidad hasta dejarlo allí, tiritando en una cáscara de nuez robada, con un asesino fanático pisándole los talones. Sentía que el pergamino antiguo le robaba el calor corporal, alimentándose de su temperatura para mantenerse vivo.

—No podemos remar contra esto —dijo él, observando la espuma que se formaba alrededor del casco—. La ría es un embudo. Tenemos que dejar que nos lleve y rezar para que la deriva nos acerque a la orilla norte antes de que salgamos de la protección de los cabos.

Sarah asintió, resignada. La adrenalina que la había mantenido funcional durante la huida se estaba evaporando, dejando al descubierto una fatiga geológica, antigua. Se miró las manos, manchadas de grasa y sangre seca.

—Nunca me ha gustado el silencio —confesó ella, con la mirada perdida en el agua negra—. En las excavaciones, incluso de noche, siempre hay ruido. Generadores, viento en las lonas, gente roncando. Esto... esto es un vacío.

Elías la observó. Por primera vez, la armadura de la historiadora pragmática mostraba grietas. No vio a la mujer que saltaba entre tejados, sino a alguien profundamente sola.

—El silencio es necesario para leer —ofreció él, torpemente.

—No cuando estás sola —replicó ella, y la palabra "sola" quedó flotando entre ellos—. Mis padres eran diplomáticos. Vivíamos en tres países distintos cada dos años. Aprendí a no echar raíces, a ser eficiente, a moverme rápido. Si te quedas quieta, te das cuenta de que no perteneces a ningún sitio. —Levantó la vista, sus ojos negros reflejando la escasa luz estelar—. Estar a la deriva, Elías... es mi pesadilla recurrente. Sin motor, sin dirección. Solo esperar.

Elías se removió, y una punzada en la pierna le arrancó un siseo.

—Yo he pasado mi vida quieto —dijo él, buscando distraerla, y quizás distraerse a sí mismo del frío que le calaba los huesos—. En bibliotecas, en archivos, en despachos sin ventanas. Creyendo que si no me movía, no podía romper nada.

Sarah soltó una risa breve, sin humor.

—Y sin embargo, rompiste a Camiña.

El nombre del prelado flotó en el aire salobre. Elías sintió el viejo nudo en el estómago, esa mezcla de vergüenza académica y rectitud suicida.

—No fue intencional. —Elías se limpió las gafas con el borde seco de su bufanda—. Camiña basó su ascenso al obispado en el hallazgo de un supuesto documento fundacional en los archivos de la Catedral. Una bula papal del siglo XII que otorgaba privilegios inéditos a la diócesis. Iba a ser su legado, su triunfo político. Me pidió que la autentificara. Esperaba un trámite, una firma.

—¿Y era falsa? —preguntó Sarah.

—Peor. Era auténtica, pero él la había malinterpretado. —Elías miró sus propias manos, la mancha de tinta en su dedo medio casi

invisible en la oscuridad—. El latín era... complejo. Camiña leyó "concesión perpetua". El texto real, bajo análisis paleográfico estricto, decía "concesión temporal sujeta a la pureza de fe". Y lo que es más irónico, el documento incluía una cláusula de excomunión para quien intentara usar esos privilegios para el lucro personal.

El bote se mecía suavemente. El agua golpeaba el casco con un ritmo hipnótico.

—Lo publicaste —dedujo ella.

—Lo corregí. En una nota al pie de página de un artículo que pensé que nadie leería. Pero los rivales de Camiña sí leían. Usaron mi corrección para humillarlo, para bloquear su financiación en Roma. Destruí su reputación con una preposición latina. —Elías suspiró, el vaho de su aliento formando una nube efímera—. Él cree que fue malicia. Cree que soy un saboteador. Pero yo solo... no podía dejar que la mentira quedara escrita. La historia es lo único que tenemos. Si la corrompemos, ¿qué nos queda?

—Nos quedan los vivos —dijo Sarah suavemente—. Y a veces, los vivos sangran por culpa de las notas al pie.

Elías no respondió. Sabía que ella tenía razón. Su búsqueda de la verdad absoluta había tenido un coste humano. Ahora, esa misma búsqueda los tenía al borde de la hipotermia.

Para evitar la mirada de Sarah, alzó la cabeza hacia el cielo. Las nubes de tormenta se habían abierto en jirones, revelando un tapiz de estrellas tan brillante que dolía mirarlo. Lejos de la contaminación lumínica de las ciudades, el cielo gallego era un mapa abrumador.

—Mira —susurró, señalando hacia el sur, bajo la línea de Orión—. Ahí.

Sarah siguió su dedo.

—¿Qué estoy viendo?

—Eridanus. La constelación del Río. —La voz de Elías adoptó ese tono barítono, casi reverencial, que usaba en sus clases—. En la mitología, es el río al que cayó Faetón cuando perdió el control del carro del sol. Es el camino hacia el inframundo.

Trazó una línea imaginaria en el aire con mano temblorosa.

—No es una constelación de guía para los marineros, no como la Osa Mayor. Es una ruta de advertencia. Serpentea por el cielo, difícil de seguir, llena de estrellas débiles. Los antiguos decían que sus aguas eran traicioneras.

—Muy apropiado —murmuró Sarah, abrazándose las rodillas—. Estamos navegando sobre su reflejo.

—No —corrigió Elías, y por un momento, el miedo desapareció de su rostro, reemplazado por la claridad del erudito—. El Códice habla de "seguir el río de estrellas oscuras". Siempre pensé que era una metáfora espiritual. Pero si superpones Eridanus sobre el mapa de la ría... —Hizo una pausa, visualizando la cartografía mentalmente—. La boca del río estelar coincide con la salida al océano. Pero su nacimiento... su nacimiento apunta hacia el Monte Pindo. El Olimpo Celta.

Sarah se incorporó, el bote osciló peligrosamente con su movimiento brusco.

—¿Estás diciendo que la corriente nos está llevando exactamente a donde debemos ir?

—Estoy diciendo que los que diseñaron esta ruta conocían las mareas y el cielo mejor que nosotros. No estamos huyendo al azar, Sarah. Estamos peregrinando. Incluso a la deriva.

Un silencio nuevo se instaló entre ellos, esta vez menos opresivo. Era el silencio de dos piezas que acaban de encajar. Sarah miró a Elías, a ese hombre encorvado, inadecuado para la acción, que sin embargo veía mapas en el caos. Y Elías miró a Sarah, la mujer que temía detenerse, obligada ahora a confiar en la quietud.

—¡Elías! —exclamó ella de pronto, señalando hacia estribor.

A lo lejos, en la negrura insondable de la costa norte que se cernía como una mandíbula de piedra, parpadeaba una luz. No era un faro. Era algo más tenue, rítmico. Una fogata, o quizás una señal.

—Carnota —identificó Elías, entrecerrando los ojos—. La playa más larga de Galicia.

La corriente, efectivamente, los había empujado cruzando la boca de la ría. Estaban lejos, a kilómetros de distancia, pero el movimiento del agua los llevaba inexorablemente hacia esa costa salvaje.

—Tenemos que remar —dijo Sarah, y esta vez no había desesperación en su voz, sino propósito. Buscó bajo el banco y sacó un remo de madera astillada. Le tendió el otro a Elías—. Solo para corregir el rumbo. La marea hará el resto.

Elías tomó el remo. La madera estaba fría y áspera. Su pierna protestó al apoyarla para hacer palanca, pero ignoró el dolor. Miró la luz distante, luego al río de estrellas sobre su cabeza, y finalmente al Códice que reposaba a sus pies.

Hundió la pala en el agua negra, rompiendo el reflejo del cielo. Remaron. No hacia la seguridad, sino hacia el siguiente enigma.

CAPÍTULO 17: EL HÓRREO INFINITO

El amanecer no trajo luz, sino una dilución del negro hacia un gris perla, húmedo y pegajoso. La bruma salina se aferraba a la costa de Carnota, convirtiendo el paisaje en una acuarela a medio terminar.

Elías Varela avanzaba arrastrando la pierna herida, que había dejado de enviar señales de dolor agudo para instalarse en un entumecimiento pesado, como si el miembro estuviera relleno de plomo fundido en lugar de hueso y músculo. Cada paso sobre la arena compacta y luego sobre el asfalto rugoso del pueblo dormido era una negociación entre su voluntad y la mecánica fallida de su articulación.

—Más rápido —susurró Sarah, su voz tensa pero carente de reproche.

Ella era un soporte firme bajo su axila derecha. Su calor corporal traspasaba las capas de ropa empapada que ambos vestían, una fricción térmica que mantenía a Elías consciente. El frío del mar se había filtrado hasta la médula, transformando el temblor incontrolable de hace una hora en una rigidez cadavérica.

—Allí —jadeó Elías, señalando con un dedo que parecía una garra azulada.

Ante ellos se extendía la estructura civil más imponente que el paleógrafo había visto fuera de un tratado de arquitectura romana. El Hórreo de Carnota. No parecía un granero; en la penumbra lechosa del alba, se asemejaba a un templo suspendido, un ciempiés de granito de casi treinta y cinco metros de largo, elevado sobre veintidós pares de pies de piedra.

Sarah lo arrastró hacia la sombra que proyectaba el monumento. El pueblo seguía en silencio, solo roto por el ladrido lejano de un perro y el ritmo constante del Atlántico a sus espaldas. Se deslizaron bajo la panza del hórreo, entre los pilares —los *stipes*— y las losas circulares —las *tornarratas*— diseñadas para evitar que los roedores alcanzaran la cosecha sagrada.

Elías se dejó caer contra una de las columnas. La piedra estaba fría, pero ofrecía una solidez que el mar le había negado. Se quitó las gafas; la sal había cristalizado en los cristales, fracturando su visión en mil prismas sucios. Las limpió con la parte interior de su chaqueta de tweed, que estaba apenas menos mojada que el exterior, logrando solo emborronar la suciedad.

—Tenemos que movernos antes de que salga la gente —dijo Sarah, escaneando el perímetro. Sus ojos oscuros no descansaban; catalogaban salidas, amenazas, coberturas—. No podemos ir al hotel. Parecemos náufragos.

—No... espera. —Elías se colocó las gafas de nuevo. El mundo recuperó sus bordes duros.

Desde su posición a ras de suelo, la perspectiva del hórreo cambiaba drásticamente. Ya no era un almacén de maíz. Era una máquina.

Observó las ranuras de ventilación talladas en la piedra de la cámara superior. A simple vista, eran funcionales, diseñadas para que el viento curara el grano. Pero la mente de Elías, entrenada para encontrar patrones en el caos de la caligrafía visigótica, detectó una anomalía en la regularidad.

La disposición no era simétrica.

—¿Elías? —Sarah le tocó el hombro.

—La piedra habla, Sarah. Solo hay que saber escuchar su gramática. —Su voz sonaba rasposa, pero la fatiga mental se había disipado, reemplazada por la fiebre del descubrimiento—. Mira las fendas. Los respiraderos.

Ella siguió su mirada hacia la parte alta de la estructura de granito. —Son agujeros para el aire. Estilo barroco, siglo dieciocho.

—Siglo dieciocho, sí. Construido sobre cimientos anteriores. Pero mira la inclinación del tercer tramo.

Elías se impulsó hacia arriba, ignorando la protesta mecánica de su rodilla. Se movió cojeando a lo largo de la columnata, contando los pares de pies. Uno, dos, tres... Se detuvo en el séptimo par.

—Aquí —murmuró, pasando la mano por la base del pilar. Había una marca de cantero, casi erosionada por trescientos años de lluvia gallega. Una espiral doble.

—¿Qué significa? —preguntó ella, acercándose.

—No es decoración. Es alineación. —Elías giró la cabeza, buscando el horizonte hacia el este, donde la claridad del día comenzaba a romper la neblina—. Los constructores de hórreos respetaban la funcionalidad, pero los maestros canteros de esta zona heredaron tradiciones que la Iglesia nunca logró extirpar del todo.

Se agachó, obligando a Sarah a hacer lo mismo para ver a través de dos ranuras de ventilación específicas que se alineaban perfectamente desde ese ángulo. Formaban una mira telescópica de piedra.

—Mira a través de ellas. ¿Qué ves?

Sarah entrecerró los ojos, alineando su visión con los huecos en la mampostería. A través del túnel de piedra, la bruma se abría ligeramente para revelar una silueta cónica, oscura y amenazante, que se alzaba sobre el paisaje circundante como un titán dormido.

—Una montaña —dijo ella—. Un pico rocoso.

—El Monte Pindo —sentenció Elías, con una reverencia en la voz que rara vez usaba para algo que no fuera un libro—. El Olimpo Celta. *Mons Sacer*.

Se apartó de la columna, su mente conectando los puntos con la velocidad de un rayo.

—El Códice hablaba de "estrellas oscuras" y de la piedra que sangra. Siempre asumimos que la ruta estelar debía mirarse hacia arriba, al cielo nocturno. Pero este hórreo no solo guarda grano; guarda una dirección. Es una brújula fija.

—¿Me estás diciendo que un granero del siglo dieciocho apunta a una montaña sagrada pagana?

—Te digo que la arquitectura popular es el último refugio de la sabiduría prohibida. Cuando la Inquisición quemaba los libros, la gente escribía en las paredes de sus casas, en sus cruceiros, en sus hórreos. —Elías señaló hacia el pico distante—. La alineación es solar. Marca el solsticio, pero también señala el camino hacia el interior del macizo granítico. Allí es donde debemos ir. A las entrañas del Pindo.

Sarah asintió lentamente. La explicación técnica había calmado su ansiedad inmediata; tener un objetivo geográfico claro era algo que ella podía gestionar. Sin embargo, un escalofrío visible recorrió su cuerpo, y no fue por el misticismo del momento.

—Bien. Vamos al Olimpo —dijo, frotándose los brazos vigorosamente —. Pero si no nos secamos en los próximos veinte minutos, moriremos de hipotermia antes de llegar a la base de esa montaña. Mis dedos están empezando a perder sensibilidad.

Elías miró su propia ropa. El tweed mojado olía a perro mojado y a algas en descomposición. Pesaba una tonelada.

—Necesitamos... recursos —admitió él.

Sarah ya se estaba moviendo. Había dejado de mirar las piedras antiguas para centrarse en el presente inmediato. A unos cincuenta metros del hórreo, detrás de un muro bajo de piedra seca que delimitaba una huerta, había una casa de piedra con el techo de pizarra. En el lateral, protegido por un alero, un tendal exhibía varias prendas que habían pasado la noche al relente, pero que estaban protegidas de la lluvia directa.

—Quédate aquí —ordenó ella. Su postura cambió; bajó el centro de gravedad, moviéndose con la fluidez de un depredador urbano.

Elías la vio desaparecer tras el muro. Se sintió momentáneamente inútil, un cerebro en un frasco de vidrio dañado, esperando a que el cuerpo regresara. Aprovechó para sacar el Códice de su bolsillo interior, envuelto en tres capas de plástico de conservación que siempre llevaba consigo. El pergamino estaba seco. Suspiró, un exhalación que formó una nube blanca en el aire frío.

Minutos después, Sarah regresó. Llevaba un fardo de ropa bajo el brazo y una expresión indescifrable.

—No es alta costura —dijo, lanzándole un jersey de lana gruesa, color azul marino, y unos pantalones de trabajo de lona encerada—. Pertenecen a alguien corpulento. Te quedarán grandes, pero están secos.

—¿Robo? —preguntó Elías, aunque ya estaba desabotonándose la chaqueta empapada con dedos torpes.

—Préstamo indefinido de supervivencia. Dejé cincuenta euros bajo una maceta. Es todo lo que tenía en efectivo seco.

Se cambiaron allí mismo, ocultos tras los pilares ciclópeos del hórreo. La sensación de la lana seca contra la piel fue casi dolorosa en su intensidad, un alivio tan profundo que Elías sintió que las rodillas le flaqueaban. Los pantalones le quedaban anchos, tuvo que ajustarse el cinturón hasta el último agujero, pero la lona encerada prometía protección contra el viento.

Sarah se puso una sudadera gris y una chaqueta de faena verde oliva que le daba un aire militar improvisado. Se recogió el cabello húmedo en una trenza apretada, exprimiendo el agua salada antes de atarla.

—Parecemos lugareños yendo a la faena —evaluó ella, mirándose las botas—. O al menos, no parecemos fugitivos de un museo.

Elías guardó sus gafas, ahora secas, en el bolsillo del nuevo pantalón. Miró una vez más a través de las ranuras del hórreo hacia el Monte Pindo. La montaña se oscurecía a medida que la luz aumentaba detrás de ella, un gigante de sombras esperándolos.

—La subida será dura —advirtió él, probando su peso sobre la pierna mala. La ropa seca y el calor renovado le daban una falsa sensación de seguridad, pero la biomecánica no mentía—. El Pindo es un laberinto de rocas. Dicen que las piedras allí tienen formas humanas.

—Me preocupan más los humanos que tienen corazones de piedra —replicó Sarah, ajustando su navaja en el nuevo cinturón—. Vámonos. Antes de que el dueño de esta ropa decida salir a fumar.

Salieron de la protección del Hórreo Infinito, dejando atrás la costa y las marcas de la civilización, caminando hacia el interior, donde la geografía y el mito se entrelazaban en una trampa de granito.

CAPÍTULO 18: EL OLIMPO CELTA

El granito del Monte Pindo no perdonaba la debilidad humana. Bajo la cortina de agua que difuminaba el horizonte gallego, las formaciones rocosas se alzaban como titanes petrificados en medio de una agónica contorsión, observando con indiferencia el avance de los dos intrusos.

Elías Varela sentía que su pierna derecha había dejado de ser parte de su anatomía para convertirse en un lastre de plomo ajeno a su voluntad. Cada paso ascendente por el sendero de cabras era una negociación perdida de antemano con la gravedad. El tejido muscular, inflamado tras la huida de Carnota, ardía con una fiebre local que contrastaba con el frío húmedo que calaba el mono de trabajo robado. No era un dolor agudo, sino una resistencia mecánica, como si los engranajes de la rodilla se hubieran oxidado irreparablemente.

—No te detengas —ordenó Sarah, su voz apenas audible sobre el aullido del viento que barría la ladera—. Si el músculo se enfría, no volverás a arrancarlo.

Ella iba tres metros por delante, moviéndose con una economía de gestos envidiable. Sus botas de montaña encontraban tracción en el liquen resbaladizo donde los zapatos de vestir de Elías, ahora empapados y deformados, patinaban inútilmente. Sarah se detuvo

junto a un bloque de piedra que recordaba a un guerrero decapitado y tendió la mano hacia abajo.

Elías aceptó el agarre. La piel de ella estaba áspera, fría, pero la fuerza con la que tiró de él fue tectónica. Por un instante, el paleógrafo quedó suspendido, dependiente enteramente del equilibrio de la historiadora, una inversión de roles que golpeó su orgullo académico más fuerte que el agotamiento. En la biblioteca, él era la autoridad; aquí, en el reino de la intemperie y la piedra bruta, era una carga logística.

—La estructura geológica es... hostil —jadeó él, buscando un asidero en la roca mojada para liberar el peso de la mano de Sarah.

—Es una defensa natural —corrigió ella, soltándolo solo cuando verificó que él estaba estable—. Por eso lo eligieron. Nadie sube aquí por accidente.

Continuaron el ascenso. La niebla se cerraba y abría en jirones espectrales, revelando fugazmente el valle allá abajo, una caída vertiginosa hacia el Atlántico. El Códice, protegido bajo las capas de ropa sintética de Elías, parecía pesar más con cada metro ganado, como si la tinta reaccionara a la proximidad de su origen.

Llegaron a la meseta superior, un caos de bolos graníticos donde la realidad parecía distorsionarse. Allí, dominando la cumbre, yacía la *Pedra da Moa*. No era una construcción humana, sino una losa inmensa, plana, esculpida por la erosión milenaria y salpicada de concavidades naturales llenas de agua de lluvia.

Elías se acercó cojeando, limpiando el agua de sus gafas con un movimiento torpe y frustrado que solo consiguió emborronar más los cristales. Se las quitó, entrecerrando los ojos grises ante la magnitud del lugar.

—¿Lo ves? —susurró, olvidando por un segundo la quemazón de su muslo—. No es una iglesia. Nunca lo fue.

Sarah recorrió con los dedos el borde de una de las *cazoletas*, las depresiones en la roca.

—Altares de sacrificio —dictaminó ella con frialdad profesional—. Celtas. Siglo IV antes de Cristo, tal vez anteriores.

—Y sin embargo, el Códice nos trajo aquí. —Elías se dejó caer sobre una roca seca al sotavento, sacando el manuscrito con manos temblorosas—. Durante siglos, la Iglesia intentó cristianizar este monte. Construyeron ermitas, prohibieron los ritos... pero Prisciliano no buscaba destruir esto.

Abrió el libro en la página que habían descifrado en el hórreo. El diagrama estelar no se superponía con la Catedral de Santiago, sino con la orografía que tenían ante sus ojos.

—Prisciliano fue ejecutado por herejía y brujería —continuó Elías, la mente acelerándose, conectando sinapsis que adormecían el malestar físico—. La historia oficial dice que su secta era demasiado ascética. Pero esto... —señaló el altar pagano—. Esto sugiere algo más radical. Él no era solo un obispo disidente. Estaba integrando el druidismo en la fe. No buscaba una tumba para su cuerpo.

Sarah se giró bruscamente, el viento azotando su trenza negra contra el rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Que la "Tumba Verdadera" que buscamos, la que los *Stelliferi* protegen matando... no contiene huesos. —Elías miró la piedra plana, la disposición de las sombras bajo la luz difusa del mediodía —. Es un relicario. Un contenedor.

Sarah desenfundó su navaja multiusos, no como arma, sino como herramienta de sonda. Se movió hacia el punto exacto donde la geometría de la *Pedra da Moa* se alineaba con la fisura principal de la cumbre, el lugar que, según el texto medieval, marcaba el "corazón de la estrella".

—Aquí —dijo ella. Su voz perdió la firmeza habitual.

Elías se obligó a levantarse, arrastrando la pierna como un trozo de madera muerta. Se arrodilló junto a ella.

En la base de la gran losa, oculto por un saliente de granito cubierto de musgo, había un hueco. No era una erosión natural. Los bordes mostraban marcas de cincel, antiguas pero inconfundibles, suavizadas por siglos de líquenes. Era una cavidad rectangular, perfecta para albergar una caja, un cofre o... un libro.

El hueco estaba vacío.

Pero no era un vacío antiguo. En el fondo de la pequeña oquedad, el polvo de roca y la tierra acumulada mostraban una marca rectangular más limpia, más oscura que el resto. Alguien había estado allí. Y no hacía siglos.

—La pátina está rota —señaló Sarah, iluminando el interior con la linterna de su móvil, protegiendo el haz de luz con la mano—. Hay rasguños recientes en la piedra. Alguien se lo llevó.

Elías sintió un vértigo que nada tenía que ver con la altura. La euforia del descubrimiento intelectual colapsó sobre sí misma, dejando un vacío nauseabundo en su estómago. Todo el dolor, la huida, el miedo en el hórreo... para llegar a un nido expoliado.

Metió la mano en el hueco, rozando la piedra fría. Sus dedos tropezaron con algo pequeño en una esquina, algo que el ladrón había pasado por alto o despreciado.

Lo sacó a la luz. Era una lasca de metal, apenas una viruta de hierro oxidado, y un fragmento de cera roja.

—Un sello —murmuró Elías, reconociendo la textura—. Alguien rompió un sello lacrado aquí.

—¿El Peregrino? —preguntó Sarah, escaneando el perímetro rocoso con paranoia renovada, la mano volviendo a la empuñadura de la navaja.

—No. Él mata para proteger el secreto, para que nadie llegue aquí. Si él lo tuviera, el juego habría terminado. —Elías apretó el fragmento de cera en su puño hasta que se deshizo—. Quien se llevó esto lo hizo para usarlo, no para esconderlo.

Miró alrededor, al paisaje desolado de Galicia. La montaña sagrada, el Olimpo Celta, se sentía ahora como un escenario abandonado después de la función. Habían llegado tarde. La historia se les había adelantado.

—¿Qué era? —preguntó Sarah, mirando el hueco vacío—. ¿Qué objeto sagrado justifica tanta muerte, Elías?

Elías miró el Códice, cuyas páginas ahora parecían burlarse de él.

—La *Lapis Exillis* —susurró, una teoría formándose en su mente con la terrible claridad de lo inevitable—. La piedra que cayó del cielo. El grial de los herejes.

La lluvia arreció, borrando el mundo bajo ellos. Estaban solos en la cima, desorientados, con una pista que conducía a la nada y un enemigo invisible que ahora poseía el artefacto capaz de reescribir la cristiandad.

—Tenemos que bajar —dijo Sarah, rompiendo el hechizo de la derrota. Su pragmatismo volvía a tomar el control—. Aquí arriba somos blancos fáciles. Y necesitamos saber quién más conocía esta ubicación.

Elías asintió, aunque la perspectiva del descenso, con la gravedad tirando de su rodilla maltrecha, le parecía una tortura medieval. Habían subido buscando una respuesta y bajaban con una pregunta mucho más peligrosa. El mapa ya no servía. Tenían que volver al principio.

CAPÍTULO 19: LA TRAMPA DE ÉZARO

El descenso desde el Monte Pindo no fue una caminata, sino una caída controlada a través de un infierno vertical. La gravedad tiraba de ellos con dedos crueles, arrastrándolos hacia la desembocadura del río Xallas, donde la famosa cascada del Ézaro se precipitaba al mar con la violencia de un cataclismo bíblico.

Elías Varela sentía que su rodilla derecha había dejado de ser una articulación humana para convertirse en un mecanismo averiado, lleno de arenilla y cristal molido. Cada paso descendente enviaba una descarga eléctrica que le nublaba la vista, compitiendo con la lluvia que azotaba sus gafas empañadas. No era solo agua; eran agujas de hielo líquido lanzadas por un cielo furioso que negaba cualquier tregua. Bajo el mono de trabajo robado, el Códice de Prisciliano presionaba contra sus costillas, un tumor de pergamino y secretos que parecía aumentar su masa con cada metro que bajaban. No pesaba como un libro; pesaba como una condena.

—¡Muévete, Varela! —bramó Sarah, su voz apenas audible sobre el rugido del agua.

Ella iba delante, una sombra eficiente que se movía con la precisión de un felino sobre el granito resbaladizo. Su trenza negra, empapada, era un látigo oscuro contra la espalda de su chaqueta.

Llegaron al nivel del suelo, donde las pasarelas de madera serpenteaban hacia la central hidroeléctrica y el puente que cruzaba el río. El estruendo de la cascada, iluminada artificialmente por focos naranjas que luchaban contra la tormenta, creaba una cacofonía desorientadora. El agua pulverizada flotaba en el aire, una niebla densa que convertía el mundo en un escenario espectral de claroscuros.

Sarah se detuvo en seco al final de la pasarela, levantando un puño cerrado. Elías chocó contra ella, reprimiendo un gemido cuando su pierna protestó por la frenada brusca.

—¿Qué...? —empezó a preguntar él, limpiando frenéticamente una lente de sus gafas con el pulgar mojado.

—Estructuralmente incorrecto —susurró ella, señalando hacia el puente de hormigón que cruzaba el río, la única salida vehicular hacia la carretera comarcal.

Elías entornó los ojos. A través de la cortina de lluvia, distinguió dos formas rectangulares bloqueando el paso. Vehículos todoterreno, negros, aparcados en cuña para formar una barricada. No había luces encendidas. Parecían monolitos de obsidiana esperando un sacrificio. Junto a ellos, tres siluetas permanecían inmóviles, indiferentes al diluvio.

—No son turistas —murmuró Elías, sintiendo un nudo de pánico en la garganta que nada tenía que ver con el frío.

—La Orden ha traído a la caballería —confirmó Sarah, evaluando el entorno con frialdad táctica—. Sabían que el Pindo nos escupiría aquí. Es un embudo natural.

—¿Amaro?

—No veo al gigante. Estos son profesionales de contención. —Sarah retrocedió, empujando a Elías hacia la sombra de un muro de contención—. Estamos atrapados. El río a la espalda, el granito a los lados y un pelotón de ejecución al frente.

Antes de que Elías pudiera procesar la fatalidad de su situación, un nuevo sonido rompió la monotonía del agua. El chirrido agónico de neumáticos sobre asfalto mojado.

Un sedán gris derrapó en la curva de acceso al mirador, frenando con tal violencia que el chasis se inclinó peligrosamente hacia adelante. Los faros barrieron la escena, iluminando por una fracción de segundo las figuras oscuras en el puente y revelando su armamento: subfusiles compactos que brillaron bajo la luz halógena.

La puerta del conductor del sedán se abrió de una patada. El Inspector Valdés emergió como un toro al que le han clavado una banderilla, pistola en mano, el rostro contorsionado por la frustración de una persecución interminable.

—¡Alto! ¡Policía Nacional! —gritó Valdés, su voz quebrada por la tensión. No miraba al puente; sus ojos buscaban a Elías y Sarah en la oscuridad de las pasarelas. Para él, solo existían los prófugos.

Fue un error de cálculo monumental.

Los mercenarios de la Orden no dudaron. No hubo advertencias, ni negociación. El sonido de sus armas fue diferente al de las películas; no eran estruendos, sino chasquidos secos, mecánicos, como ramas partiéndose, amortiguados por el rugido de la cascada.

El parabrisas del coche de Valdés estalló en una telaraña de diamantes. El inspector, dándose cuenta tarde de que había entrado en una guerra que no comprendía, se lanzó al suelo, rodando hacia la protección del bloque motor de su vehículo.

—¡Abajo! —Sarah placó a Elías, tirándolo contra la madera húmeda de la pasarela.

Las balas empezaron a picar la piedra y la madera a su alrededor. Astillas volaron como metralla. El aire se llenó de un olor acre, una mezcla de ozono de tormenta y cordite quemado.

—¡Están disparando a la policía! —gritó Elías, con la cara pegada a las tablas mojadas, incapaz de procesar la audacia de sus perseguidores.

—Están limpiando el escenario —corrigió Sarah, levantando la cabeza milímetros para observar—. Valdés está inmovilizado. Tienen fuego de supresión sobre él.

El inspector disparaba a ciegas desde detrás de su rueda delantera, destellos amarillos que iluminaban brevemente la lluvia. Los mercenarios avanzaban metódicamente, cerrando el ángulo.

Sarah miró el coche de Valdés. El motor seguía en marcha; el tubo de escape escupía humo blanco. La puerta del conductor había quedado abierta de par en par, una invitación obscena en medio del caos.

—Elías —dijo ella, agarrándolo por las solapas del mono empapado. Sus ojos negros brillaban con una determinación aterradora—. Escúchame bien. Vamos a robar ese coche.

—¿Estás loca? Nos dispararán a nosotros también.

—Están concentrados en el hombre armado. Es nuestra única ventana. —Sarah señaló la distancia: veinte metros de asfalto expuesto—. A mi señal, corres. No mires atrás. No te detengas aunque sientas que la pierna se te parte en dos.

—No puedo correr...

—¡Corres o mueres aquí, archivero! —le espetó ella, sacudiéndolo.

Una ráfaga de disparos hizo saltar el espejo retrovisor del coche de Valdés. El inspector gritó algo ininteligible, recargando su arma con manos temblorosas. Los mercenarios avanzaron dos pasos más.

—¡Ahora!

Sarah se impulsó como una atleta en la salida de tacos. Elías, impulsado por el terror puro, obligó a su cuerpo a obedecer. Se

levantó, ignorando el aullido de protesta de sus terminaciones nerviosas, y se lanzó a la carrera.

El mundo se redujo a una visión de túnel. La lluvia golpeaba su cara. Su respiración era un fuelle roto. Veía la puerta abierta del sedán como un portal a otra dimensión.

Diez metros. Un mercenario giró la cabeza. El movimiento fue fluido, robótico. El cañón de su arma barrió el arco hacia ellos.

Cinco metros. Valdés los vio. —¡Varela! ¡Quieto! —bramó el inspector, levantando su arma hacia ellos, indeciso entre disparar a los que le disparaban o a sus presas.

Una bala de los mercenarios impactó en el asfalto a centímetros del pie izquierdo de Elías, levantando un géiser de agua sucia y gravilla. Él tropezó, la pierna mala cediendo bajo su peso como una columna de yeso mojado.

Sarah, que ya había llegado al coche, giró sobre sus talones. No se puso a cubierto. Se lanzó hacia atrás, agarró a Elías por la parte trasera del mono y tiró de él con una fuerza animal, arrastrándolo los últimos metros.

—¡Entra! —aulló ella, empujándolo sobre el asiento del conductor hacia el del copiloto.

Elías cayó desmadejado sobre la palanca de cambios, golpeándose el hombro contra la guantera. El dolor le cegó momentáneamente. Sarah se deslizó tras el volante, cerrando la puerta justo cuando dos impactos metálicos resonaban contra la chapa de la puerta.

Valdés, a dos metros de ellos, golpeó la ventanilla con la culata de su pistola, los ojos desorbitados por la incredulidad y la furia. —¡Bajad del coche! ¡Joder, bajad ahora m...!

Una nueva ráfaga de los mercenarios obligó al inspector a agacharse de nuevo.

Sarah pisó el embrague y metió la primera marcha con un gruñido. El coche protestó, las ruedas patinaron sobre el pavimento encharcado buscando tracción, y luego, con una sacudida que casi le desencaja el cuello a Elías, el vehículo salió disparado.

—¡Agáchate! —ordenó Sarah.

El coche derrapó, pasando a centímetros de uno de los SUVs del bloqueo. Sarah no frenó; utilizó el parachoques del sedán para golpear el lateral del vehículo enemigo, un impacto sordo y brutal que les abrió el espacio justo para pasar. Metal contra metal, chispas volando en la lluvia.

Elías miró por la ventanilla trasera. Vio a Valdés de pie en medio de la carretera, solo, bajo la lluvia, disparando impotente contra las luces traseras de su propio coche mientras los mercenarios cambiaban de objetivo, apuntando ahora hacia el vehículo que huía.

El cristal de la luneta trasera estalló, cubriendo el asiento posterior de fragmentos de seguridad.

Sarah giró el volante, tomando la curva de salida del mirador a una velocidad suicida. El coche se estabilizó, el motor rugiendo mientras devoraban asfalto, alejándose del estruendo de la cascada y de la muerte que esperaba en el puente.

Elías se incorporó lentamente, sacándose un trozo de cristal del pliegue del pantalón. Su corazón golpeaba contra el Códice oculto en su pecho, un ritmo frenético que parecía querer escapar de su caja torácica.

—¿Estás herido? —preguntó Sarah, sin apartar la vista de la carretera oscura, sus nudillos blancos sobre el volante.

Elías se palpó el cuerpo. Dolor en la pierna, dolor en las costillas, dolor en el alma. Pero no había sangre nueva.

—Estoy... entero —jadeó, limpiándose las gafas con la manga seca del inspector que había quedado en el asiento del copiloto—.

Tienes... tienes cristales en el pelo.

Sarah soltó una risa corta, histérica, carente de humor. Miró por el retrovisor una última vez. Nadie los seguía aún, pero era cuestión de segundos.

—Bienvenido al trabajo de campo, Elías —dijo ella, pisando el acelerador a fondo—. Ahora, dime que sabes adónde vamos, porque acabamos de robar un coche patrulla camuflado y tenemos a medio mundo detrás.

Elías miró el salpicadero. La radio de la policía escupía estática y códigos incomprensibles. Estaban vivos. Por ahora.

—Al sur —dijo él, la voz temblorosa pero firme—. Lejos del agua. Lejos de ellos.

La lluvia seguía cayendo sobre el techo abollado del coche, un tamborileo constante que, por primera vez en días, sonaba a música de victoria.

CAPÍTULO 20: LA VOZ DEL PASTOR

El limpiaparabrisas del coche patrulla robado marcaba un compás hipnótico, cortando la cortina de agua que se abatía sobre la carretera comarcal. Dentro, el aire olía a humedad rancia, a tapicería sintética y al miedo agrio que emanaba de la ropa empapada de Elías Varela.

No habían cruzado palabra desde que dejaron atrás el estruendo de la cascada y los disparos. Sarah conducía con una precisión mecánica, sus ojos oscuros fijos en el asfalto devorado por los faros, mientras Elías, ovillado en el asiento del copiloto, sostenía el pequeño dispositivo de grabación digital que había encontrado en la guantera, entre actas de infracción y mapas arrugados. Tenía una etiqueta adhesiva amarillenta escrita con la caligrafía nerviosa del inspector Valdés: *EVIDENCIA #4 - SACRISTÍA*.

El dedo de Elías temblaba sobre el botón de reproducción. Su pierna herida latía con un ritmo sordo, un recordatorio palpitante de su propia mortalidad, pero ese dolor físico era un ancla necesaria. Lo que le aterraba era el silencio del aparato.

—Hazlo —ordenó Sarah. Su voz no tenía la suavidad de la compasión, sino la dureza del acero templado—. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos. O mejor dicho, a quién.

Elías presionó el botón. La estática siseó brevemente antes de que una voz llenara el habitáculo. Una voz que no pertenecía a un mercenario anónimo ni a un fanático gritón. Era un barítono suave, culto, el mismo tono que había resonado en las aulas de la universidad y en las confesiones privadas durante veinte años.

«...la compasión es un lujo que la historia no se permite, Valdés. Usted busca justicia humana; yo aseguro la salvación eterna. Son monedas de cambio diferentes.»

El aire se escapó de los pulmones de Elías como si hubiera recibido un golpe en el plexo solar.

«El muchacho, Varela... es una herramienta exquisita», continuaba la grabación, con esa cadencia pedagógica que Elías solía admirar. *«Tiene la mente de un escriba del siglo XII atrapada en un mundo vulgar. Su lealtad es hacia la verdad, y eso lo hace predecible. Manipulable. Cuando descifre el Códice, su utilidad habrá concluido. Un mártir académico es, a menudo, más valioso que un profesor vivo.»*

Hubo una pausa en la grabación, seguida del sonido de porcelana chocando contra un plato. Una taza de té. Monseñor Camiña siempre tomaba té Earl Grey a las cinco.

«Asegúrese de que parezca un accidente, o mejor aún, un suicidio provocado por la culpa. Él ya carga con la destrucción de su anterior mentor... una pequeña tragedia que tuve que orquestar para prepararlo para este momento. El dolor purifica, Inspector. Lo he estado moldeando para el sacrificio desde que era un estudiante.»

Elías detuvo la grabación.

El silencio que siguió fue más violento que cualquier detonación.

No hubo gritos. No hubo llanto. Elías simplemente se quedó inmóvil, con la mirada perdida en las gotas de lluvia que distorsionaban las luces del salpicadero. Sintió una náusea gélida reptar desde su estómago hasta la garganta. Veinte años. Cada beca, cada palabra

de aliento, cada corrección en sus tesis, incluso el escándalo que había destruido a su antiguo profesor y lo había empujado a los brazos protectores de la Iglesia... Todo había sido una arquitectura de mentiras. Un diseño.

Él no era un protagonista en su propia vida. Era ganado. Una res engordada con conocimiento para ser degollada en el altar correcto.

Sus manos se elevaron hacia su rostro en un gesto automático, buscando la montura de sus gafas para ajustarlas, para enfocar la realidad, pero se detuvo a medio camino. Sus dedos se cerraron en un puño blanco, apretado, tembloroso. No había nada que enfocar. La miopía no estaba en sus ojos, sino en su alma.

—Él... —la voz de Elías era un hilo roto, apenas audible sobre el motor—. Él me regaló mi primera pluma estilográfica. Él pagó el tratamiento de mi madre cuando la seguridad social falló.

Sarah no apartó la vista de la carretera, pero sus nudillos se blanquearon sobre el volante.

—Inversiones —dijo ella. La palabra cayó como una sentencia—. Compraba tu lealtad. Compraba tu mente.

—Decía que yo era como un hijo.

—Abraham también amaba a Isaac, Elías. Y aun así, lo subió a la montaña para ponerle el cuchillo en la garganta.

Elías se dobló sobre sí mismo, la frente apoyada en el plástico frío de la guantera. El dolor de la traición era físico, una laceración interna que sangraba más que su pierna. Se sintió pequeño, estúpido, un niño jugando con pergaminos mientras los adultos afilaban cuchillos en la oscuridad. La bilis le quemaba la boca. Quería abrir la puerta y vomitar, o quizás lanzarse al asfalto en movimiento y terminar con la farsa.

El coche dio un bandazo leve cuando Sarah tomó una curva cerrada con demasiada velocidad.

—Mírame —ordenó ella.

Elías no se movió.

—¡Mírame, maldita sea! —Sarah frenó en seco en el arcén, provocando que los neumáticos chillaran sobre la grava mojada. El coche se detuvo, pero el motor siguió rugiendo al ralentí.

Ella se giró en su asiento, ignorando el espacio reducido, y agarró a Elías por las solapas de su chaqueta de tweed empapada. Lo sacudió una vez, con fuerza, obligándolo a levantar la cabeza.

—No tienes permiso para romperte ahora —susurró Sarah, y su rostro estaba a centímetros del suyo, sus ojos negros ardiendo con una ferocidad que contrastaba con la palidez mortal de él—. Si te rompes, él gana. Si te rindes, validas cada palabra de esa cinta. Te conviertes en la "herramienta" que él dice que eres.

—No puedo... —Elías negó con la cabeza, las lágrimas de impotencia mezclándose con el agua de lluvia en sus mejillas—. Soy un paleógrafo, Sarah. Leo libros muertos. No sé luchar contra esto. Él es la Iglesia. Es el sistema. Es mi padre.

—No es tu padre. Es tu dueño. —Sarah le soltó, dejándolo caer contra el respaldo—. Y los esclavos solo tienen dos opciones: morir trabajando o matar al amo.

La palabra "matar" flotó en el aire, pesada y absoluta. Elías miró sus manos. Tenían manchas de tinta indeleble y cortes recientes por la huida. Manos que pasaban páginas, no que empuñaban armas. Pero al recordar la voz de Camiña, esa suficiencia arrogante, algo cambió en su química interna. El frío del miedo comenzó a cristalizarse en algo más duro, más cortante.

Camiña había orquestado la caída de su mentor. Camiña había diseñado su vida como un laberinto de ratas.

Elías se quitó las gafas. Estaban sucias, inútiles. Las limpió con el borde seco de su camisa, pero no se las volvió a poner

inmediatamente. Miró el mundo borroso, las luces desenfocadas.

—Tiene el Códice —dijo Elías. Su voz sonó diferente. Más grave. Vacía de la duda temblorosa de momentos antes—. O al menos, cree que tiene la parte que importa.

—Nosotros tenemos las páginas clave —recordó Sarah, tocando el bolsillo de su cargo—. Pero no tenemos a dónde ir. Valdés nos busca. Los mercenarios nos buscan. Camiña tiene ojos en cada estación de tren y aeropuerto.

—No vamos a huir.

Sarah lo miró, evaluando el cambio en su tono.

—¿Qué sugieres? ¿Entregarnos?

—Camiña dijo que mi utilidad termina cuando descifre el Códice. —Elías se colocó las gafas. El mundo volvió a ser nítido, pero ya no era el mismo mundo. Ahora veía las aristas, las sombras, las grietas—. Él necesita el final del ritual. Necesita la ubicación exacta dentro de la Catedral para lo que sea que planee hacer durante el solsticio.

—Nosotros sabemos dónde es —dijo Sarah—. La cripta oculta bajo el Pórtico.

—Sí. Y él estará allí. Esperando a que las estrellas se alineen. —Elías miró el Códice en su regazo, el cuero antiguo brillando bajo la luz de cortesía—. Si queremos sobrevivir, no podemos correr hacia afuera. Tenemos que ir hacia adentro. Al único lugar donde él se siente intocable.

Sarah arqueó una ceja, una sonrisa depredadora curvando sus labios.

—A la boca del lobo.

—A la Catedral —confirmó Elías—. Mañana es la Misa del Peregrino. Habrá miles de personas. Turistas, fieles, cámaras de televisión. Es el caos perfecto.

—Es una fortaleza, Elías. Hay seguridad privada, policía nacional, y ahora sus "limpiadores" personales. Entrar ahí es un suicidio.

—Es el único lugar donde no pueden dispararnos sin testigos —replicó él, y por primera vez, su mente analítica no estaba diseccionando un texto, sino una estrategia—. Camiña es arrogante. Cree que soy una oveja asustada que correrá a esconderse en algún agujero académico. No esperará que la oveja vuelva al redil con los dientes afilados.

Elías tomó el grabador digital y lo guardó en su bolsillo, junto a su corazón. Esa voz sería su combustible.

—¿Estás seguro de que puedes hacer esto? —preguntó Sarah, su tono ahora teñido de un respeto cauteloso—. Una vez que entremos en Santiago, no habrá salida.

Elías miró a través del parabrisas, hacia la oscuridad de la carretera que se extendía hacia el norte. Hacia Compostela. Ya no sentía el frío. Solo sentía el peso de la historia, y por primera vez, no era una carga. Era un arma.

—Él escribió mi historia durante veinte años —dijo Elías, y su susurro sonó como el rasguido de una pluma sobre pergamino seco—. Es hora de que yo escriba el final.

Sarah asintió, una sola vez. Metió primera marcha y el coche patrulla rugió, los neumáticos mordiendo el asfalto con violencia. Giraron en la carretera vacía, los faros barriendo los árboles como espadas de luz, y aceleraron de vuelta hacia la tormenta, hacia la ciudad de piedra donde la verdad aguardaba para ser desenterrada, o para enterrarlos a ellos para siempre.

CAPÍTULO 21: RETORNO A LA CIUDAD SANTA

La tormenta había transmutado la atmósfera en un cristal líquido y sucio, difuminando los contornos del extrarradio compostelano hasta convertirlos en acuarelas grises. No era el diluvio bíblico de la noche anterior, sino una persistencia húmeda, una suspensión en el aire que calaba más allá de la ropa, buscando el tuétano.

El coche de Valdés quedó abandonado en un polígono industrial a tres kilómetros del casco histórico, oculto tras un contenedor de obra rebosante de escombros.

Elías Varela salió del vehículo y su pierna derecha colapsó momentáneamente bajo el peso de la gravedad. No hubo latidos ni punzadas rítmicas; la sensación fue mecánica, como si los ligamentos se hubieran sustituido por cables oxidados que chirriaban y se atascaban sin lubricación. Apretó los dientes, tragándose el gemido, y se obligó a enderezar la columna. La mochila con el Códice pesaba como si llevara lápidas de granito en lugar de pergamino.

—¿Puedes caminar? —Sarah Al-Fayed ya estaba a su lado, ajustándose la capucha de la sudadera robada. Sus ojos negros escaneaban el perímetro con la eficacia de un radar militar.

—Es solo un fallo estructural menor —mintió Elías, arrastrando el pie hasta encontrar tracción en el asfalto mojado—. La adrenalina hará

de argamasa.

Caminaron hacia la entrada de la ciudad, mimetizándose con la procesión de sombras que avanzaba por la acera. A esas horas, la frontera entre el peregrino devoto y el vagabundo era inexistente. Ambos grupos caminaban encorvados, derrotados por los kilómetros, envueltos en capas de plástico y tejidos sintéticos que olían a humedad rancia.

Elías intentó mirar a través de sus gafas, pero las lentes eran dos estanques inútiles. En lugar de limpiarlas con el gesto autómata de siempre, se las quitó y las guardó en el bolsillo empapado de su chaqueta. El mundo se volvió un borrón impresionista, lo cual, irónicamente, ayudaba. Sin los detalles nítidos, el miedo perdía contornos.

Al llegar a la rotonda que marcaba el inicio de la zona urbana, Sarah le agarró del brazo con fuerza, deteniéndolo en seco tras la marquesina de una parada de autobús.

—Mierda —susurró ella. Su voz tenía el filo de una cuchilla.

Elías entrecerró los ojos miopes. Delante de ellos, donde la avenida desembocaba en el barrio de San Pedro, las luces azules giratorias pintaban las fachadas de los edificios con un estroboscopio frenético. No era un control rutinario. Había furgones blindados cruzados en la calzada y agentes con armas largas perfilados contra los faros.

—Están buscando el coche —dijo Elías, sintiendo cómo el estómago se le cerraba.

—No —corrigió Sarah, señalando un cartel colgado de una farola que oscilaba violentamente con el viento—. Mira las banderas. Vaticano y España.

Elías forzó la vista. Los estandartes amarillos y blancos, empapados y tristes, anunciaban lo que su aislamiento en la casa de seguridad les había hecho ignorar.

—*Visita Ad Limina*... o quizás un legado papal extraordinario —murmuró, recuperando fragmentos de noticias que había descartado semanas atrás—. La seguridad no es por nosotros. Es por Él. O por quien venga en su nombre.

—Blindaje nivel uno —analizó Sarah, calculando distancias—. Controles de identidad en cada acceso principal al casco viejo. Si intentamos pasar por ahí con tu documentación de "fallecido" y mi cara en las bases de datos, duraremos menos que un suspiro.

El paleógrafo observó la ciudadela de piedra que se alzaba al fondo, ahora convertida en una fortaleza inexpugnable. La ironía era cruel: la misma seguridad diseñada para proteger la fe les impedía salvarla. Pero entonces, un recuerdo afloró en su mente, no de los libros, sino de los planos de saneamiento del siglo XVIII que había estudiado para su tesis sobre la infraestructura monástica.

—La ciudad tiene venas que no salen en los mapas turísticos —dijo Elías, girándose hacia un callejón lateral donde se apilaban cajas de fruta vacías—. El alcantarillado antiguo. Las conducciones de las fuentes de la traída de aguas.

—Elías, no podemos arrastrarnos por mierda con una herida abierta. La infección te mataría antes que Camiña.

—No hablo de cloacas. Hablo de los pasadizos de servicio de la Rúa de San Pedro. Los usaban los canteros para mover material sin bloquear el paso de las procesiones. Si no los han sellado por las obras del año pasado...

Se adentraron en el laberinto de callejuelas traseras. El suelo aquí no era de asfalto noble, sino de adoquín irregular y barro. Elías guiaba, cojeando, apoyando la mano en las paredes desconchadas para no perder el equilibrio. Cada paso enviaba una descarga eléctrica desde el muslo hasta la cadera, una señal de alarma que su cerebro intentaba silenciar sin éxito.

Llegaron a una puerta metálica, baja y oxidada, incrustada en la base de un muro de contención cubierto de musgo. Parecía el

acceso a un contador de luz olvidado.

—La cerradura es moderna —observó Sarah, arrodillándose frente a ella. Sacó la navaja multiusos que había recuperado del coche. No era una ganzúa profesional, pero sus manos se movieron con una precisión quirúrgica, manipulando el bombín.

Un chasquido seco. La puerta cedió con un gemido de bisagras que sonó como un disparo en el silencio de la madrugada.

Entraron. El aire dentro era denso, con un sabor mineral a tierra excavada y moho. Sarah encendió la linterna del móvil, cubriendo el foco con sus dedos para filtrar la luz. El pasadizo era estrecho, apenas un metro de ancho, flanqueado por tuberías gordas como anacondas que sudaban condensación.

Avanzaron durante veinte minutos que parecieron horas. El techo bajaba progresivamente, obligando a Elías a doblar la espalda, lo que aumentaba la tortura en su pierna. Su respiración se volvió errática, un fuelle roto en la oscuridad.

—Alto —ordenó Sarah, apagando la luz de golpe.

Arriba, a través de una rejilla de ventilación a nivel de calle, se escuchaban botas pesadas golpeando la piedra. Voces metálicas distorsionadas por radios.

—...perímetro sur asegurado. Sin novedad en el sector de Platerías...

Estaban justo debajo de una patrulla. Elías contuvo el aliento hasta que los pulmones le ardieron. Una gota de agua sucia cayó desde la rejilla y le golpeó en la mejilla, deslizándose hasta la comisura de los labios como una lágrima negra. Esperaron a que el sonido de las botas se desvaneciera, engullido por el rumor constante de la lluvia exterior.

—Estamos dentro del anillo —susurró Elías, orientándose por la acústica y la inclinación del suelo—. Esto debe salir cerca de la Plaza de Cervantes.

Continuaron hasta encontrar una escalera de mano vertical, corroída por el tiempo. Sarah subió primero, empujando la tapa de alcantarilla con el hombro. No era una salida a la calle principal, sino al patio interior de una manzana antigua.

Salieron a la superficie boqueando aire fresco. Estaban en un callejón ciego, rodeados por las traseras de edificios centenarios. Galerías de madera blanca miraban al vacío como ojos cerrados.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sarah, limpiándose el barro de las rodillas—. No podemos vagar hasta que abran la Catedral. Necesitamos un agujero.

Elías se ajustó la mochila. Conocía ese patio. El olor a papel viejo, vainilla y polvo en descomposición era tenue, casi imperceptible bajo la lluvia, pero para su nariz entrenada era inconfundible.

—Conozco a alguien —dijo, señalando una puerta de roble macizo con un llamador en forma de león desgastado, en la parte trasera de un edificio de piedra sillería—. Don Aurelio. "Librería Vetusta".

—¿Es de fiar?

—Odia a Camiña más que nosotros. El Monseñor intentó expropiarle su colección de incunables hace una década bajo una bula de patrimonio eclesiástico falsa. Aurelio tiene una escopeta de caza tras el mostrador y una memoria rencorosa.

Elías golpeó el llamador. Tres golpes espaciados, un código de sus días de estudiante cuando buscaba textos prohibidos por la facultad.

El silencio se estiró. Sarah tensó los músculos, lista para correr o pelear. Entonces, se oyó el arrastrar de cerrojos pesados, uno tras otro, como las capas de una cebolla de seguridad.

La puerta se abrió apenas unos centímetros, revelando una cadena de seguridad y un ojo acuoso, rodeado de arrugas profundas, que brillaba en la penumbra.

—La tienda está cerrada. Vuelvan el lunes o vayan al diablo —graznó una voz que sonaba a pergamino arrugado.

—*Verba volant, scripta manent* —citó Elías, con la voz quebrada por el agotamiento, acercándose a la rendija para que la luz del pasillo iluminara sus facciones.

El ojo se abrió desmesuradamente. Hubo un silencio atónito.

—¿Varela? —El susurro fue incrédulo—. Te enterramos ayer. Vi tu esquela en *El Correo*.

—La imprenta se precipitó, Aurelio. Necesitamos santuario.

La puerta se cerró de golpe para liberar la cadena y volvió a abrirse de par en par. Un anciano vestido con una bata de franela a cuadros y zapatillas de piel les hizo señas urgentes para que entraran.

El interior de la librería era un caos ordenado de torres de libros que desafiaban la física, estanterías que llegaban al techo y el aroma embriagador a tinta y tiempo detenido. Era un búnker de conocimiento.

—Rápido, al sótano —ordenó Aurelio, cerrando la puerta y echando los cerrojos con manos temblorosas—. La policía ha estado preguntando por forasteros. Dicen que hay terroristas intentando boicotear la Misa del Peregrino. Tienen francotiradores en los tejados de Fonseca.

Elías y Sarah descendieron por una escalera de caracol hacia las entrañas de la tienda. Allí, rodeados de mapas cartográficos del siglo XVII y volúmenes de teología olvidados, Elías se dejó caer en un sillón de orejas deshilachado. Su pierna palpitaba ahora con una violencia renovada, cobrándose la deuda del esfuerzo realizado.

Sarah se apoyó contra una mesa de nogal, observando a Elías.

—Estamos dentro —dijo ella, aunque su tono no era de celebración, sino de evaluación táctica—. Pero si hay francotiradores y seguridad papal, llegar al Botafumeiro será como cruzar un campo de minas.

—El caos es nuestra cobertura —respondió Elías, sacando el Códice de la mochila y colocándolo sobre la mesa con reverencia. Sus manos manchadas de tinta y barro acariciaron la cubierta de cuero —. Camiña no espera que los muertos caminen entre los fieles.

Fuera, la ciudad despertaba bajo el asedio de la lluvia y la vigilancia, ignorante de que en el sótano de una librería de viejo, dos prófugos acababan de infiltrar el corazón de la bestia.

CAPÍTULO 22: EL VIENTRE DE LA BESTIA

La oscuridad subterránea poseía una densidad física, un manto de terciopelo podrido que se adhería a la piel y dificultaba la respiración. No era simplemente la ausencia de fotones, sino una atmósfera cargada con siglos de desperdicios humanos y secretos geológicos.

Elías Varela avanzaba cojeando, cada paso una negociación diplomática entre su voluntad y la mecánica fallida de su pierna derecha. La lesión ya no enviaba señales de alarma agudas; se había asentado en una rigidez de plomo, como si los tendones se hubieran transformado en cuerdas de piano demasiado tensas, vibrando con una frecuencia grave y nauseabunda cada vez que su bota impactaba contra el suelo irregular. Se apoyaba en la pared húmeda, sintiendo el limo frío traspasar la tela de su chaqueta de tweed, dejando un rastro de baba microscópica en su hombro.

—Cuidado con la cabeza —susurró Sarah Al-Fayed unos metros por delante. El haz de su linterna, robada del almacén de Aurelio, cortaba la negrura como un bisturí en tejido gangrenoso.

El túnel descendía con una pendiente pronunciada. Habían dejado atrás la mampostería de ladrillo rojo del siglo XIX, propia del alcantarillado moderno de Santiago, para adentrarse en algo mucho más antiguo. El olor cambió; el hedor químico de los detergentes y

desagües urbanos dio paso a un aroma mineral, a tierra mojada y hongos que nunca habían conocido el sol.

—¿Notas el cambio en la acústica? —preguntó Elías, su voz apenas un rasguño en el silencio opresivo. Ajustó las gafas sobre su nariz sudorosa, protegiendo instintivamente la mochila donde descansaba el Códice contra su pecho—. El eco es más corto. Piedra más dura.

—Granito —confirmó Sarah, deteniéndose. Pasó la mano por un bloque ciclópeo que formaba parte del arco superior—. *Opus quadratum*. Estamos entrando en la infraestructura romana. O lo que queda de ella.

Elías se acercó, arrastrando el miembro herido con un movimiento semicircular para evitar la flexión. La luz de Sarah iluminó las juntas de las piedras. No había argamasa. La ingeniería era perfecta, diseñada para durar milenios.

—La leyenda dice que la tumba original estaba en un cementerio romano —murmuró el paleógrafo, pasando el dedo por una inscripción erosionada—. *Compostela*. *Composita Tella*. Tierras bien compuestas, o quizás cementerio. Siempre hemos caminado sobre los muertos.

—Guarda la lección de etimología, Elías. Mira esto.

Sarah señaló el suelo. El camino se estrechaba, flanqueado por dos canales profundos por donde corría un hilo de agua negra. Pero lo que llamaba la atención de la historiadora no era el agua, sino la arquitectura del pasillo. El techo bajaba bruscamente, y las paredes presentaban una serie de perforaciones cuadradas a intervalos regulares.

—Parecen huecos para vigas —observó Elías, forzando la vista en la penumbra.

—No son para soporte —corrigió Sarah, su tono adquiriendo ese matiz técnico y frío que usaba cuando analizaba una estructura

peligrosa—. Mira el ángulo. Están inclinados hacia abajo. Y el suelo... las losas centrales están ligeramente deprimidas.

La mujer se agachó, sacando la navaja multiusos de su bolsillo. Con la punta, rascó la unión entre dos grandes baldosas de piedra. El sonido metálico resonó con una claridad antinatural.

—Hay un espacio vacío debajo —diagnostico ella, poniéndose de pie con movimientos fluidos que a Elías le parecieron envidiables—. Es un mecanismo de presión. Si pisamos el centro, algo se activa.

—¿Una trampa? —Elías sintió que la boca se le secaba—. ¿En una cloaca romana?

—Esto no es una cloaca cualquiera. —Sarah dirigió el haz de luz hacia el fondo del túnel, donde la oscuridad parecía tragarse el brillo —. Es un perímetro defensivo. Alguien ha mantenido esto operativo. Las juntas están limpias de musgo. Demasiado limpias.

Elías comprendió la implicación al instante. La "Herejía" no era solo un concepto teológico abstracto; tenía ingenieros. La Orden no solo protegía libros; protegía el acceso físico al subsuelo.

—Tenemos que pasar pegados a las paredes —ordenó Sarah—. Pon los pies donde yo los ponga. Usa los bordes de piedra, no el centro.

Comenzaron la travesía. Para Elías, la maniobra era una tortura china. Caminar por el borde estrecho obligaba a su pierna mala a soportar ángulos para los que ya no tenía tolerancia. El sudor le caía por la frente, empañando los cristales de sus gafas, convirtiendo el mundo en una acuarela borrosa de grises y negros. Sentía el peso de la ciudad encima, toneladas de catedral y plazas y turistas inconscientes, presionando sobre el techo de piedra.

Habían avanzado veinte metros cuando el pie de Elías, traicionado por el agotamiento muscular y el limo resbaladizo, resbaló.

Fue un instante de pérdida de control gravitatorio. Su bota derecha, la del lado herido, se deslizó del borde seguro y aterrizó con fuerza

en el centro de la losa prohibida.

CLACK.

El sonido fue mecánico, profundo, como el cerrojo de una inmensa puerta cerrándose en las entrañas de la tierra.

—¡Elías! —gritó Sarah, girándose.

Un estruendo gutural respondió desde las profundidades del túnel, detrás de ellos. No era el sonido de piedra contra piedra, sino el rugido furioso de la naturaleza liberada.

—¡Agua! —bramó Sarah, sus ojos negros reflejando el pánico por primera vez—. ¡Es una esclusa hidráulica!

El sonido se transformó en un trueno líquido. Una pared de agua, retenida durante quién sabe cuánto tiempo en cisternas superiores, se precipitaba hacia ellos. El aire fue empujado violentamente, trayendo consigo un viento fétido que golpeó sus rostros.

—¡Corre! —Sarah le agarró del brazo, tirando de él con una fuerza que ignoraba cualquier protocolo de delicadeza.

Elías intentó obedecer. Su cerebro envió la orden de huida, pero su cuerpo era una máquina averiada. La adrenalina inundó su sistema, anestesiando temporalmente la rigidez de la pierna, permitiéndole avanzar a trompicones.

El agua les alcanzó los tobillos en segundos. Estaba helada, una mordedura gélida que contrastaba con el calor de su esfuerzo. No era una inundación lenta; era un torrente diseñado para limpiar el pasillo de intrusos. La corriente tiraba de sus pantalones, pesada y violenta.

—¡Allí! —Sarah señaló con la linterna hacia adelante. El túnel terminaba en un arco bajo, apenas visible sobre el nivel del agua que subía rápidamente—. ¡Hay una subida!

El agua ya les llegaba a la cintura. El frío era paralizante, robando el calor corporal con una eficiencia despiadada. Elías tropezó, sumergiéndose momentáneamente en el caldo negruzco. El sabor a óxido y podredumbre le llenó la boca. Escupió y pataleó, sintiendo que la mochila con el Códice actuaba como un lastre mortal, tirando de él hacia el fondo.

Una mano firme se cerró sobre el cuello de su chaqueta. Sarah lo izó hacia la superficie.

—¡No te atrevas a ahogarte ahora, académico! —gruñó ella, luchando contra la corriente que amenazaba con estamparlos contra las paredes de granito.

Llegaron al arco final. El agua subía implacable, buscando llenar todo el volumen del túnel. Quedaban apenas cincuenta centímetros de aire entre la superficie turbulenta y la clave del arco.

—Tenemos que bucear para pasar al otro lado —gritó Sarah sobre el estruendo del agua chocando—. ¡Toma aire!

Elías miró el agua negra, un espejo de su propia mortalidad. No hubo tiempo para el miedo intelectual, solo para el instinto mamífero. Inspiró una bocanada de aire viciado y se sumergió.

El mundo se volvió un caos de burbujas y oscuridad. Se impulsó con los brazos, ignorando las protestas agónicas de su rodilla. Sintió la piedra del arco rozar su espalda. La corriente intentaba devolverlo atrás, expulsarlo como a un cuerpo extraño, pero la mano de Sarah seguía aferrada a su ropa, guiándolo hacia adelante, hacia lo desconocido.

Emergieron al otro lado, tosiendo y boqueando como recién nacidos violentos.

El suelo aquí estaba inclinado hacia arriba, una rampa de piedra tosca que los sacaba del alcance inmediato de la inundación. Se arrastraron por la pendiente, las uñas arañando la roca mojada, hasta que el agua quedó abajo, convertida en un remolino furioso

que golpeaba contra el techo del pasaje que acababan de cruzar, sellando la salida.

Quedaron tendidos en la piedra fría, empapados, temblando incontrolablemente. Elías se giró sobre su espalda, el pecho subiendo y bajando en espasmos dolorosos. Se quitó las gafas, ahora inútiles por el agua y el barro, y las limpió torpemente con el faldón de su camisa mojada, un gesto fútil pero necesario para su psique.

—Estaba... estaba diseñado... —jadeó, la voz entrecortada por la falta de aire y el frío—. No fue un accidente.

Sarah se sentó, exprimiendo el agua de su trenza negra. Su rostro estaba manchado de lodo, pero sus ojos brillaban con una mezcla de furia y respeto.

—Ingeniería hidráulica romana modificada en el medievo —dijo ella, escupiendo a un lado—. Una trampa cinética. Si la Orden ha protegido esto durante siglos, Elías... significa que estamos en el camino correcto.

Elías miró hacia la oscuridad que se extendía ante ellos, más profunda, más silenciosa. Su pierna palpitaba ahora con un calor renovado, una promesa de sufrimiento futuro, pero estaban vivos.

—Bienvenidos al Inframundo —susurró para sí mismo, sintiendo cómo la ropa mojada se pegaba a su piel como una segunda capa de epidermis muerta.

CAPÍTULO 23: LA CRIPTA DE LOS SIN NOMBRE

El aire se volvió denso, cargado de una quietud mineral que nada tenía que ver con la humedad agresiva de los túneles inundados. Habían dejado atrás el rugido del agua y las trampas hidráulicas, adentrándose en las entrañas secas de la colina. Elías Varela sentía que cada paso era una negociación fallida con su propia anatomía. La extremidad herida ya no enviaba señales de alerta; se había transformado en un lastre inerte, un bloque de cemento que debía arrastrar sobre el suelo irregular. No era dolor lo que percibía, sino una desconexión mecánica, como si los tendones fueran cuerdas deshilachadas a punto de ceder bajo la tensión.

A su lado, Sarah Al-Fayed avanzaba con la linterna en una mano y la navaja en la otra. Su respiración era el único metrónomo en aquel vacío. La luz amarilla barría las paredes, revelando un cambio en la arquitectura. Los bloques toscos de granito medieval habían desaparecido, reemplazados por ladrillos planos y estrechos, dispuestos en un patrón de espiga perfecto.

—*Opus spicatum* —murmuró Elías, la voz apenas un hilo ronco. Su mente, buscando refugio del agotamiento físico, se aferró al análisis académico como un náufrago a una tabla—. Estamos en una estructura romana tardía. Siglo III, quizás IV. Esto no debería existir bajo la Catedral.

—Guarda la lección para la conferencia, Elías —cortó ella, aunque su tono carecía de mordacidad; era pura eficiencia de supervivencia—. ¿Ves alguna salida?

El haz de luz desembocó en una cámara vasta. No era un pasillo, sino una rotonda. El techo se perdía en la oscuridad superior, una cúpula invisible que devolvía el eco de sus pisadas amplificado y distorsionado. En el centro de la sala circular, el suelo se hundía ligeramente hacia un *oculus* invertido, un pozo seco destinado a libaciones olvidadas.

Elías se detuvo, apoyando el hombro contra la mampostería fría. El sudor se enfriaba en su espalda, pegando la camisa a la piel como una segunda capa dérmica. Se ajustó la correa de la mochila; el peso del Códice, con sus páginas de vitela húmeda, parecía haberse duplicado, curvándole la columna.

—Es un mausoleo —susurró, entendiendo la geometría del lugar—. Una *cella memoriae*. Aquí no enterraban a los santos, Sarah. Aquí enterraban a los que la Iglesia quería olvidar pero temía destruir.

Sarah barrió el perímetro con la luz. Nichos vacíos horadaban las paredes curvas, bocas negras en la piedra rojiza. No había sarcófagos, ni estatuas, solo polvo milenario y un silencio que pesaba sobre los tímpanos.

—Hay una abertura al otro lado —señaló ella con el haz de luz hacia un arco bajo en el extremo opuesto—. Si los planos de la herejía son ciertos, eso conecta con los cimientos del Pórtico.

Ella dio un paso al frente, pero se detuvo en seco. Su cuerpo se tensó, adoptando una postura que Elías, en su torpeza académica, solo podía envidiar: rodillas flexionadas, centro de gravedad bajo, lista para la violencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, limpiando instintivamente el vaho de sus lentes con el borde sucio de su manga, un gesto inútil que solo esparció la mugre.

—El aire —dijo ella—. Se ha detenido.

Antes de que Elías pudiera procesar la física de fluidos de aquel comentario, la oscuridad cobró vida.

No hubo un grito de guerra, ni el sonido de botas corriendo. Solo un susurro de tela rozando piedra, una perturbación en las sombras a la izquierda de Sarah.

—*Ex umbra in solem* —una voz grave, carente de inflexión humana, resonó desde todas partes y de ninguna, aprovechando la acústica perfecta de la cúpula.

Amaro emergió de la negrura como si fuera una extensión de ella.

No corría hacia ellos; ya estaba allí. El Peregrino no vestía como un hombre moderno. Su abrigo largo, pesado y oscuro, absorbía la luz de la linterna de Sarah, haciendo difícil distinguir dónde terminaba el hombre y dónde empezaba la penumbra. Su rostro, pálido y sin cejas, flotaba en el aire viciado como una máscara mortuoria.

Sarah reaccionó con un instinto feroz. Giró sobre sus talones y lanzó una patada lateral dirigida a la rodilla del intruso, buscando incapacitarlo antes de que pudiera cerrar la distancia.

Pero Amaro no estaba donde sus ojos decían que estaba. Con un movimiento fluido, casi líquido, pivotó sobre un pie, dejando que el ataque de Sarah cortara el aire vacío.

—Os estaba esperando —dijo él. Su tono era conversacional, terroríficamente calmado—. Sabía que la rata buscaría su agujero más profundo.

Elías sintió que el estómago se le llenaba de hielo. No era una persecución; era una cita. Amaro conocía la ruta. Conocía la historia. Quizás mejor que ellos.

Sarah no perdió tiempo en diálogos. Aprovechó el impulso fallido para rodar por el suelo y ganar distancia, poniéndose entre Elías y el

asesino. Levantó la navaja, un trozo de acero ridículo frente a la mole que se erguía ante ellos.

—¡Elías, corre hacia el arco! —gritó ella, su voz rebotando en las paredes curvas.

Elías intentó obedecer. Su cerebro envió la orden imperativa a sus piernas: *muévete*. Pero su cuerpo era un vehículo averiado. Al cargar el peso sobre la pierna derecha, la rodilla cedió sin previo aviso, como si el hueso se hubiera licuado. Cayó de bruces contra el suelo de piedra, el impacto le sacó el aire de los pulmones. Las gafas salieron despedidas, deslizándose por la superficie irregular.

El mundo se volvió un borrón impresionista de sombras y luces violentas.

—La fe sin obras está muerta —sentenció Amaro, avanzando hacia Sarah.

Elías, tanteando el suelo con desesperación ciega, recuperó sus gafas y se las colocó torcidas. Lo que vio le heló la sangre.

Sarah se lanzó al ataque, no por elección, sino por necesidad. Sabía que no podía ganar por fuerza bruta, así que optó por la velocidad. Arremetió con la navaja en un arco bajo, buscando los tendones de Amaro, luego cambió de dirección hacia arriba, apuntando al cuello. Eran movimientos de alguien entrenado, precisos, letales.

Amaro los recibió con la indiferencia de una montaña ante la lluvia.

Bloqueó la muñeca de Sarah con una mano desnuda, el sonido del impacto entre carne y hueso resonó seco y brutal en la cripta. Con la otra mano, golpeó el pecho de la historiadora, un golpe corto, sin recorrido, pero con la fuerza de un pistón hidráulico.

Sarah salió despedida hacia atrás, perdiendo el aire en un gemido ahogado. La linterna rodó por el suelo, creando un carrusel de sombras giratorias que mareaban la vista. El haz de luz iluminaba fragmentos de la escena: la bota de Amaro, la mano de Sarah

raspando la piedra, la expresión de terror absoluto en el rostro de Elías.

—¡Déjala! —gritó el paleógrafo. Su voz sonó patética, carente de autoridad. Buscó un arma, una piedra, algo. Sus dedos solo encontraron polvo y fragmentos de cerámica rota.

Amaro ni siquiera lo miró. Caminó hacia Sarah, que intentaba incorporarse, tosiendo, buscando aire. El asesino se movía sin prisa. No había sadismo en sus gestos, solo una eficiencia laboral. Era un carnicero acercándose al ganado.

Sarah logró ponerse de rodillas y lanzó un último ataque desesperado, intentando clavar la navaja en el muslo del gigante. Amaro atrapó su brazo en el aire, retorciéndolo con una facilidad nauseabunda hasta que el acero cayó al suelo con un tintineo metálico que sonó a sentencia de muerte.

Acto seguido, la agarró por el cuello de la chaqueta y la levantó del suelo. Los pies de Sarah patalearon en el vacío, sus manos golpeando inútilmente los antebrazos de granito que la asfixiaban.

Amaro se giró lentamente hacia Elías. La luz de la linterna en el suelo proyectaba la sombra del asesino sobre la pared curva, una silueta monstruosa que parecía devorar el mausoleo entero.

—El Verbo se hizo carne —dijo Amaro, apretando ligeramente el agarre. Sarah emitió un sonido gorgoteante, sus ojos negros inyectados en sangre buscando los de Elías—. Pero la carne es débil.

Elías intentó ponerse de pie, pero sus piernas eran de trapo. Se arrastró hacia atrás, la espalda chocando contra la pared fría del nicho. Abrazó la mochila contra su pecho, sintiendo los bordes duros del Códice a través de la tela mojada. El libro, su salvación académica, era ahora el peso que los hundía.

Amaro dio un paso hacia él, arrastrando a Sarah como si fuera una muñeca rota. La mujer tenía la cara amoratada, la respiración cortada por la presión en su tráquea.

—Tienes algo que no te pertenece, escriba —la voz de Amaro era un susurro gutural que penetraba hasta la médula—. Algo sagrado, manchado por tus manos profanas.

Elías miró a Sarah. La vida se le escapaba. La audacia, la fuerza, la vitalidad que la definía se estaba apagando bajo la presión de aquellos dedos blancos y cicatrizados.

—El libro —exigió Amaro, extendiendo la mano libre. La palma abierta, expectante, contrastaba con la violencia que ejercía la otra mano—. Entrégame la Palabra, y perdonaré a la pecadora.

El tiempo se fracturó. Elías podía escuchar el goteo lejano de una filtración, el latido ensordecedor de su propio corazón en los oídos, el roce de la tela de Sarah luchando por oxígeno.

Su mente analítica, siempre buscando patrones y soluciones lógicas, se estrelló contra un muro. No había salida intelectual. No había un acertijo que resolver para desarmar la situación. La historia que tanto amaba, los textos que veneraba, se reducían ahora a una transacción primitiva y brutal.

Si entregaba el Códice, la Orden ganaba. La verdad sobre Prisciliano, sobre el Camino, sobre la mentira fundacional de Santiago, desaparecería para siempre en las hogueras del dogma. Su carrera, la memoria de su mentor, todo por lo que había luchado, se perdería.

Pero si no lo hacía...

Los ojos de Sarah se encontraron con los suyos. Ya no había súplica en ellos, solo una despedida aterrada y consciente.

—Elías... —intentó articular ella, pero solo salió un sonido estrangulado.

Amaro apretó más. Un crujido sutil, cartílago bajo presión, llenó el silencio de la cripta.

—Elige —dijo el Peregrino, su rostro inexpresivo iluminado desde abajo por la linterna caída, dándole el aspecto de un demonio medieval en un retablo del juicio final—. La verdad muerta o la mentira viva. Tienes tres segundos antes de que le rompa el cuello.

Elías Varela, el hombre que prefería los pergaminos a las personas, sintió que el mundo se reducía a ese único punto focal. El frío de la cripta se le metió en los huesos, más profundo que nunca. La mochila en sus brazos pesaba una tonelada. La decisión que estaba a punto de tomar no solo definiría su futuro, sino que mancharía su alma con una tinta indeleble, mucho más oscura que la que teñía su dedo medio.

—Uno —contó Amaro.

Elías abrió la boca, pero no salió sonido alguno. La parálisis del terror lo había clavado al suelo de la necrópolis, un espectador inútil en la ejecución de su única aliada.

CAPÍTULO 24: DOCE HORAS DE OSCURIDAD

El primer tañido de la Berenguela no se escuchó; se sintió. Una vibración tectónica que ascendió por la piedra granítica de la Torre del Reloj, atravesó las suelas gastadas de Elías y sacudió su esqueleto como si fuera polvo sobre un tambor.

Las cinco de la mañana. O quizás las seis. El tiempo se había disuelto en la negrura de la escalera de caracol.

Elías Varela yacía ovillado en el hueco más alto del campanario, un nido de palomas y corrientes de aire heladas. Había logrado subir arrastrándose, impulsado por el terror puro que segrega el cuerpo cuando la mente ya ha capitulado. Su pierna derecha, esa extremidad que ahora le parecía ajena, no dolía con agudeza. El dolor había mutado en una pesadez de plomo fundido, una rigidez febril que convertía cada centímetro de piel inflamada en una cárcel de tejido tenso.

Estaba solo.

La constatación no fue un pensamiento, sino una náusea física. Sarah no estaba vigilando la entrada. No había respiración acompasada, ni sarcasmos susurrados para romper la tensión. Solo el viento gallego aullando entre las arcadas, trayendo consigo la lluvia horizontal que azotaba su refugio precario.

Se miró las manos. Estaban negras de mugre, sangre seca y tinta antigua. Temblando, buscó en el bolsillo de su chaqueta de tweed, ahora rasgada y hedionda a humedad de cripta. Extrajo un pañuelo arrugado y, con movimientos mecánicos, frotó los cristales de sus gafas. No sirvió de mucho; la grasa y el polvo solo se redistribuyeron, creando halos lechosos en su visión periférica. Se las colocó de nuevo, sintiendo cómo la montura fría mordía el puente de su nariz.

—Piensa —graznó. Su propia voz sonó extraña, rota por la sed y el desuso—. Eres un académico. Esto es un problema de traducción. Solo eso.

Arrastró la mochila hacia su regazo. El movimiento envió un latigazo eléctrico desde su tobillo hasta la ingle, obligándole a cerrar los ojos y apretar los dientes hasta que la mandíbula crujió. Respiró hondo, tragando el aire metálico de la tormenta, y extrajo el Códice.

El libro parecía pesar más que antes. La humedad de la cripta había ablandado las esquinas de la cubierta de cuero, y el olor a vitela rancia golpeó sus fosas nasales, un aroma que solía reconfortarlo en la seguridad de la biblioteca y que ahora le revolvía el estómago.

Encendió la pequeña linterna, cuyo haz de luz comenzaba a parpadear, moribundo.

Pasó las páginas con reverencia enfermiza. Conocía el texto, pero hasta ese momento lo había leído como un historiador busca fechas y nombres. Ahora debía leerlo como un hombre que busca un arma.

Se detuvo en el folio iluminado que representaba el *Lapis Stellarum*. La ilustración, ejecutada con pigmentos de lapislázuli y oro, mostraba una piedra irregular, oscura, rodeada de líneas onduladas que los expertos siempre habían interpretado como un halo de divinidad o luz sagrada.

Elías acercó la nariz al papel, entornando los ojos miopes tras los cristales sucios.

El texto adyacente, escrito en un latín corrupto del siglo XII, describía las propiedades de la reliquia.

«Non est de hoc mundo» (No es de este mundo). *«Ignis qui non lucet»* (Fuego que no brilla).

Su dedo, manchado de tinta indeleble, trazó las líneas de la glosa marginal, anotaciones apresuradas de un monje aterrorizado hace novecientos años.

«Aquellos que la custodian pierden el cabello y los dientes. La piel se ennegrece y se desprende sin sangre. El mal de los huesos consume a los elegidos antes de la tercera luna.»

Elías se detuvo. Su mente, entrenada para conectar datos dispersos, empezó a girar a una velocidad vertiginosa, ignorando el frío y el agotamiento.

Siempre habían asumido que las muertes de los Priscilianistas originales y de los miembros de la secta se debían a purgas, envenenamientos o castigos divinos. La historia hablaba de una "peste sagrada" que solo afectaba a los iniciados de alto rango, aquellos permitidos en el *Sanctum Sanctorum*.

—Fuego que no brilla... —susurró.

Siguió leyendo. Había otra propiedad descrita. *«La piedra canta al hierro. Atrae la aguja del navegante y desorienta a las aves.»*

Magnetismo.

Elías se dejó caer contra la pared de piedra, exhalando una nube de vapor. Todo encajaba con una lógica científica brutal y anacrónica. El *Lapis Stellarum* no era una joya. No era un zafiro gigante ni un diamante negro.

Era un meteorito.

Y no cualquier roca espacial. Una compuesta de materiales pesados, altamente magnética y, lo más aterrador, radiactiva.

Elías visualizó a los monjes medievales encontrando ese objeto humeante en un cráter, atribuyéndole origen divino porque, literalmente, había caído del cielo siguiendo la ruta de la Vía Láctea. Lo habrían encerrado en un relicario de plomo o de oro grueso, no por protección contra la radiación —concepto que desconocían—, sino por reverencia, lo que irónicamente había salvado a muchos.

Pero cuando lo sacaban para los rituales... cuando se exponían a su "luz invisible"...

—Marie Curie en el siglo doce —murmuró, una risa histérica burbujeando en su garganta.

Amaro no buscaba a Dios. Buscaba un reactor nuclear natural sin blindaje.

Elías miró el diagrama de nuevo. Las líneas onduladas alrededor de la piedra no eran luz sacra. Eran un intento primitivo de dibujar lo invisible, la emanación que mataba sin tocar. El monje que dibujó esto probablemente murió poco después, con las manos llagadas y el cuerpo consumido por tumores.

La comprensión le otorgó una claridad gélida. El miedo a la muerte inmediata, a que Amaro apareciera por la escalera con su cuchillo curvo, se disipó, reemplazado por un cálculo frío.

Elías Varela no podía pelear. Su cuerpo era un lastre inútil, una estructura colapsada que apenas podía sostenerse en pie. Si intentaba bajar, Amaro lo atraparía. Si Amaro subía, lo mataría.

Pero el conocimiento... el conocimiento era la única palanca que podía mover el mundo. O detenerlo.

El sicario quería la ubicación exacta. Quería la reliquia para "purificar". Elías sabía dónde estaba. Y ahora sabía *qué* era. Si Amaro encontraba la piedra sin las precauciones adecuadas, el objeto mismo sería su verdugo, aunque tardaría días o semanas en matarlo. Demasiado tiempo. Sarah no tenía semanas.

Necesitaba usar esa verdad ahora.

Se obligó a erguirse. El esfuerzo le arrancó un gemido, su pierna derecha protestando con una sensación de quemadura interna, como si los ligamentos fueran cuerdas de violín a punto de estallar. Se apoyó en el alféizar de la abertura del campanario.

Abajo, Santiago de Compostela despertaba bajo el manto gris del amanecer. Los tejados de pizarra brillaban con la lluvia, indiferentes al drama que se desarrollaba en las alturas.

Elías cerró el Códice con un golpe seco. El sonido resonó en la pequeña cámara de piedra, compitiendo con el viento.

Ya no era el bibliotecario asustado que limpiaba sus gafas para esconderse del mundo. O al menos, no podía permitirse serlo. Tenía la respuesta al enigma final. Sabía por qué la tumba estaba sellada con plomo y no con piedra. Sabía por qué la entrada estaba marcada con símbolos de "peligro" que la Iglesia había reinterpretado como "santidad".

Tenía la llave de la muerte en su mochila.

Y Amaro la quería.

Elías se ajustó la bufanda, un gesto inútil contra el frío que le calaba los huesos, pero necesario para sentir una pizca de normalidad. Verificó que la grabadora digital en su bolsillo seguía ahí, un peso reconfortante.

Iba a bajar. No para huir, sino para invitar al diablo a bailar.

Un nuevo tañido de campana hizo vibrar el suelo, marcando el cuarto de hora. El sonido fue más grave, más profundo. A Elías le sonó a sentencia, pero por primera vez en toda la noche, no estaba seguro de si la sentencia era para él.

—Ven a buscarme —dijo al vacío, y esta vez, su voz no tembló.

CAPÍTULO 25: LA CELDA DEL OLVIDO

El goteo era una tortura china en la oscuridad. Ploc. Un segundo de vacío. Ploc. El sonido reverberaba en las paredes de piedra caliza, amplificado por la forma abovedada de la celda, taladrando la sien de Sarah Al-Fayed. Sus muñecas ardían, despellejadas por el cáñamo áspero que la sujetaba a una argolla de hierro oxidado empotrada en el muro. La humedad del subsuelo se le metía en los huesos, mezclándose con el frío de su ropa empapada, convirtiendo cada respiración en una inhalación de moho y tiempo estancado.

No había ventanas. Solo una lámpara de aceite sobre una mesa de madera carcomida, arrojando sombras largas y danzantes que parecían espectros estirándose para estrangularla.

La puerta de roble, reforzada con bandas de metal negro, gimió al abrirse.

Monsignor Camiña entró con la parsimonia de quien entra en su propia biblioteca, no en una mazmorra. Su sotana negra absorbía la escasa luz, dejándole solo el rostro pálido y las manos, finas y cuidadas, flotando en la penumbra. Arrastró un taburete de tres patas y se sentó frente a ella, justo fuera de su alcance, cruzando las manos sobre el regazo con una calma eclesiástica que resultaba más aterradora que la violencia física de Amaro.

—La incomodidad es necesaria para la claridad mental, doctora Al-Fayed —dijo Camiña. Su voz era suave, un barítono culto acostumbrado a la acústica de los confesionarios—. El cuerpo debe sufrir para que el espíritu hable.

Sarah escupió al suelo, cerca de las botas inmaculadas del sacerdote. Tenía la boca pastosa, con sabor a bilis y miedo.

—Ahórrese el sermón medieval. —Su voz salió ronca, pero firme. Forzó a sus pulmones a expandirse contra la presión de las costillas —. Sé lo que buscan. Sé lo que es el *Lapis Stellarum*.

Camiña ladeó la cabeza, observándola con la curiosidad de un entomólogo ante un escarabajo que se resiste al alfiler.

—Saber y comprender son dos orillas del mismo río, separadas por un abismo de ignorancia. —Se inclinó hacia adelante, y la luz de la lámpara reflejó dos puntos anaranjados en sus pupilas—. Usted ve una piedra, un meteorito, una curiosidad geológica que emite energía. Ve datos, datación por carbono, composición mineral. Ciencia.

—Veo un veneno que ha matado a gente durante siglos —replicó Sarah, tensando los músculos de los antebrazos. La cuerda mordió su carne, pero notó una imperceptible holgura. La humedad estaba dilatando las fibras naturales. Tenía que mantenerlo hablando. Su mente analítica pasó de la parálisis del pánico al cálculo frío—. Veo radiación. Veo muerte.

—Veo la prueba de Dios —corrigió él, con una convicción que heló el aire viciado de la celda—. El *Mysterium Tremendum*. La divinidad no es un abrazo cálido, doctora. Es fuego. Es poder puro que consume la carne indigna. Esa piedra cayó del cielo cuando Santiago aún era un campo de estrellas pagano. La Iglesia no la ocultó por avaricia, sino por misericordia.

Sarah dejó de forcejear un instante, genuinamente desconcertada por la lógica retorcida del hombre.

—¿Misericordia? Han asesinado para protegerla.

—El vulgo necesita misterio, no verdad —Camiña se puso de pie y comenzó a caminar por el pequeño espacio, sus pasos amortiguados por la tierra batida—. Si les damos la verdad científica, si les decimos que la "maldición" es una reacción atómica natural, la magia muere. La fe se convierte en física. Y sin el temor reverencial a lo inexplicable, la Iglesia pierde su cimiento. Necesitamos que la piedra siga siendo un milagro terrible, no un peligro biológico.

Sarah aprovechó que él le daba la espalda para rotar la muñeca izquierda. El hueso del pulgar crujió al forzar la articulación contra el nudo. El dolor fue agudo, una aguja blanca subiendo por su brazo, pero lo tragó sin emitir sonido. La cuerda, vieja y saturada de agua del ambiente, cedió un milímetro.

—Es usted un cínico —lanzó ella, buscando el punto débil en su armadura ideológica—. No protege la fe. Protege su poder. Teme que la gente sepa que su "Dios" es solo una roca radiactiva.

Camiña se detuvo en seco y se giró. Por primera vez, la máscara de serenidad se agrietó, revelando un destello de irritación.

—Protejo la estructura que mantiene a occidente en pie. El caos es el enemigo, doctora. Y la verdad absoluta, esa que busca su amigo Elías, es el agente del caos más potente que existe.

—Elías es mejor hombre que usted —dijo Sarah, clavando sus ojos oscuros en los del sacerdote—. Él busca la luz para iluminar, usted para cegar. Por eso le tiene miedo. Por eso envió a su perro de presa a matarlo.

La mención de Elías provocó una reacción inesperada. Los hombros de Camiña bajaron ligeramente. Se quitó las gafas sin montura y las limpió con un pañuelo de seda sacado de la manga, un gesto tan humano, tan banal, que resultaba obsceno en aquel contexto.

—No hay miedo, Sarah. Hay... decepción. —Volvió a colocarse las gafas y miró hacia la puerta cerrada, como si pudiera ver a través de

la madera y la piedra, hasta donde Elías Varela estaría luchando por su vida—. Elías fue mi mejor alumno en el seminario, hace veinte años. Tenía una mente brillante, voraz. Podría haber sido un Príncipe de la Iglesia.

Sarah sintió un vuelco en el estómago. Esa conexión no aparecía en ningún expediente.

—¿Usted fue su mentor?

—Le enseñé a leer los palimpsestos del alma humana. —Camiña se acercó de nuevo, invadiendo su espacio personal. Olía a jabón caro y papel viejo—. Pero tenía un defecto fatal: una moralidad burguesa, pequeña. Creía que la historia pertenece a todos. No entendía que el conocimiento es un arma, y no se le da un arma cargada a un niño.

—Así que va a matar a su "mejor alumno" —susurró Sarah. Mientras hablaba, rascó la cuerda contra la arista irregular de la piedra tras su espalda. *Ras, ras*. El sonido quedó oculto bajo sus palabras.

—Lo que me duele no es su muerte, sino el desperdicio de su potencial —dijo Camiña, con un tono que rozaba la melancolía—. Es una tragedia necesaria. Como la de Abraham e Isaac, pero sin el ángel que detenga el cuchillo. Él eligió la verdad; yo elegí la Iglesia. No podemos coexistir.

El sacerdote consultó un reloj de bolsillo plateado. El clic de la tapa al cerrarse sonó como un disparo en la estancia.

—Amaro traerá el Códice pronto. Y con él, la cabeza de Elías. Le sugiero que use este tiempo para reflexionar sobre qué lado de la historia quiere ocupar: el de los mártires olvidados o el de los supervivientes silencios.

Camiña se dirigió a la salida. Antes de cruzar el umbral, se detuvo, pero no miró atrás.

—Rezaré por su alma, doctora. Aunque dudo que sirva de algo.

La puerta se cerró con un estruendo pesado, seguido por el chirrido de los cerrojos exteriores.

Sarah quedó sola de nuevo en la penumbra. El goteo continuó. *Ploc*. *Ploc*.

Pero algo había cambiado. La confesión de Camiña no la había roto; le había dado una herramienta. Sabía que el sacerdote se veía a sí mismo como un padre estricto, no como un monstruo. Tenía ego. Y tenía un vínculo emocional con Elías, por retorcido que fuera. Eso era manipulable.

Exhaló todo el aire de sus pulmones, contrayendo el tórax, y tiró con violencia de la mano izquierda. La piel de la muñeca se desgarró, dejando un rastro de sangre caliente que lubricó el cáñamo. Apretó los dientes hasta que la mandíbula le dolió, ignorando el fuego en sus nervios.

El nudo, debilitado por la humedad y la fricción constante durante la charla, se aflojó.

Su mano izquierda quedó libre.

Sarah la miró, temblando, con los dedos entumecidos y manchados de rojo y mugre. No era una victoria total —los pies seguían atados y la puerta estaba cerrada—, pero la desesperación absoluta había dado paso a una posibilidad fría y afilada.

—Reza por ti, Camiña —susurró a la oscuridad, flexionando los dedos para recuperar la circulación—. Porque cuando salga de aquí, la historia la voy a escribir yo.

CAPÍTULO 26: EL GAMBITO DEL INSPECTOR

El aire dentro de la Comisaría de Santiago tenía la densidad del agua estancada. Olía a café quemado, a tabaco frío impregnado en las cortinas y a esa humedad gallega que ni la calefacción central lograba disipar. El inspector Valdés trazó una línea roja sobre el plano desplegado en su escritorio, el rotulador chirriando contra el papel satinado como un grito ahogado.

Sus dedos, manchados de nicotina, temblaban imperceptiblemente. No era miedo, se dijo, sino la vibración de un motor que se revoluciona en vacío.

—Rivas, cierra la puerta —ordenó sin levantar la vista del mapa de la Catedral.

El sargento obedeció. El clic del pestillo sonó definitivo, aislando el despacho del murmullo administrativo del exterior. Dentro, tres oficiales de su absoluta confianza aguardaban, estatuas de uniforme azul oscuro con los rostros tensos por la expectativa.

—Tenemos un peligro acuciante en el subsuelo del templo —Valdés golpeó el plano con el nudillo—. No es una teoría. El profesor Varela y la doctora Al-Fayed están ahí abajo. Y no están solos.

—¿Orden de entrada, jefe? —preguntó Rivas, un hombre ancho como un roble y de pocas palabras.

—La estoy tramitando. Pero el tiempo juega en contra. Quiero un perímetro discreto en las salidas de la cripta y en el Pórtico de la Gloria. Nada de sirenas.

El teléfono sobre el escritorio comenzó a sonar. El timbre estridente cortó la atmósfera cargada. Valdés miró el aparato como si fuera una víbora a punto de lanzar el ataque. Sabía quién llamaba antes de descolgar.

—Valdés —respondió, su voz un graznido seco.

—Inspector. —El tono al otro lado era suave, educado. Y precisamente por eso, peligroso. Era el Superintendente Corrales, un burócrata que pasaba más tiempo en cenas con el Arzobispado que en la calle—. Me informan de que está movilizando recursos hacia la Plaza del Obradoiro.

Valdés apretó el auricular hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Tengo motivos fundados para creer que hay civiles en peligro, señor. Una posible situación de rehenes o algo peor en las catacumbas.

—Lo que tiene son conjeturas y una imaginación hiperactiva, Inspector. —Hubo una pausa, el sonido de papeles moviéndose al otro lado de la línea—. El Arzobispado ha expresado su preocupación por cualquier... interrupción visible antes de la ceremonia de esta noche. La imagen de la Iglesia es la imagen de la ciudad.

—Hay vidas en juego, ¡maldita sea!

—Hay protocolos, Valdés. Y jerarquías. —La voz se endureció, perdiendo la falsa cortesía—. Cancela el operativo. No quiero un solo uniforme en el Obradoiro sin mi firma expresa. ¿Me he explicado con claridad?

Valdés sintió un sabor metálico en la boca. La bilis de la impotencia.

—Cristalino, señor.

Colgó el teléfono con una delicadeza que contrastaba con la furia que le quemaba el estómago. La oficina quedó sumida en una quietud absoluta, solo rota por el zumbido eléctrico de las lámparas fluorescentes. Sus hombres lo miraban, esperando el veredicto. Rivas tenía la mandíbula apretada; sabía leer los silencios de su superior.

Valdés se pasó una mano por el rostro, frotándose los ojos cansados. La burocracia. Ese, y no el asesino del cuchillo curvo ni los fanáticos religiosos, era el verdadero enemigo de Valdés: el papel timbrado, las llamadas de cortesía que ataban las manos de quienes debían actuar.

Miró su placa sobre la mesa. Luego miró a Rivas.

—Oficialmente, estamos redactando informes sobre el tráfico en la zona sur —dijo Valdés en voz baja, casi un susurro.

Los ojos de Rivas brillaron. Una sonrisa torcida, apenas un gesto, apareció en su rostro.

—Entendido, jefe. El tráfico está fatal hoy.

—Quiero dos coches particulares. Nada de distintivos. Ropa de calle —Valdés se levantó, agarrando su gabardina del perchero. El movimiento fue fluido, decisivo, borrando la duda que lo había paralizado minutos antes—. Chalecos de kevlar debajo de las chaquetas. Armas cortas, nada de fusiles que llamen la atención.

—¿Y si nos preguntan? —inquirió el oficial más joven, García, con un matiz de nerviosismo en la voz.

—Si nos preguntan, estamos fuera de servicio tomando un café en el Hostal de los Reyes Católicos. —Valdés abrió el cajón de su escritorio y sacó una caja de munición adicional, deslizándola en su bolsillo—. Pero si tengo razón, y rezo por no tenerla, nadie va a preocuparse por nuestros horarios.

Salieron de la comisaría por la puerta trasera, bajo la lluvia que caía como una cortina de plomo sobre Santiago. El agua fría le golpeó la cara a Valdés, despertándolo del todo. Se subió al asiento del conductor de su viejo sedán gris, el cuero del volante frío bajo sus palmas. Rivas se sentó a su lado, revisando el cargador de su pistola con movimientos mecánicos y precisos.

El trayecto hacia el casco histórico fue una batalla contra los limpiaparabrisas, que luchaban inútilmente contra el diluvio. Las calles de piedra brillaban como escamas de pez bajo los faros amarillentos.

Al acercarse a la zona monumental, el tráfico se detuvo. Vallas azules y agentes de la Policía Local bloqueaban el acceso principal. El evento eclesiástico había convertido el centro en una fortaleza impenetrable para el ciudadano común.

—No nos dejarán pasar por el control principal —murmuró Rivas, observando a los agentes que desviaban el tráfico.

—No vamos a pedir permiso.

Valdés giró el volante bruscamente a la derecha, metiendo el coche por una callejuela estrecha reservada para residentes y servicios. El segundo vehículo, conducido por García, los siguió pegado al parachoques.

—Ponte las gafas de sol —ordenó Valdés.

—Jefe, está lloviendo y es casi de noche por las nubes.

—Hazlo.

Rivas obedeció. Valdés aceleró al ver un hueco en la fila de coches oficiales negros que entraban por un acceso lateral hacia el Parador. Se pegó a la cola de una limusina con banderas diplomáticas, imitando la conducción agresiva y segura de una escolta oficial.

El guardia de la barrera dudó un segundo. Vio dos coches oscuros, hombres con gafas y rostros serios, pegados a un vehículo VIP. La

duda fue su derrota. Levantó la mano en un saludo marcial y les franqueó el paso, asumiendo que eran parte de la comitiva de seguridad no listada.

Entraron en la Plaza del Obradoiro.

El espacio abierto se abría ante ellos, monumental y aplastante. La fachada barroca de la Catedral se alzaba hacia el cielo gris, sus torres arañando las nubes bajas, cubierta de andamios y lonas que ocultaban las obras de restauración, dándole el aspecto de una bestia herida vendada.

Valdés aparcó el coche en una esquina discreta, cerca del Pazo de Raxoi, lejos de las cámaras de televisión que ya empezaban a montarse. Apagó el motor. El sonido de la lluvia repiqueteando en el techo llenó el habitáculo.

—Estamos dentro —dijo, mirando hacia la inmensa mole de piedra. Sabía que en algún lugar, bajo esas toneladas de granito y siglos de historia, Elías y Sarah luchaban por respirar.

Rivas se quitó las gafas de sol y miró a su inspector.

—¿Y ahora qué?

Valdés desenfundó su arma, comprobó que había bala en la recámara y la volvió a guardar en la sobaquera. Su mirada se endureció, adquiriendo el filo del acero templado. Ya no había vuelta atrás. Si se equivocaba, su carrera terminaba esa misma tarde. Si acertaba, quizás terminara su vida.

—Ahora esperamos a que la piedra hable —sentenció Valdés—. Y cuando lo haga, estaremos listos para responder.

CAPÍTULO 27: SACRIFICIO DE PAPEL

El eco de sus propios pasos irregulares era la única liturgia que llenaba la nave central. Elías Varela avanzaba cojeando, arrastrando la pierna herida sobre las losas de granito desgastadas por millones de suelas antes que la suya. El dolor en el muslo no era agudo, sino un latido sordo, una marea de plomo fundido que subía y bajaba con cada transferencia de peso, recordándole su vulnerabilidad física en aquel templo de piedra.

La Catedral, vaciada de turistas y fieles por los protocolos de seguridad que Camiña había manipulado, se sentía obscena en su inmensidad. Sin el murmullo de las plegarias, el edificio recuperaba su naturaleza original: no una casa de misericordia, sino una fortaleza diseñada para intimidar al espíritu humano. Arriba, muy lejos, el tamborileo de la tormenta sobre las cubiertas de plomo sonaba como un ejército marchando en la distancia, un asedio constante que filtraba una luz grisácea y enferma a través de las vidrieras altas.

Elías se detuvo justo debajo del crucero. Sobre su cabeza pendía la soga inmensa del Botafumeiro, inerte como la soga de un ahorcado esperando su turno.

—La puntualidad es una virtud burguesa, Doctor Varela, pero se agradece.

La voz de Monsignor Camiña surgió del deambulatorio, proyectada por la acústica perfecta de la arquitectura románica. El sacerdote emergió de las sombras del Altar Mayor, con la sotana negra absorbiendo la escasa claridad. No parecía un hombre de fe, sino el gerente de una corporación en quiebra moral. Sus manos estaban entrelazadas a la espalda, y su postura era la de quien recibe a un invitado en su salón privado, no en la casa de Dios.

Elías apretó la mandíbula. El sudor frío le pegaba la camisa a la espalda bajo la chaqueta de tweed. Su mano derecha, oculta dentro del bolso de cuero cruzado sobre su pecho, temblaba. No por miedo a morir, sino por lo que estaba a punto de hacer. Un sacrilegio contra su propia naturaleza.

—¿Dónde está ella? —preguntó Elías. Su voz sonó rasposa, carente de la autoridad que solía tener en las aulas universitarias.

Camiña descendió los escalones del presbiterio con una lentitud exasperante.

—La impaciencia, por otro lado, es un defecto de la juventud. O de la desesperación. —El prelado se detuvo a diez metros de distancia —. Primero, la ofrenda. El Códice Calixtino no pertenece a manos laicas, y mucho menos a las de un académico caído en desgracia.

Elías sacó la mano del bolso. No sostenía un arma, al menos no una convencional. Extrajo el legajo de pergaminos, el corazón del misterio que había costado sangre y siglos ocultar. Pero algo estaba mal. El vellum, habitualmente de un tono crema reseco, brillaba con una humedad antinatural. Gotas transparentes resbalaban por los bordes irregulares de las páginas, cayendo al suelo de piedra con un repiqueteo apenas audible.

Un olor químico, punzante y volátil, golpeó el aire estancado de la nave. Etanol puro. El mismo que Elías usaba en su kit de restauración para limpiar herramientas, ahora impregnando cada fibra del documento histórico.

La nariz de Camiña se arrugó. Su compostura se fracturó por una fracción de segundo.

—¿Qué has hecho? —su tono bajó una octava, perdiendo la falsa cordialidad.

—La tinta ferrogálica del siglo XII es notablemente resistente —dijo Elías, y se sorprendió al notar que, al hablar de química y conservación, su voz dejaba de temblar—. Pero el pergamino es piel. Grasa animal. Y empapado en alcohol al noventa y seis por ciento... se convierte en una mecha excelente.

Con la mano izquierda, torpe y húmeda, sacó un encendedor de plástico rojo del bolsillo de su pantalón. Era un objeto vulgar, barato, indigno de la majestuosidad del entorno, pero en ese momento tenía más poder que cualquier báculo obispal.

—Tráigala —ordenó Elías. Levantó el pulgar sobre la rueda del encendedor.

Camiña miró el libro empapado con una mezcla de horror y codicia. Para un hombre que había dedicado su vida a proteger el secreto dentro de esas páginas, verlas al borde de la aniquilación era una tortura física. Hizo un gesto seco con la cabeza hacia la oscuridad del transepto norte.

De las sombras, donde la piedra se volvía negra, surgió una figura masiva. Amaro. El Peregrino se movía con esa fluidez depredadora que desmentía su tamaño, sus botas tácticas no hacían ruido alguno sobre el granito. Arrastraba a alguien con él.

Sarah.

Tenía las manos atadas a la espalda con bridas de plástico. Su cazadora de cuero estaba rasgada en el hombro y un hematoma oscuro florecía en su pómulo izquierdo, cerrándole parcialmente el ojo. Caminaba a trompicones, forzada por el agarre de hierro que Amaro mantenía sobre su nuca, pero cuando levantó la vista y vio a

Elías, su único ojo útil destelló con una furia lúcida. No había súplica en su mirada, solo cálculo.

—¡Elías, no! —gritó ella, su voz ronca rebotando en las bóvedas—. ¡No se lo des!

Amaro tiró de ella hacia atrás con brusquedad, silenciándola con una presión en el cuello. El gigante pálido miró a Elías con sus ojos de hielo, indiferente al drama, esperando la orden de ejecutar o liberar. Para él, todo esto era un trámite burocrático de la fe.

Elías sintió que el mundo se estrechaba hasta convertirse en un túnel donde solo existían el rostro magullado de Sarah y el olor a alcohol que emanaba del libro en su mano. La historia pesaba, sí, pero la vida pesaba más. Ese era el axioma que había tardado cuarenta años en comprender.

—El libro por la chica —dijo Elías, alzando el códice chorreante. El líquido inflamable le corría por la muñeca, picando en la piel, un recordatorio sensorial del peligro—. Si Amaro da un paso más hacia mí, lo enciendo. Si usted no la suelta, lo enciendo. Si dudo por un segundo que vamos a salir de aquí, lo reduzco a cenizas antes de que el humo llegue a la cúpula.

El pulgar de Elías acarició la rueda del encendedor. *Click*. Una chispa saltó, pero no prendió.

El sonido fue un disparo seco en el silencio.

Camiña dio un paso adelante, con las manos levantadas en un gesto apaciguador que no engañaba a nadie.

—Cuidado, Doctor Varela. Está sosteniendo la única prueba de la verdadera historia de Occidente. Si lo quema, no solo destruye papel. Destruye la verdad. ¿Podrá su conciencia de historiador soportar eso?

—La historia la escriben los supervivientes —respondió Elías, citando una verdad cínica que siempre había detestado y que ahora

abrazaba como un escudo—. Y yo pretendo que ella sobreviva.

Hizo girar la rueda de nuevo. Esta vez, una lengua de fuego amarilla y azul brotó de la boquilla del encendedor, bailando con avidez en el aire cargado de vapores. Elías acercó la llama peligrosamente a la esquina inferior del legajo. El calor lamió sus propios dedos, pero no se apartó.

El rostro de Camiña se tensó, las líneas de su cara profundizándose en una máscara de odio puro. Miró el fuego, luego a Sarah, y finalmente a los ojos grises y cansados de Elías detrás de los cristales sucios. Comprendió que no era un farol. Elías Varela, el ratón de biblioteca, el hombre que temía a su propia sombra, estaba dispuesto a cometer el mayor pecado académico imaginable.

—Suéltala, Amaro —siseó Camiña. La orden salió de sus labios como si escupiera veneno.

El gigante no cuestionó. Simplemente abrió la mano. Sarah se tambaleó hacia adelante, recuperando el equilibrio con un jadeo. No corrió. Se giró lentamente, frotándose las muñecas aún atadas contra su espalda, y se movió de lado hacia Elías, sin quitar la vista del asesino.

—El intercambio se hará simultáneamente —dijo Camiña, extendiendo una mano impaciente, con la palma hacia arriba—. Ustedes retroceden hacia la Puerta de Platerías. Dejan el libro en el suelo del crucero. Nosotros no les impediremos salir.

Elías mantenía la llama encendida. El gas del encendedor siseaba suavemente.

—Sarah, ve hacia la puerta —murmuró sin mirarla, con la vista clavada en el Códice y en la distancia que lo separaba de la llama.

—No voy a dejarte —susurró ella al pasar a su lado. El olor a sudor rancio y miedo que ella desprendía se mezcló con el aroma clínico del alcohol.

—No me dejas. Me estás dando espacio de maniobra. Vete.

Sarah vaciló un instante, evaluando la geometría de la violencia potencial en la sala, y luego asintió imperceptiblemente. Empezó a retroceder hacia la salida sur, sus botas chirriando sobre la piedra mojada por las goteras.

Elías se quedó solo frente a los dos hombres. El fuego en su mano derecha, el libro empapado en la izquierda. Estaba en el centro del crucero, el corazón de la cristiandad española, sosteniendo la herejía y la purificación en sus manos.

—El libro, Varela —insistió Camiña, dando un paso cauteloso. Amaro se tensó, listo para saltar—. Ha ganado. Tiene a la chica. No cometa una estupidez.

Elías miró el pergamino. Las palabras latinas, escritas por manos muertas hacía novecientos años, parecían vibrar bajo la capa de alcohol. *Liber Sancti Iacobi*. La verdad sobre Prisciliano, sobre las estrellas oscuras, sobre la mentira fundacional.

Lentamente, Elías se agachó, gimiendo cuando su pierna herida protestó por la flexión. Depositó el libro en el suelo, con el cuidado con el que una madre deja a un niño en la cuna, a pesar de que estaba a punto de entregarlo al enemigo.

Se irguió, manteniendo el encendedor en alto.

—Atrás —advirtió Camiña a Amaro con un gesto de la mano—. Déjalo.

Elías retrocedió, paso a paso, cojeando hacia donde Sarah lo esperaba bajo el arco de la salida sur. Camiña se lanzó hacia el libro como un animal hambriento, arrodillándose en la piedra fría, ignorando su dignidad. Sus manos tocaron el pergamino mojado, comprobando los daños, sus dedos acariciando la tinta como si fuera piel herida.

Amaro permaneció de pie, una torre de vigilancia inmóvil, observando cómo sus presas se alejaban.

Cuando llegaron al umbral de la puerta, Elías apagó el encendedor. La oscuridad pareció abalanzarse sobre ellos de nuevo, solo rota por la distante luz que Camiña proyectaba con una pequeña linterna sobre el libro recuperado.

—¿Crees que nos dejarán ir? —preguntó Sarah en un susurro, su respiración agitada contra el oído de Elías.

—No —respondió él, sintiendo cómo la adrenalina empezaba a agriarse en su estómago—. Camiña tiene lo que quiere. Ahora somos cabos sueltos.

Elías miró hacia atrás una última vez. El prelado estaba absorto en el texto, pero Amaro ya estaba girando la cabeza, calculando la distancia, el tiempo y la trayectoria de la persecución. El trato había concluido. La caza se reanudaba.

—Corre —dijo Elías, empujando la pesada puerta de madera que daba a la Plaza de Platerías—. Corre como si el infierno viniera detrás. Porque viene.

CAPÍTULO 28: FUEGO EN EL ALTAR

El chasquido de la rueda de acero contra el pedernal del Zippo no resonó como un inicio, sino como una sentencia.

La llama brotó, pálida y azulada al principio, alimentada por los vapores del alcohol que empapaban los viejos pergaminos, para luego trocarse en una lengua naranja, voraz y rugiente. Elías soltó el Códice sobre la alfombra del altar mayor apenas el calor amenazó con ampollarle las yemas de los dedos. El pergamino, piel curtida hacía siglos, se retorció bajo la furia del fuego, liberando un hedor acre que se fundió al instante con el incienso rancio de la catedral.

—¡Sacrilegio! —El aullido no provino de Monseñor Camiña, sino de la garganta del Peregrino.

Amaro, hasta entonces una efigie de granito, una amenaza contenida en piedra, se resquebrajó. No le importó su propia integridad; para él, aquellas palabras escritas en tinta ferrogálica eran más sagradas que la carne que habitaba. Se lanzó hacia las brasas con la desesperación de una madre viendo arder la cuna de su hijo.

Elías no se detuvo a comprobar si el sicario lograría su cometido. El dolor en su pierna derecha, una punzada constante y mordiente desde la caída en la cripta, le aulló al obligar a sus músculos a reaccionar. Giró sobre sus talones, a pesar del vértigo que lo

mareaba, y se impulsó hacia la columna donde retenían a Sarah. Cada zancada era un ejercicio de agonía, un recordatorio de que su cuerpo de académico no estaba forjado para la guerra, pero la adrenalina actuaba como un anestésico brutal y temporal.

El humo se alzaba, una columna negra y espesa que lamía las bóvedas barrocas, ocultando a los ángeles de madera policromada en una mortaja de hollín.

—¡Detenedlo! ¡Matadlos a todos! —bramó Camiña, su voz perdiendo la compostura eclesiástica para revelar el pánico de un hombre que veía desmoronarse su imperio.

El prelado alzó la vista hacia las galerías superiores, buscando los inyectores del sistema de extinción de incendios, aquella compleja red de gas halón que la Orden había financiado para proteger el patrimonio. Los sensores parpadearon con luces estroboscópicas rojas, tiñiendo la nave de un carmesí intermitente, pero las boquillas permanecieron mudas. Ninguna descarga siseante, ningún diluvio químico.

Elías captó el gesto de terror absoluto en el rostro del Monseñor mientras cojeaba. *Sabotaje.* La Orden había desactivado las defensas para operar en las sombras, y ahora esa misma oscuridad se les volvía en su propio castigo. El fuego no tenía dueño.

El guardia que sostenía a Sarah cometió el error de un aficionado: miró la luz. La explosión de llamas en el presbiterio le robó la atención durante el tiempo que tarda un corazón en latir dos veces. Fue suficiente.

Sarah Al-Fayed no necesitó que nadie la rescatara; solo precisó de una distracción. Sintió cómo el agarre en su brazo se aflojaba imperceptiblemente. No dudó. Pivotó sobre su cadera, utilizando la inercia de su propio peso, y lanzó su codo hacia atrás con la brutal precisión de un resorte. El hueso impactó contra el plexo solar del hombre con un sonido húmedo, vaciándole los pulmones de aire instantáneamente.

El guardia se dobló sobre sí mismo, boqueando como un pez fuera del agua. Sarah no le dio tregua. Antes de que el hombre pudiera recuperar el aliento o buscar su arma, giró y descargó la suela de su bota de montaña contra la rodilla de su atacante. El crujido de ligamentos rompiéndose se perdió bajo el rugido creciente del incendio, pero el hombre cayó al suelo de losas de granito, inutilizado.

—¡Elías! —su voz cortó la densidad del aire, clara e imperativa.

El paleógrafo la alcanzó, resoplando, con el pecho ardiendo tanto como el altar a sus espaldas. Se aferró al brazo que ella le tendía, no como un salvador, sino como un náufrago buscando una tabla.

—El sistema antiincendios... —jadeó él, señalando hacia arriba con un dedo tembloroso—. No funciona. Estamos en una trampa de piedra.

Una cortina de humo denso descendió desde el techo, reduciendo la visibilidad a apenas unos metros. La Catedral de Santiago, inmensa y cavernosa, se había convertido en una trampa sofocante de tinieblas y confusión. Las figuras de los otros guardias eran sombras borrosas moviéndose en la niebla tóxica, tosiendo, confundidas, sin un blanco claro al que disparar.

Desde el altar, un rugido inhumano, gutural y terrible, resonó contra las paredes de piedra. Amaro emergió de la cortina de humo.

Su abrigo largo humeaba, con parches de tela chamuscada, y sus manos, con las que había intentado apagar las llamas con la piel desnuda, eran una masa de piel enrojecida y ampollas negruzcas. Con todo, sostenía el Códice contra su pecho. El libro estaba dañado, los bordes carbonizados, pero salvo.

El dolor no surtía efecto en el albino. Sus ojos, desprovistos de cejas y pestañas, brillaban con una demencia fanática en la penumbra roja de las alarmas.

—¡Herejes! —escupió Amaro. No corrió hacia ellos; caminó. Un paso pesado, inexorable, como la muerte misma abriéndose paso a través del infierno.

—¡Al transepto! —gritó Sarah, tirando de Elías.

La salida principal, el Pórtico de la Gloria, estaba bloqueada por la barrera de fuego que se extendía ya hacia los bancos de madera de la nave central, alimentada por las corrientes de aire que la propia arquitectura gótica generaba. El camino hacia la sacristía, en cambio, estaba cortado por Camiña y sus hombres restantes, que empezaban a reagruparse, tosiendo y cubriéndose la boca con las mangas de sus sotanas.

Solo quedaba una opción: internarse en el brazo cruzado de la catedral, hacia la Puerta de Platerías o la de Azabachería. Con suerte, las rejas estarían abiertas o la vieja cerrajería cedería.

Corrieron. O, más bien, Sarah corrió y arrastró a Elías, cuyo ritmo irregular marcaba un contrapunto cojo sobre la piedra. El humo picaba en los ojos, arrancando lágrimas que nada tenían que ver con el llanto. La garganta de Elías se cerró ante la bocanada de aire denso y abrasador.

Al llegar a la intersección del crucero, bajo la inmensa cúpula central, se detuvieron en seco.

El Botafumeiro, esa inmensa mole de latón plateado, colgaba inmóvil en la oscuridad superior, como un péndulo listo para dictar sentencia. Pero abajo, el camino hacia el brazo sur estaba bloqueado. Una reja de hierro forjado, que normalmente permanecía abierta durante el día, había sido bajada. A través de los barrotes, veían la salida a la Plaza de Platerías, la lluvia nocturna golpeando los adoquines exteriores, la libertad a diez metros de distancia.

Sarah sacudió la verja. Cerrada.

—¡Maldita sea! —gruñó, golpeando el metal frío con la palma de la mano.

Detrás de ellos, la luz naranja del fuego crecía, proyectando la sombra alargada y deforme de Amaro sobre el suelo. El sicario se acercaba, sin reparar en las quemaduras de sus manos, insensible al humo, con la navaja táctica brillando en su mano derecha. Había asegurado ya el libro en un bolsillo interno de su abrigo destrozado.

Estaban atrapados en el transepto. A un lado, la reja inamovible. Al otro, el fuego y los hombres de Camiña. Y de frente, cerrando el cerco, el monstruo que no sentía dolor.

Elías se apoyó en una columna, sintiendo cómo sus pulmones se debatían por el aire desesperadamente. Se limpió las gafas con un gesto automático, inútil, pues el hollín las volvió a ensuciar al instante.

—Sarah —susurró, su voz ronca por el humo—. No hay salida física.

Ella se volvió, los ojos negros brillantes de furia y cálculo, buscando una debilidad en la estructura, un arma, algo. Pero solo había piedra, humo y un enemigo que avanzaba con la persistencia de una pesadilla tangible.

CAPÍTULO 29: ASCENSO A LOS CIELOS

El calor ascendía por la espiral de piedra como el émbolo de una jeringa, empujándolos hacia arriba, siempre hacia arriba. Elías Varela sentía que la escalera de caracol se cerraba sobre sus hombros, un intestino de granito que digería el humo del incendio inferior para escupirlo hacia la noche.

—¡Mueve los pies, Elías! —El grito de Sarah Al-Fayed rebotó en las paredes curvas, distorsionado por la acústica tubular.

Elías no respondió. No le quedaba aire para palabras, apenas para la mecánica básica de la supervivencia. Su pierna derecha ya no enviaba señales de dolor agudo; había trascendido a una especie de rigidez eléctrica, una madera muerta que debía arrastrar escalón tras escalón. El bastón improvisado golpeaba la piedra con un ritmo sincopado, *clac, arrastre, jadeo*, una métrica de desesperación.

Cada vuelta de la hélice parecía idéntica a la anterior, una pesadilla geométrica sin fin. El sudor le escocía en los ojos, mezclado con el hollín graso que flotaba en el ambiente. Sus gafas, sucias y empañadas, resbalaban por el puente de su nariz, pero no se atrevía a soltar el pasamanos de cuerda roída para ajustarlas. Si caía ahora, bloquearía el paso a Sarah, o peor, rodaría hacia lo que venía detrás.

Porque algo venía.

No eran pasos apresurados. No había el frenesí caótico de una persecución estándar. Lo que resonaba abajo, filtrándose a través de las saeteras ciegas, era una cadencia metódica. Un ascenso predatorio.

—Ya veo el dintel —anunció Sarah, su voz tensa por el esfuerzo de tirar de él.

Una corriente de aire gélido, completamente ajena al infierno de la nave central, descendió por el hueco de la escalera. Chocó contra el aire caliente que subía, creando remolinos de ceniza que danzaban en la penumbra.

Sarah embistió la puerta de roble al final del tramo. La madera, hinchada por siglos de humedad gallega, protestó con un gemido de goznes oxidados antes de ceder.

El mundo cambió de golpe.

Salieron tambaleándose a la Cruz dos Farrapos. El cambio de presión fue violento. Dejaron atrás la asfixia roja del incendio para ser recibidos por la furia gris del Atlántico. El viento aullaba entre las torres, un lamento agudo que borraba cualquier sonido humano. La lluvia no caía; atacaba horizontalmente, miles de agujas líquidas clavándose en la piel expuesta.

Elías resbaló en cuanto su bota pisó el granito exterior. El suelo no era plano. Estaban sobre las cubiertas escalonadas de la catedral, una topografía de losas inclinadas diseñadas para expulsar el agua, no para acoger a los hombres.

—¡Cuidado! —Sarah lo agarró por la solapa de la chaqueta de tweed, evitando que se deslizara hacia las gárgolas que vomitaban agua al vacío.

El paleógrafo clavó el bastón en una grieta entre dos sillares y miró a su alrededor, tratando de orientarse a través de los cristales mojados. Estaban en el cruce de los tejados, bajo la inmensa sombra de la Torre del Reloj. El lugar era una pirámide de sacrificio

construida con la piedra más dura de la tierra, brillando negra bajo la tormenta. Abajo, en la Plaza de la Quintana, las luces de la ciudad eran manchas difusas, lejanas e indiferentes, separadas de ellos por treinta metros de caída vertical.

—Tenemos que llegar a la fachada del Obradoiro —gritó Sarah, señalando hacia el oeste, donde las dos torres principales perforaban las nubes bajas—. Si nos ven desde la plaza, la policía...

—El granito... es hielo —advirtió Elías, su voz un susurro que el viento casi devoró. Probó la estabilidad de su pierna mala sobre la superficie inclinada. La articulación protestó, amenazando con ceder bajo el cambio de ángulo. No había fricción. El musgo milenario, revivido por la lluvia, convertía cada losa en una trampa de aceite.

Un ruido metálico a sus espaldas, seco y definitivo, cortó el estruendo de la tormenta.

La puerta por la que habían salido se cerró de golpe.

Elías y Sarah se giraron al unísono. La silueta se recortaba contra la escasa luz que emanaba del hueco de la escalera antes de bloquearla por completo. El Peregrino estaba allí.

Amaro no parecía afectado por los elementos. Su abrigo largo, pesado por el agua, no ondeaba con el viento; colgaba de él como una armadura de plomo. La lluvia resbalaba por su cráneo afeitado sin que él parpadeara. Lo más aterrador no era el cuchillo curvo que sostenía en la mano derecha, ni el bulto cuadrado bajo su ropa donde guardaba el Códice robado.

Era su postura.

Mientras Elías se aferraba al granito con las uñas y Sarah flexionaba las rodillas buscando equilibrio, Amaro estaba plantado sobre la piedra mojada con una estabilidad antinatural. Sus pies no buscaban apoyo; sabían exactamente dónde estaba. Conocía cada desnivel, cada losa suelta, cada canalón de drenaje.

—No hay salida, Doctor Varela —la voz de Amaro llegó clara, proyectada con la técnica de un cantor de coro, atravesando la cortina de agua—. Este lugar fue diseñado para acercar a los hombres a Dios. O para enviarlos con Él.

Elías comprendió entonces la magnitud de su desventaja. No estaban simplemente huyendo de un asesino en un tejado. Habían entrado en el dominio de la Orden. Durante siglos, hombres como Amaro habían patrullado estas alturas, limpiando canalones, reparando tejas y vigilando la ciudad desde las sombras de las balaustradas.

El asesino dio un paso adelante. No caminaba; fluía sobre la piedra resbaladiza.

—Corre —dijo Sarah, empujando a Elías hacia el estrecho paso que bordeaba la nave central—. ¡Ve hacia la torre!

—¡No puedo correr! —replicó él, la frustración quebrándole la voz mientras su pierna inútil resbalaba centímetros vitales hacia el abismo.

—¡Entonces repta!

Sarah se interpuso entre el paleógrafo y el verdugo. Arrancó una teja de granito suelta, pesada y tosca, sopesándola en su mano como un arma prehistórica.

Amaro ladeó la cabeza, un gesto casi de curiosidad aviar.

—La mujer que defiende al escriba —dijo, avanzando otro paso sobre la pendiente letal sin siquiera mirar sus pies—. Una inversión del orden natural.

Elías, impulsándose con el bastón y las manos desnudas, comenzó un ascenso humillante por las lajas inclinadas del tejado a dos aguas. La piedra le raspaba las palmas, el frío le entumecía los dedos manchados de tinta. Miró atrás una vez.

Amaro no corrió hacia Sarah. Esperó el momento exacto en que una racha de viento desequilibró a la historiadora para atacar. Fue un movimiento económico, brutal. La navaja brilló con el reflejo de un relámpago lejano. Sarah esquivó el tajo al cuello por un milímetro, resbalando intencionadamente para ganar distancia, pero el tejado no perdonaba. Su caída controlada se convirtió en un deslizamiento peligroso hacia el borde del transepto.

—¡Sarah! —gritó Elías.

—¡Sigue! —bramó ella, clavando sus botas en una gárgola para frenar la caída justo en el límite.

Amaro ignoró a la mujer momentáneamente. Sus ojos de hielo se fijaron en Elías, quien luchaba contra la gravedad y la propia arquitectura. El asesino comenzó a subir tras él. No usaba las manos. Subía las escaleras de piedra de la cubierta con la facilidad de quien sube al altar mayor, acortando la distancia con cada zancada segura.

Elías llegó a la cumbrera del tejado. El viento allí arriba era una fuerza física, un muro invisible que intentaba derribarlo. A su izquierda, la caída hacia la Plaza de la Inmaculada; a su derecha, el abismo de la Quintana. Estaba en la espina dorsal de la bestia de piedra, expuesto a los cielos, con un depredador que no conocía el vértigo acercándose inexorablemente.

Miró hacia adelante. La Torre de la Carraca se alzaba a cincuenta metros, un refugio inalcanzable a través de un puente de piedra resbaladiza de apenas un metro de ancho.

Amaro estaba a diez pasos. Nueve.

Elías apretó el mango de su bastón hasta que los nudillos se le pusieron blancos. La lógica académica, los libros, la teoría... nada de eso servía aquí arriba. Solo quedaba la física de los cuerpos en movimiento y la ley de la gravedad.

CAPÍTULO 30: LA CRUZ DOS FARRAPOS

El aguacero había dejado de ser una simple condición atmosférica para mutar en un castigo bíblico. El agua no caía en gotas, sino en sábanas densas y heladas que golpeaban el granito con la fuerza de la grava arrojada, convirtiendo las cubiertas de la catedral en una pista de patinaje letal. La visibilidad se reducía a escasos metros; más allá, el mundo se disolvía en una negrura líquida, solo rota por el esporádico destello violento de los relámpagos que recortaban las torres contra el abismo.

Elías Varela retrocedió, arrastrando su pierna herida. La extremidad ya no transmitía sensaciones reconocibles; se había convertido en un lastre de madera muerta y nervios calcinados, un peso inerte que amenazaba con anclarlo a la muerte. Cada paso hacia atrás enviaba una descarga eléctrica desde el tobillo hasta la base del cráneo, nublándole la vista más que la propia lluvia.

Frente a él, recortado contra la tenue luz que emanaba de la claraboya de la Cruz dos Farrapos, el Peregrino avanzaba. Amaro no corría. No tenía necesidad. Se movía con la fluidez antinatural de quien ha caminado sobre abismos toda su vida, sus botas encontrando tracción donde solo había musgo y piedra jabonosa. El abrigo largo, empapado y pesado, no parecía estorbarle, sino que le otorgaba la silueta de un ave de rapiña plegando las alas antes del ataque final.

—La historia termina aquí, escriba —la voz de Amaro apenas se distinguía del aullido del viento, un gruñido monocorde y metálico.

En su mano derecha, la navaja táctica brilló bajo un relámpago, una extensión de acero quirúrgico que prometía un final rápido. Su mano izquierda presionaba contra el pecho el bulto del Códice, protegido bajo las capas de ropa técnica, como si fuera un segundo corazón.

Sarah Al-Fayed surgió de la oscuridad lateral como un espectro vengativo. No hubo grito de guerra, solo la respiración entrecortada de quien invoca sus últimas reservas de glucógeno. Se lanzó contra el flanco del asesino, buscando desequilibrarlo con el impulso de su propio cuerpo, usando su hombro como ariete.

El movimiento fue valiente, nacido de la desesperación, pero carecía de la precisión fría del Peregrino. Amaro pivotó sobre el talón con una economía de movimiento insultante. No bloqueó el impacto; lo redirigió. Su brazo armado trazó un arco corto y brutal.

Se escuchó el sonido húmedo de la tela y la carne separándose al unísono.

Sarah jadeó, un sonido ahogado y seco, y trastabilló hacia la balaustrada. Se llevó la mano al muslo derecho, donde la sangre comenzaba a mezclarse con el agua de lluvia, oscura y espesa. Cayó sobre una rodilla, resbalando en el granito pulido, su defensa estructural colapsada.

—Diletantes —escupió Amaro, sin dignarse a mirar a la mujer caída. Su atención volvió a centrarse en Elías, el verdadero objetivo, el hereje que osaba tocar lo sagrado.

Elías sintió que el pánico intentaba secuestrarle la garganta, cerrando su traquea con dedos invisibles. Buscó en su mente alguna cita, algún pasaje latino que le diera coraje, pero solo encontró el vacío blanco del terror. Su mano derecha, temblorosa, aferró el fragmento de su bastón roto como si fuera una espada, un gesto patético ante la eficacia letal del hombre que tenía enfrente.

Retrocedió otro paso y su talón chocó contra metal.

Elías bajó la vista un instante. Estaba acorralado contra los andamios de restauración que rodeaban la base de la chimenea de la Cruz dos Farrapos. La estructura tubular de acero vibraba con el viento. A sus pies, el suelo de la cubierta cambiaba: las losas milenarias daban paso a una sección levantada por los canteros modernos, marcada con tiza roja que la lluvia luchaba por borrar.

Su cerebro de paleógrafo, entrenado para detectar la más mínima inconsistencia en la tinta o el pergamino, procesó el entorno con una claridad repentina y absoluta. No vio armas. Vio patologías constructivas.

Observó la *schistosity* —la exfoliación— de las losas donde Amaro estaba a punto de pisar. Notó la mancha oscura y viscosa que cubría la piedra: *Verdín*. Una mezcla biológica de cianobacterias y hongos que, al mojarse, adquiría un coeficiente de fricción cercano al hielo. Y vio algo más: una cuña de madera de roble, insertada provisionalmente por los restauradores bajo una losa inestable del perímetro, hinchada por la humedad.

Amaro dio un paso. La distancia se cerró.

—No hay dónde ir, Elías. Entrégame la verdad.

El asesino estaba a dos metros. Elías sabía que no podía golpear a Amaro. Sería como golpear una pared de hormigón. Pero el paleógrafo no necesitaba romper al hombre; solo necesitaba editar el contexto.

Elías se dejó caer, no por el dolor de la pierna, sino en una genuflexión calculada. Soltó el bastón y sus manos se cerraron en torno a la pesada bolsa de cuero de su kit de restauración, que colgaba de su hombro.

—La verdad... —susurró Elías, su voz quebrada por el esfuerzo mientras giraba el torso— ...es que la piedra también se cansa.

Con un aullido que le desgarró los pulmones, Elías no lanzó la bolsa contra Amaro. La lanzó con toda su fuerza inercial contra la cuña de madera que sostenía la losa perimetral, justo a la derecha del pie de apoyo del asesino.

El impacto fue sordo, madera contra madera saturada. La cuña saltó.

La física dictó sentencia.

La losa de granito, de casi cien kilos, privada de su punto de apoyo y lubricada por el verdín y el torrente de agua, basculó violentamente como una trampa de un templo antiguo. El suelo bajo la bota izquierda de Amaro dejó de ser una certeza para convertirse en un plano inclinado de cuarenta y cinco grados.

Los ojos azul hielo de Amaro se abrieron, mostrando por primera vez una emoción humana: incredulidad.

Su pierna se disparó hacia el vacío. El asesino intentó compensar, buscando equilibrio con los brazos, pero la inercia ya había ganado la partida. Su mano derecha, la de la navaja, buscó desesperadamente aferrarse a algo, pero solo encontró aire y lluvia. Su mano izquierda, sin embargo, cometió el error fatal: se cerró aún más fuerte sobre el Códice bajo su abrigo.

Ese peso extra, esos escasos quinientos gramos de pergamino y cuero, desplazaron su centro de gravedad esos milímetros críticos hacia el abismo.

Elías vio el momento exacto en que la gravedad reclamó su diezmo. Amaro no gritó. Su disciplina era absoluta hasta el final. Simplemente desapareció del campo visual, tragado por la negrura más allá del parapeto.

Hubo un silencio terrible, solo ocupado por el rugido del viento, que pareció contener la respiración durante tres segundos eternos.

Luego, un sonido nauseabundo ascendió desde el patio inferior, setenta metros más abajo. No fue un golpe seco, sino el ruido

complejo y final de algo orgánico deshaciéndose contra la piedra inmutable de la Plaza de la Inmaculada. Un sonido húmedo, definitivo, que ningún libro de historia podría describir jamás.

Elías quedó congelado, arrodillado en el agua, con el pecho subiendo y bajando en espasmos dolorosos. La lluvia lavaba el barro de sus manos, pero no la sensación de haber cometido un acto irreversible. Se ajustó las gafas, un gesto puramente mecánico, inútil bajo el diluvio, sus dedos resbalando sobre la montura mojada.

Sarah se arrastró hacia él, dejando un rastro cobrizo que el agua diluía al instante. Su rostro estaba pálido, los labios azulados por el frío y la pérdida de sangre, pero sus ojos negros ardían con una intensidad febril.

—¿El libro? —preguntó ella, su voz apenas un hilo ronco.

Elías miró hacia el borde del abismo, donde la oscuridad había engullido tanto al verdugo como a la salvación.

—Abajo —respondió él, y la palabra le supo a ceniza y hierro—. Todo está abajo.

El viento cambió de dirección, golpeándoles de frente, trayendo consigo el olor a ozono y, muy levemente, el aroma metálico de la muerte que ascendía desde el suelo sagrado. Estaban vivos, pero la victoria tenía el sabor amargo de la catástrofe. El Códice, la llave de todo, yacía destrozado junto al cadáver de quien juró protegerlo destruyéndolo.

Elías intentó ponerse de pie, pero su pierna falló espectacularmente, enviándolo de nuevo contra el granito empapado. Esta vez no intentó levantarse. Se quedó allí, bajo el juicio implacable de la tormenta, comprendiendo que la caída de Amaro no era el final, sino el comienzo de un descenso mucho más largo para ellos.

CAPÍTULO 31: EL ÚLTIMO SERMÓN

El aguacero había transformado la atmósfera sobre Compostela en un fluido denso, casi sólido, que borraba los contornos del mundo. No era simple agua; era un telón de acero líquido que aislaba las cubiertas de la Catedral del resto de la civilización, ahogando las luces de la ciudad bajo un manto de oscuridad brumosa.

Elías Varela arrastraba los pies sobre las losas de granito inclinadas de la Cruz dos Farrapos. Su pierna herida ya no enviaba señales de alerta; se había convertido en un lastre muerto, un bloque de cemento atado a su cadera que rechinaba con cada paso, como si el hueso se hubiera convertido en grava dentro de la carne.

A su lado, Sarah Al-Fayed se apoyaba en una gárgola desgastada, respirando con dificultad. Su mano presionaba el costado, y aunque la lluvia lavaba cualquier rastro de sangre, la palidez de su rostro bajo los relámpagos intermitentes hablaba de un límite físico excedido hace horas.

—No podemos bajar por la torre norte —jadeó ella, su voz apenas audible sobre el rugido del viento—. La escalera de caracol... imposible en mi estado.

Elías asintió, ajustándose la bandolera de cuero empapado que contenía el Códice recuperado del cadáver de Amaro. El peso del

libro se sentía obsceno, una carga física desproporcionada para un puñado de pergaminos.

—La entrada de mantenimiento del cimborrio —sugirió él, señalando hacia la estructura central—. Si logramos forzar la puerta...

Una silueta se separó de la sombra de la Torre del Reloj, la Berenguela.

No hubo sonido de pasos. La figura simplemente emergió de la arquitectura, como si una de las estatuas de los reyes bíblicos hubiera decidido descender de su pedestal. La sotana negra, empapada y pesada, se pegaba al cuerpo del hombre, y el alzacuellos blanco brillaba con una luminosidad espectral en la penumbra.

Monsignor Camiña no corría. Caminaba con la paciencia de quien posee el tiempo.

Elías se detuvo. El instinto de huida se disparó en su cerebro, pero su cuerpo se negó a obedecer. Estaban atrapados en la cresta del tejado, con el abismo de la Plaza de la Quintana a un lado y la caída hacia Platerías al otro.

—Monseñor —dijo Elías. Su propia voz sonó extraña, metálica.

Camiña se detuvo a cinco metros. No llevaba paraguas. El agua resbalaba por su rostro severo, esculpido en la misma piedra que el templo que custodiaba. En su mano derecha, pegada al muslo, sostenía una pistola negra, un objeto moderno y feo que rompía la armonía gótica del escenario.

—Elías. —El tono era suave, casi paternal, el mismo que usaba en las tutorías de los jueves por la tarde hace una década—. Me temo que has ido demasiado lejos.

Sarah intentó enderezarse, pero un espasmo de dolor la obligó a doblarse de nuevo. Camiña ni siquiera la miró; sus ojos estaban fijos en su antiguo alumno.

—Tengo el libro —Elías se quitó la bandolera lentamente, levantando las manos para mostrar que no era una amenaza. El movimiento hizo que su hombro protestara, pero ignoró el pinchazo—. Es lo que quería, ¿verdad? La ubicación de la tumba verdadera. El secreto de los priscilianistas. Tómelo. Déjenos ir.

Lanzó la bolsa. El cuero golpeó la piedra mojada y se deslizó hasta detenerse a los pies del sacerdote.

Camiña bajó la mirada hacia el objeto, pero no hizo ademán de recogerlo. Una sonrisa triste, cargada de una melancolía infinita, curvó sus labios.

—¿Aún crees que esto se trata de papel y tinta? —preguntó el Monseñor, pateando la bolsa con desdén. El Códice resbaló unos centímetros hacia el borde del tejado—. Ese libro es un artefacto peligroso, sí. Pero ya es irrelevante.

Elías sintió un vacío en el estómago, más frío que la lluvia.

—¿Irrelevante? Ha enviado a un asesino a matar por él. Amaro murió por eso.

—Amaro murió porque era una herramienta roma. Útil, pero desechable. —Camiña levantó el arma lentamente, apuntando al pecho de Elías—. No necesito el Códice, hijo mío. Lo que necesito es silencio. La historia no es lo que ocurrió; es lo que se escribe después. Y para escribir la versión correcta, necesito borrar a los testigos de la versión herética.

La revelación golpeó a Elías con la fuerza de una certeza matemática. Camiña no era un buscador de tesoros; era un censor. El censor definitivo.

—Lo sabe —susurró Elías. La lluvia le entraba en la boca, con sabor a hierro y electricidad—. Usted sabe lo que hay en la tumba.

Camiña amartilló el arma. El chasquido mecánico fue nítido a pesar de la tormenta.

—Sé que es la piedra angular de nuestra fe.

—No es una piedra angular —replicó Elías, dando un paso adelante. La lógica, su vieja amiga, acudió al rescate, desplazando al miedo—. Es uraninita. O quizás pechblenda enriquecida. Un meteorito, sí, pero no divino.

La expresión de Camiña vaciló por una fracción de segundo. El cañón de la pistola no tembló, pero sus ojos se entrecerraron.

—¿De qué hablas?

—Leí las notas marginales del Beato de Liébana que usted escondió en el archivo, Monseñor. —Elías hablaba rápido, atropellando las palabras, usando la verdad como un escudo—. Los monjes que custodiaban la tumba original en el siglo IX... todos morían igual. Llagas que no sanaban. Caída de dientes y cabello. Vómitos de sangre.

Sarah levantó la cabeza, comprendiendo de golpe.

—Radiación —murmuró ella.

—El "Fuego Invisible" —continuó Elías, elevando la voz para sobreponerse al viento—. Ustedes no custodian un milagro. Custodian un isótopo radiactivo caído del cielo. La *Malignitas* de la que habla el Códice no es demoníaca, es física. Es veneno estelar.

Un relámpago iluminó el rostro de Camiña. Parecía un cadáver exhumado, pálido y demacrado. Por primera vez, Elías notó las manchas en las manos del sacerdote, las mismas lesiones que había visto en las ilustraciones medievales.

Camiña lo sabía. Y estaba enfermo.

—El sufrimiento purifica —dijo el sacerdote, su voz ahora un susurro ronco, desprovisto de la máscara de bondad—. Dios nos prueba con su cercanía. Su luz quema a los indignos.

—Eso no es luz —gritó Elías, la furia académica hirviendo en su garganta—. ¡Es física nuclear! ¡Está matando a sus propios hermanos por una roca tóxica! Si reescribe la historia, si oculta esto, condenará a generaciones de inocentes a adorar un reactor nuclear sin blindaje.

—Es un misterio que no te corresponde desvelar.

El dedo de Camiña se tensó sobre el gatillo. No había duda en su postura. La fe ciega había devorado al hombre racional que alguna vez fue. Iba a disparar. Iba a sacrificar a su Isaac en el altar de granito.

Elías miró el agujero negro del cañón. No vio su vida pasar ante sus ojos. Solo vio la ironía de morir en el tejado que había estudiado en los libros, asesinado por el hombre que le enseñó a leerlos.

—Adelante —desafió Elías, sosteniendo la mirada gris del anciano—. Conviértame en mártir. Pero recuerde: los huesos cuentan historias que el papel no puede ocultar.

Camiña cerró los ojos un instante, una plegaria silenciosa antes de la ejecución.

—*In nomine Patris...*

Un destello de movimiento, ajeno a la lluvia y al viento, captó la visión periférica de Elías.

En lo alto del cimborrio, a unos diez metros sobre sus cabezas, una de las ventanas estrechas de la linterna estaba abierta. No había luz en el interior, pero la negrura recortaba una forma humana. Una silueta compacta, profesional, que no pertenecía a la arquitectura eclesiástica.

Elías reconoció el perfil de un arma larga apoyada en el alféizar de piedra.

—Monseñor —dijo Elías, su voz bajando a un tono urgente, casi compasivo—, mire arriba.

Camiña abrió los ojos, confundido por el cambio de tono. No miró hacia arriba. Su arrogancia le impedía creer que hubiera alguien más en su dominio.

—No alargues lo inevitable, Elías.

—No lo hago por mí. Lo hago por usted. No termine esto como un carnicero.

Entonces, un punto rojo, minúsculo y vibrante como un insecto de luz, apareció sobre el pecho de la sotana empapada de Camiña, justo sobre el corazón.

El sacerdote bajó la vista, fascinado por la pequeña mancha de luz láser que bailaba sobre la tela negra. Su mano armada comenzó a temblar.

Desde la ventana alta del cimborrio, una voz amplificada, distorsionada por el viento pero inconfundiblemente autoritaria, rompió el sermón.

—*Policía Nacional. Suelte el arma. Ahora.*

Era Valdés. El inspector había subido. La "intervención divina" vestía chaleco antibalas.

Camiña miró hacia la ventana, luego a Elías, y finalmente al abismo de la plaza a su espalda. La comprensión amaneció en su rostro: su narrativa había sido interrumpida. El control absoluto se había roto.

Elías contuvo el aliento. La pregunta flotaba en el aire cargado de ozono: ¿se rendiría el fanático, o completaría su último rito de sangre?

Camiña volvió a alzar el arma hacia Elías, una sonrisa de mártir iluminando su rostro enfermo.

—La historia la escriben los vencedores, Elías. Pero la leyenda... la leyenda pertenece a los muertos.

CAPÍTULO 32: LA CAÍDA DEL ÍDOLO

La lluvia, lejos de limpiar el escenario, parecía querer borrarlo, disolver la piedra y la carne en un mismo borrón grisáceo. Elías Varela observó, a través del velo de agua que empapaba sus lentes, cómo la tensión del mundo se rompía no con un estruendo, sino con un colapso silencioso.

El inspector Valdés no gritó. No hubo órdenes teatrales. Simplemente avanzó, una sombra compacta y eficiente recortada contra la oscuridad del cielo gallego. Su bota impactó con sequedad contra la muñeca de Monsignor Camiña, apartando la pistola Walther que resbaló por las tejas de granito hasta detenerse en el canalón. El prelado no opuso resistencia; su cuerpo, envuelto en los ornamentos litúrgicos que ahora parecían un sudario pesado y ridículo, se desplomó sobre la cubierta.

Elías sintió que la gravedad se duplicaba. La adrenalina, esa marea química que lo había sostenido durante la última hora, se retiraba dejándolo varado en la orilla de su propia debilidad física. Intentó dar un paso hacia el inspector, pero su pierna derecha se rebeló. No fue un dolor agudo, sino una ausencia repentina de soporte, como si el fémur se hubiera convertido en cristal molido incapaz de sostener la estructura. Tuvo que aferrarse a la gárgola de piedra para no caer, sintiendo cómo el muslo ardía con una fiebre local y densa, un fuego que nada tenía que ver con la temperatura helada de la noche.

—Asegurado —dijo Valdés, con voz plana, enfundando su arma. El sonido metálico del seguro al entrar fue el punto final de la violencia.

El inspector se arrodilló junto a Camiña. Elías, arrastrando el peso muerto de su extremidad herida, se obligó a acercarse. Necesitaba ver. Necesitaba confirmar que el hombre que había dominado sus pesadillas académicas y físicas ya no era una amenaza.

El rostro del Monsignor estaba vuelto hacia el cielo, recibiendo el diluvio con los ojos abiertos. Había una palidez cerúlea en su piel que contrastaba con la púrpura cardenalicia de su estola empapada. El pecho se le movía con espasmos irregulares, estertores de una maquinaria que se queda sin combustible.

Valdés presionó dos dedos contra el cuello del anciano, buscando un pulso que se desvanecía.

Los labios de Camiña, azules por la hipoxia y el frío, temblaron. Elías se inclinó, ignorando el vértigo que amenazaba con enviarlo al suelo. Esperaba una última maldición, una cita en latín que condenara su alma o justificara la masacre.

—*Stella*... —susurró el prelado.

La palabra salió envuelta en una burbuja de sangre y saliva. No fue un grito de guerra, sino una súplica, o quizás un reconocimiento final. La mirada del anciano se desenfocó, perdiendo el brillo de fanatismo que la había caracterizado, volviéndose tan inerte y vacía como las estatuas que adornaban la fachada del Obradoiro.

Valdés retiró la mano y miró a Elías. Negó con la cabeza una sola vez.

Elías se quedó mirando el cadáver. Debería haber sentido alivio, o quizás esa euforia vindicativa que describen las novelas baratas. En su lugar, sintió un hueco inmenso en el estómago. Allí yacía una de las mentes más brillantes de la Iglesia, un archivo viviente de conocimientos prohibidos, reducido a materia orgánica enfriándose bajo la lluvia. El "ídolo" había caído, pero al hacerlo, había dejado

claro que la historia no la escriben los vencedores, sino los supervivientes, y el precio de sobrevivir era esta desoladora tristeza.

Un estallido de luz azul rompió la atmósfera gótica.

El zumbido de una sirena, distorsionado por el viento, anunció la intrusión del mundo moderno en aquel enclave medieval. El acceso a las cubiertas se iluminó con haces de linternas tácticas y el amarillo chillón de los uniformes de emergencia.

—¡Aquí! —gritó Valdés, haciendo señales con su linterna hacia la puerta de la torre. —¡Necesitamos estabilización inmediata!

Elías giró sobre sus talones, un movimiento que envió una descarga eléctrica desde su rodilla hasta la cadera, obligándole a morderse el labio para no gritar. Pero el dolor era irrelevante. Su mente, que había estado fija en el enemigo, pivotó violentamente hacia la única variable que importaba.

Sarah.

Estaba tendida sobre las lajas de piedra, donde él la había protegido con su propio cuerpo minutos antes. Parecía pequeña en la inmensidad de la catedral, un bulto oscuro apenas distinguible de las sombras.

Los paramédicos llegaron como una invasión de langostas eficientes, cargados con maletines naranjas y hablando en una jerga médica rápida y cortante que se superponía al sonido de la tormenta. Elías se vio empujado suavemente hacia un lado por un técnico sanitario.

—Señor, necesito que se aparte. Déjenos trabajar.

Elías quiso protestar, explicar que él era el único que entendía la estructura de lo que estaba pasando, pero su voz se le atragantó. Se sintió inútil, un espectador en su propia tragedia. Vio cómo cortaban la tela de la cazadora de Sarah, cómo colocaban vías intravenosas con una precisión coreografiada.

Se dejó caer sentado sobre un saliente de piedra, incapaz de mantenerse vertical un segundo más. Se quitó las gafas, no para limpiarlas, sino porque ya no quería ver los detalles. El mundo desenfocado era más soportable: manchas de color moviéndose rápido, luces estroboscópicas rebotando en el agua.

—Elías.

La voz fue un hilo apenas audible, ronca y débil, pero cortó a través del caos auditivo con la precisión de un bisturí.

Elías se colocó las gafas torpemente. Sarah lo buscaba con la mirada. Tenía una máscara de oxígeno sobre el rostro, que se empañaba con cada exhalación rítmica. A pesar de la palidez mortal de su piel olivácea y la sangre que manchaba su frente, sus ojos negros conservaban esa intensidad feroz, ese fuego que se negaba a extinguirse.

Él se arrastró hasta quedar a su lado, ignorando las miradas de reproche de los sanitarios.

Sarah levantó la mano izquierda. El movimiento fue lento, tembloroso, luchando contra la gravedad y el shock. Sus dedos, manchados de hollín y polvo de siglos, buscaron el vacío.

Elías no lo dudó. Envolvió la mano de ella con la suya.

El contacto fue un ancla. La piel de Sarah estaba fría, húmeda, pero el agarre era firme. No había palabras románticas, ni promesas de futuro. Solo la confirmación táctil y brutal de que seguían allí. De que el abismo los había mirado y, por esta vez, había parpadeado primero.

Elías apretó los dedos de ella, sintiendo los callos de su propia mano rozar contra la suavidad de la muñeca de la historiadora, justo sobre el tatuaje del astrolabio. En ese gesto silencioso, bajo la lluvia que no cesaba sobre Compostela, comprendió que el códice, el meteorito y la herejía eran secundarios.

La única verdad absoluta que importaba en ese momento era el calor tenue de esa mano en la suya.

CAPÍTULO 33: CENIZAS Y SILENCIOS

El zumbido aséptico de los tubos fluorescentes había reemplazado al rugido de la tormenta. No olía a incienso rancio ni a piedra mojada, sino a desinfectante industrial y a la comida hervida que circulaba en carritos por el pasillo.

Elías Varela observó las grietas del techo de la habitación 402 del Hospital Clínico. Su pierna derecha, encerrada ahora en una escayola rígida hasta la rodilla, se sentía ajena, como un lastre de plomo fondeado en las sábanas almidonadas. La atroz mordedura que lo había atormentado en la torre se había transformado en una presión constante, una densidad geológica que le recordaba su fragilidad biológica cada vez que intentaba acomodarse.

Giró la cabeza hacia la cama contigua. Sarah Al-Fayed dormitaba, o fingía hacerlo. Tenía el brazo izquierdo en cabestrillo y un apósito cuadrado sobre el pómulo, ocultando el corte que la mampostería le había regalado en la cornisa. Incluso en reposo, su cuerpo mantenía una tensión defensiva, como un resorte comprimido listo para saltar ante el menor ruido.

La puerta se abrió sin previo aviso, pero sin violencia.

El Inspector Valdés entró trayendo consigo el aroma a tabaco frío y lluvia reciente. No vestía el uniforme táctico empapado de hacía dos noches, sino una gabardina gris que le hacía parecer más ancho y

más cansado. Arrastró una silla de visita de plástico naranja y la colocó en el espacio neutral entre ambas camas.

Sarah abrió los ojos al instante. Sus pupilas, negras y alertas, no mostraron sorpresa, solo cálculo.

—Inspector —saludó ella con voz ronca.

—Doctores. —Valdés se sentó, exhalando un suspiro que pareció vaciarle los pulmones—. Espero que el servicio de habitaciones sea de su agrado. Dicen que el caldo gallego de la cafetería resucita a los muertos, aunque en mi experiencia, solo los mantiene tibios.

Elías buscó la montura de sus gafas en la mesilla de noche. Sus dedos tropezaron con el metal frío antes de colocárselas, devolviendo al mundo sus contornos definidos.

—Supongo que no ha venido a discutir sobre gastronomía hospitalaria —murmuró el paleógrafo.

Valdés sacó una carpeta fina del interior de su abrigo y la dejó sobre sus rodillas. No la abrió. Tamborileó los dedos sobre la superficie de cartón.

—El Arzobispado ha emitido un comunicado hace una hora. —El policía fijó su vista en la ventana, donde las gotas de lluvia distorsionaban las luces de Santiago—. Monseñor Camiña sufrió un brote psicótico agudo inducido por el estrés de su cargo. Al parecer, llevaba meses ocultando una demencia progresiva.

—¿Demencia? —Sarah se incorporó ligeramente, haciendo una mueca cuando sus costillas protestaron—. Era un fanático lúcido, Inspector. Sabía exactamente lo que hacía.

—Para el mundo, era un anciano enfermo que, en su delirio, provocó un incendio accidental en las cubiertas mientras intentaba realizar una reparación no autorizada en el sistema eléctrico. —Valdés recitó la historia con la monotonía de quien lee una lista de la compra—. Un final trágico. Cayó desde la Torre de la Carraca presa del pánico.

Elías sintió un sabor metálico en la boca. La narrativa era perfecta. Limpia. Absolvía a la Iglesia de tener una secta asesina en su seno y convertía a un verdugo en una víctima de la senilidad.

—¿Y nosotros? —preguntó Elías, clavando su mirada gris en el policía—. ¿Cuál es nuestro papel en esta fábula?

—Ustedes son dos académicos valientes que, al notar el humo desde la plaza, intentaron subir a socorrer al pobre Monseñor. Lamentablemente, llegaron tarde para salvarlo, pero lograron sobrevivir al derrumbe parcial de la estructura. Héroes cívicos. —Valdés finalmente los miró a los ojos. Había una advertencia severa en su expresión—. El caso está cerrado, doctores. No hay asesinos, no hay conspiraciones milenarias y, definitivamente, no hay ningún evangelio apócrifo.

—El Códice —intervino Sarah, tensando la mandíbula—. ¿Qué dice el informe sobre el libro?

Valdés señaló imaginariamente hacia el exterior.

—Cenizas. Los bomberos encontraron restos de pergamino calcinado junto al cuerpo. Una pérdida irreparable para el patrimonio histórico, sin duda, pero el fuego purifica muchas cosas. Incluyendo las pruebas que podrían complicar la vida a gente que solo quiere volver a sus bibliotecas.

El mensaje era cristalino. Aceptaban la mentira y quedaban libres, o contaban la verdad y se enfrentaban a un sistema que los aplastaría antes de que pudieran decir "Prisciliano".

El silencio se estiró en la habitación, denso y cargado. Elías notó cómo la sangre bombeaba con fuerza en sus sienes. Era la salida fácil. La salida cobarde. La única salida lógica.

—Entendemos —dijo Elías, recostándose de nuevo contra la almohada. La rigidez de la escayola le impedía cruzar las piernas, un hábito que su cuerpo echaba en falta.

Valdés asintió, una sola vez, lento y solemne. Se puso de pie, haciendo crujir sus rodillas.

—Me alegra oír eso. Tienen el alta médica programada para mañana por la mañana. Les sugiero que se tomen unas vacaciones. Lejos de las iglesias.

El inspector caminó hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el pomo. No se giró.

—Por cierto, Varela. Mis agentes recuperaron sus efectos personales de la torre. Están en esa bolsa del armario. Revisé el inventario. Todo parece estar en orden: cartera, llaves, un encendedor Zippo sin gasolina... y mucha basura de papel en los bolsillos. Nadie se pone a leer la basura de un hombre herido. Es de mala educación.

Sin esperar respuesta, Valdés salió y la puerta se cerró con un chasquido definitivo.

Sarah esperó diez segundos completos antes de hablar.

—Se acabó —dijo, dejando caer la cabeza hacia atrás. Su voz sonaba vacía, despojada de la adrenalina que la había sostenido durante días—. Camiña ganó. Se llevó el secreto a la tumba y nosotros nos quedamos con las cicatrices y una historia falsa.

Elías no respondió de inmediato. Su atención estaba centrada en el armario metálico empotrado en la pared.

—Sarah, ¿podrías pasarme la bolsa de plástico que está ahí? Mi movilidad es... reducida.

La historiadora lo miró con el ceño fruncido, extrañada por el cambio de tema, pero obedeció. Se deslizó fuera de la cama con cuidado, arrastrando los pies descalzos por el linóleo frío, y le lanzó la bolsa blanca con el logo del hospital sobre el regazo.

—¿Buscas el móvil? No creo que tengamos cobertura para llamar a la prensa, Elías. Acabamos de pactar silencio.

Elías ignoró el comentario. Abrió la bolsa con manos que temblaban ligeramente, no por miedo, sino por la anticipación eléctrica que solo sentía ante un descubrimiento. Apartó la cartera de cuero empapada y el Zippo abollado. Buscó en el fondo, donde descansaba su chaqueta de tweed hecha un guiñapo, con la manga desgarrada y manchada de hollín.

Metió la mano en el bolsillo interior, palpando a través de la lana húmeda.

—Valdés tiene razón en una cosa —dijo Elías, su voz bajando a ese susurro reverencial que usaba en las salas de lectura—. Nadie revisa la basura si parece basura.

Sus dedos se cerraron sobre algo que no era un pañuelo usado ni un recibo de cafetería. Extrajo un pliego de pergamino doblado en cuatro partes. El material era resistente, piel de animal curada hace novecientos años, capaz de sobrevivir a la humedad y al trato rudo.

Sarah se quedó paralizada al pie de la cama. Sus ojos negros se abrieron desmesuradamente.

—No... —susurró ella—. Me dijiste que lo tenías en la mano cuando Camiña te atacó. Dijiste que se cayó.

—Dije que perdí el Códice. Y es verdad. El volumen encuadernado cayó al vacío. —Elías desplegó el pergamino con infinita delicadeza, alisando los pliegues sobre la sábana blanca. La tinta ferrogálica brillaba oscura y desafiante bajo la luz artificial—. Pero en el atrio, antes de subir, cuando noté que la encuadernación estaba suelta... tuve un momento de debilidad profesional. O de previsión.

Sarah se acercó, olvidando el dolor de sus costillas. Se inclinó sobre el documento.

Era la última página. El mapa final.

No era un mapa geográfico convencional. Era una superposición de líneas arquitectónicas y constelaciones. El dibujo mostraba una

sección transversal de un monte, y bajo él, una cámara excavada en la roca viva. Pero lo que destacaba era la inscripción al margen, escrita en un latín apresurado, diferente a la caligrafía monástica del resto del libro.

—*Sub stellae umbra* —leyó Sarah, traduciendo al vuelo—. Bajo la sombra de la estrella.

—Camiña murió murmurando "Stella" —recordó Elías. Se quitó las gafas y las limpió con el borde de la sábana, un gesto autómata para ganar tiempo y procesar la imagen—. No llamaba a nadie. Estaba citando la ubicación.

Sarah trazó con el dedo índice una línea sinuosa dibujada en el mapa que conectaba la Catedral con una elevación geográfica al sureste.

—El Pico Sacro —identificó ella. Su voz recuperaba el filo, la autoridad académica—. La leyenda dice que allí fue donde los discípulos domaron a los toros salvajes para trasladar el cuerpo de Santiago. Pero geológicamente es un sistema de cuevas de cuarzo.

—Y según esto —Elías señaló un punto marcado con una estrella negra invertida—, es donde la herejía escondió lo que fuera que trajeron de Egipto. No en la Catedral. La Catedral es el señuelo, la cáscara vacía para los turistas y los fieles. El verdadero *Sanctum* está en la montaña.

Se miraron. El ambiente de derrota se había evaporado, reemplazado por una gravedad vertiginosa. Ya no había sicarios persiguiéndolos. Camiña estaba muerto. La policía había cerrado el caso. Nadie los buscaba. Nadie esperaba nada de ellos excepto que se fueran a casa a lamerse las heridas.

Podían parar. Podían quemar esa página en el baño y volver a sus vidas de clases aburridas y artículos académicos que nadie leía.

Sarah apoyó las manos en la barandilla de la cama de Elías. Una sonrisa lenta, peligrosa y brillante, se dibujó en su rostro cansado.

—Tengo el alta mañana a las nueve —dijo ella.

Elías volvió a ponerse las gafas. La nitidez del mapa ante sus ojos era la única medicina que necesitaba. Sintió el peso muerto de su pierna, pero ya no le pareció un ancla, sino un precio aceptable.

—Mi coche sigue aparcado cerca de la facultad —respondió él—. Es automático. Puedo conducir con la izquierda.

Sarah asintió, tomando el pergamino y volviéndolo a doblar con cuidado para guardarlo, esta vez, en su propio bolsillo.

—Entonces, Elías, parece que tenemos una excursión pendiente.

Fuera, la tormenta amainaba, pero dentro de la habitación 402, acababan de decidir caminar directamente hacia el ojo del huracán.

CAPÍTULO 34: LA PUERTA TAPIADA

La lluvia en Compostela esa noche no era un fenómeno meteorológico, sino un telón de acero líquido que aislaba la plaza del Obradoiro del resto del mundo. Bajo el amparo de un paraguas negro, Elías Varela observaba el lector de tarjetas situado en la entrada lateral de servicio, la que daba acceso directo a los niveles inferiores de la estructura catedralicia. Su mano libre apretaba la empuñadura de un bastón de madera, una adquisición necesaria tras el alta hospitalaria. La rodilla derecha no le enviaba señales de dolor agudo, sino una rigidez de hormigón fraguado, una pesadez que convertía cada paso en una negociación consciente con la gravedad.

Sarah Al-Fayed, con el cabello oculto bajo la capucha de un impermeable técnico, sostuvo su tarjeta de identificación de la UNESCO frente al sensor. El plástico estaba arañado, un veterano de excavaciones en Petra y El Cairo.

—La burocracia eclesiástica se mueve en siglos, no en días —murmuró ella, con la voz apenas audible sobre el repiqueteo del agua contra la piedra—. Para el sistema, sigo siendo la consultora externa encargada de la evaluación estructural.

El diodo del lector parpadeó en rojo una vez. Elías contuvo el aliento, sintiendo cómo la humedad se filtraba a través de las suelas de sus

zapatos. Si Valdés había mentido, si la alerta saltaba, aquella incursión terminaría en una celda antes de empezar.

El diodo cambió a verde. Un chasquido mecánico liberó la cerradura.

Empujaron la puerta de roble reforzado y se deslizaron hacia el interior, dejando atrás el rugido de la tormenta para entrar en el silencio denso y cargado de incienso frío de la catedral dormida. Elías sacudió el agua de su abrigo de tweed. El olor allí dentro era distinto al de la nave principal; olía a tierra removida, a salitre y a la respiración pausada de un edificio que había visto nacer y morir imperios.

—Los guardias de seguridad privada hacen la ronda del claustro cada cuarenta minutos —informó Sarah, consultando el reloj luminoso en su muñeca—. Tenemos una ventana de veinte para llegar a la Cripta del Pórtico.

Descendieron por la escalera de caracol. Elías tuvo que apoyar todo su peso en el barandal de hierro forjado, bajando la pierna sana primero, arrastrando la lesionada después. La articulación crujía, una bisagra oxidada que se resistía al movimiento, pero la adrenalina de la búsqueda actuaba como un lubricante temporal para su mente. Ya no era el académico paralizado por el miedo; la curiosidad se había convertido en un imperativo biológico.

Llegaron al nivel de los cimientos. La Cripta, diseñada por el Maestro Mateo para sostener la gloria celestial del pórtico superior, era un bosque de columnas bajas y arcos robustos. Las luces de emergencia bañaban la piedra de granito en un tono ámbar fantasmal, creando sombras que se estiraban como dedos acusadores entre los pilares.

—Según la superposición del mapa estelar y los planos del siglo XII —susurró Elías, ajustando el puente de sus gafas con el índice, un gesto que ahora realizaba con una economía de movimiento casi militar—, la "Estrella Negra" no marca el altar mayor. Marca el soporte central. La base de la columna del parteluz.

Sarah avanzó con pasos de gato, sus botas de montaña absorbiendo el impacto contra las losas irregulares. Se detuvo frente a un arco ciego en la zona norte, un área acordonada con cinta de "Peligro: Restauración" que llevaba allí meses, ignorada por los turistas y los guías.

—Aquí —señaló ella.

La pared del fondo no era original. Mientras que los sillares circundantes mostraban la pátina verdosa de novecientos años de humedad, el centro del arco estaba cubierto por una mampostería más limpia, un mortero que, aunque intentaba imitar el estilo románico, carecía de las cicatrices del tiempo. Era un parche. Un ocultamiento.

Sarah extrajo de su mochila una maza pequeña y un cincel de punta ancha. No había tiempo para la delicadeza de un pincel arqueológico.

—Vigila el pasillo —ordenó, poniéndose en cuclillas.

Elías se giró, dando la espalda a la obra. Sus ojos miopes escudriñaron la oscuridad del deambulatorio inferior. El silencio era absoluto, salvo por el sonido rítmico, seco y sofocado del metal mordiendo la piedra. *Clac. Clac. Clac.* Cada golpe resonaba en su pecho más que en la bóveda. Se imaginó al *Peregrino*, a Amaro, surgiendo de las sombras, pero el único movimiento era el polvo que comenzaba a bailar en el haz de luz de la linterna de Sarah.

—El mortero es poroso —dijo ella, con la respiración entrecortada por el esfuerzo—. Quien selló esto quería poder volver a entrar. O tenía prisa.

Un sonido de desmoronamiento anunció el éxito. Elías se giró. Sarah había abierto un hueco del tamaño de una cabeza humana en la parte inferior del tabique. Un aire viciado, con un sabor metálico que secaba la garganta, brotó de la apertura. No olía a muerte, ni a podredumbre. Olía a energía estática, como el aire justo antes de que caiga un rayo.

Sarah amplió el agujero lo suficiente para meter el brazo y la linterna.

—No es un pasadizo —anunció, con la voz teñida de extrañeza—. Es un nicho. Una cista de fundación.

Elías se acercó, olvidando la rigidez de su pierna. Se arrodilló junto a ella, ignorando la punzada de protesta que subió por su muslo. Sarah iluminó el interior.

Allí, encajonada en la roca viva sobre la que se asentaba la catedral, había una caja. No era de madera, que se habría podrido, ni de hierro, que se habría oxidado hasta desaparecer. Era gris, opaca y pesada.

—Plomo —susurró Elías. La palabra salió de sus labios con reverencia y temor.

—¿Por qué plomo? —preguntó Sarah—. Los relicarios suelen ser de plata, de oro, o madera noble. El plomo se usa para tuberías, para tejados... o para aislar.

—Los romanos usaban cajas de plomo para las *defixiones*, maldiciones enterradas —teorizó él, su mente corriendo a través de catálogos de arqueología—. Pero esto... la forma es cúbica perfecta.

Sarah metió ambas manos y, con un gruñido de esfuerzo, arrastró el objeto hacia afuera. Pesaba una enormidad para su tamaño, unos treinta centímetros de lado. La superficie estaba lisa, sin inscripciones, sin cruces, sin símbolos sagrados. Una anomalía brutalista en medio del arte sacro.

Elías pasó los dedos por la superficie fría y jabonosa del metal. Sintió una vibración, no física, sino una especie de zumbido en las yemas de los dedos, como si el objeto tuviera una frecuencia propia.

—Espera —Sarah se apartó bruscamente, como si la caja la hubiera quemado. Buscó en el bolsillo lateral de su pantalón cargo y sacó un

dispositivo amarillo, un contador Geiger portátil que usaba en yacimientos con riesgo de radón.

—¿Qué haces? —preguntó Elías, aunque una parte de su cerebro, la que conectaba la historia con la física, empezaba a formar una imagen aterradora.

—El Códice hablaba de "luz invisible", de "fuego que no quema pero enferma" —dijo Sarah, encendiendo el aparato.

Acercó el sensor a la caja de plomo.

El silencio de la cripta se rompió.

Crrrk. Crrrk-crrrk. Crrrrrrrrrrk.

El sonido era errático, agresivo, el crepitar de un fuego invisible. La aguja digital en la pantalla saltó de la zona verde a la amarilla, rozando la roja.

Elías retrocedió instintivamente, tropezando con su propio bastón. Miró la caja con nuevos ojos. Ya no veía un artefacto histórico. Veía el núcleo de la leyenda.

—No es una reliquia de un santo —dijo, la voz temblorosa por la revelación—. *Lapis Stellarum*. La Piedra de las Estrellas.

—Es un meteorito —completó Sarah, mirando la lectura con una mezcla de horror y fascinación científica—. Un fragmento de material extraterrestre con alta radiación residual. Por eso el plomo. No lo protegían para que no lo robaran. Lo encerraron para que no matara a los peregrinos.

Elías se quitó las gafas, limpiándolas en la solapa de su chaqueta con movimientos rápidos y nerviosos, tratando de procesar la magnitud del engaño.

—La herejía no era teológica —susurró, volviendo a colocarse los lentes para ver el mundo con una claridad hiriente—. Era física. No

adoraban a un mártir decapitado. Veneraban lo que cayó del cielo. La estrella que guio a los pastores... era radiactiva.

El sonido del contador Geiger llenaba el espacio, un repiqueteo moderno que confirmaba una verdad antigua: la ciencia y la fe se habían encontrado en el sótano de la cristiandad, y lo que había dentro de esa caja podía reescribir la historia o envenenar a quien se atreviera a abrirla.

CAPÍTULO 35: EL FIN DEL CAMINO

El zumbido del aparato en la mano de Sarah Al-Fayed no era un ritmo; era una estática furiosa, similar al sonido de la lluvia golpeando un techo de chapa, pero sin la promesa de agua. Era el sonido de partículas invisibles colisionando contra el sensor, una advertencia de muerte silenciosa.

Frente a ellos, en el hueco irregular abierto tras el muro norte de la cripta, reposaba el objeto. No era un arca de oro, ni un osario de mármol tallado por ángeles. Era una caja de plomo, abollada, grisácea, fea. La tapa había sido desplazada ligeramente, quizás por la vibración de las obras recientes o por la mano imprudente de quien intentó sellar aquello con cemento barato.

Elías Varela se apoyó contra la jamba de piedra. Su pierna derecha se sentía ajena, un bloque de madera pesada que terminaba en un tobillo hinchado, incapaz de sostenerlo sin ayuda. El dolor había mutado; ya no era agudo, sino una presión sorda, geológica, como si sus huesos estuvieran intentando fusionarse con el granito del suelo.

—El contador se ha vuelto loco —susurró Sarah. Su voz carecía de la urgencia del combate; ahora tenía el tono clínico de quien diagnostica una enfermedad terminal—. Cinco sieverts por hora en la apertura. Si nos quedamos aquí diez minutos más, empezaremos a vomitar antes de salir de la Catedral.

Elías ignoró la advertencia médica. Se quitó las gafas, empañadas por la humedad subterránea, y entrecerró los ojos para mirar la fisura en la caja de plomo. Dentro no había blanqueo de huesos. No había reliquias de un apóstol decapitado en Judea.

Había una roca.

Negra, porosa, con la textura de una esponja calcinada y el peso visual del hierro. Una piedra que no pertenecía a la geología gallega, ni siquiera a la terrestre.

—Un aerolito —murmuró Elías. La palabra salió con el sabor metálico que empezaba a notar en la lengua, ese sabor a ozono y electricidad estática que describían los supervivientes de Chernóbil—. *Lapis Stellarum*.

Sarah bajó la linterna táctica, iluminando el suelo para no enfocar directamente la fuente de radiación.

—¿Un meteorito? —preguntó ella, buscando la lógica en el absurdo —. ¿Toda esta catedral, doce siglos de peregrinación, guerras, cismas... por un pedazo de basura espacial radiactiva?

—No es basura para ellos. —Elías volvió a colocarse las monturas sobre la nariz. La claridad visual no alivió el vértigo conceptual—. Es una piedra caída del cielo. Para un pagano del siglo primero, esto era la divinidad tangible. Una prueba de que los dioses tocaban la tierra. Prisciliano no encontró la tumba de Santiago; encontró el antiguo lugar de culto a esta piedra.

El paleógrafo extendió la mano, deteniéndose a centímetros del plomo. Sentía el calor que emanaba, no térmico, sino una vibración maligna que erizaba el vello de su brazo.

—La Iglesia construyó el mito de Santiago encima para cristianizar el lugar —continuó, hilando los pensamientos con una rapidez febril—. Pero nunca pudieron deshacerse de la piedra. Era demasiado sagrada, demasiado poderosa. La encerraron en plomo, la ocultaron bajo el altar mayor, y luego aquí, en los cimientos.

Sarah miró el contador Geiger, cuya pantalla parpadeaba con números rojos.

—Y mata a quien se acerca demasiado. La "ira de Dios" —dijo ella, comprendiendo la mecánica biológica detrás de las leyendas de maldiciones—. Los monjes que custodiaban esto debieron enfermar. Llagas, caída del cabello, muerte invisible. Por eso lo sellaron.

Elías asintió lentamente. La ironía era tan pesada como la arquitectura que tenían sobre sus cabezas. Millones de almas caminando miles de kilómetros hacia el oeste, siguiendo la Vía Láctea, para arrodillarse ante un fragmento de estrella que emitía veneno.

—¿Qué hacemos? —Sarah rompió el silencio del santuario tóxico. Su pragmatismo habitual luchaba contra la magnitud del hallazgo. Sostuvo la maza con fuerza, como si pudiera golpear la radiación—. Tenemos la prueba. Si sacamos esto, o al menos un fragmento, la historia de la cristiandad se reescribe mañana. El Vaticano tendría que admitir que el centro de su tercera peregrinación más importante es un ídolo pagano.

Elías miró el mapa estelar que aún estrujaba en su mano izquierda. El papel estaba húmedo, manchado de hollín y sudor. Pensó en Monsignor Camiña, en la Orden, en la sangre derramada para proteger este secreto. Luego pensó en los peregrinos que había visto esa mañana bajo la lluvia, con los pies sangrando y los ojos llenos de una esperanza irracional.

Si sacaban esa piedra, si exponían la verdad empírica, científica y fría... ¿qué quedaría?

—No —dijo Elías. Su voz sonó extrañamente firme, carente del temblor que solía acompañar sus decisiones—. No vamos a llevárnoslo.

Sarah se giró bruscamente, iluminándole la cara. El haz de luz hirió los ojos sensibles del paleógrafo.

—Elías, esta cosa ha matado gente. La gente muere por proteger una mentira.

—La gente muere por fe, Sarah. Y la fe no depende del objeto. —Elías señaló la negrura dentro de la caja—. Si les decimos que Santiago no está aquí, que es una piedra condrita carbonácea, ¿crees que dejarán de venir? O peor, ¿crees que eso les dará paz?

Se separó de la pared, obligando a su pierna herida a soportar el peso. El dolor le anclaba a la realidad, le impedía flotar en la abstracción académica.

—La verdad es un ácido —continuó él—. Disuelve. Pero la historia, la que une a las civilizaciones, necesita estructura. Necesita el mito. Hemos buscado la verdad absoluta para redimirnos, para probar que somos más listos que los muertos. Pero los muertos sabían algo que nosotros olvidamos: el viaje importa más que el destino.

Sarah miró la caja, luego a Elías. La tensión en sus hombros comenzó a descender. Ella era historiadora del arte; entendía el valor de los símbolos. Un símbolo destruido deja un vacío que a menudo se llena con algo peor.

—Es radiactivo —insistió ella, pero con menos fuerza. Era una objeción técnica, no moral.

—Por eso lo dejaremos donde debe estar. Enterrado. —Elías sacó de su bolsillo interior el folio doblado. La página del Códice que habían recuperado, la causa de la persecución, el mapa que llevaba al tesoro—. Esto ya no nos pertenece. Nunca lo hizo.

Con un movimiento solemne, carente de liturgia pero cargado de respeto, Elías deslizó la página de pergamino dentro del hueco, sobre la tapa de plomo desplazada. El papel antiguo se posó sobre el metal gris. Un ofrenda de conocimiento devuelta a la oscuridad.

—Ayúdame a cerrarlo —pidió él.

Sarah guardó el contador Geiger en su cinturón. Se acercó al hueco. No había cemento fresco, pero el suelo estaba sembrado de los escombros que habían retirado. Había piedras de granito, pesadas y angulosas.

—Usa la maza —indicó Elías—. Empuja la tapa de plomo a su sitio primero. No la toques con la piel.

Sarah utilizó el mango de madera de la herramienta para golpear el borde de la tapa. El metal blando cedió con un sonido sordo, *clonc*, deslizándose hasta cubrir la oscuridad estelar y el pergamino. El zumbido estático en el ambiente pareció disminuir, aunque solo fuera psicológicamente.

Luego, trabajando en un silencio coordinado, comenzaron a apilar los fragmentos de mampostería en el hueco. Sarah levantaba las piezas más grandes, sus músculos tensándose bajo la cazadora de cuero, mientras Elías encajaba las pequeñas, sellando las brechas como un albañil de la historia.

Cada piedra colocada era una renuncia. Renuncia a la fama académica, renuncia a la venganza contra la Iglesia, renuncia a tener la última palabra.

Cuando el hueco quedó cubierto, una cicatriz de piedra cruda en el muro de la cripta, Elías se limpió el polvo de las manos en sus pantalones de pana. Se sentía más ligero, a pesar de la cojera.

—Nadie sabrá lo que hicimos aquí —dijo Sarah, pasando la linterna por el muro irregular.

—Nosotros lo sabemos —respondió Elías. Miró a su compañera, notando cómo el cansancio había excavado sombras bajo sus ojos negros, pero también cómo su postura se había relajado. Ya no había nada que buscar. El fin del camino no era un tesoro; era el final de la obsesión—. Y eso es suficiente carga.

Elías se ajustó la bufanda, sintiendo el frío de la cripta colarse de nuevo en sus huesos ahora que la adrenalina del descubrimiento se

disipaba.

—Vámonos, Sarah. Los vivos nos esperan arriba.

Sarah asintió y le ofreció el hombro. Elías lo aceptó, transfiriendo parte de su peso a ella. Juntos, se dieron la vuelta, dando la espalda al secreto mejor guardado de Occidente, y comenzaron el lento y doloroso ascenso hacia la superficie, donde la lluvia seguía lavando los pecados de los peregrinos.

CAPÍTULO 36: ECOS DE UNA VIEJA AMISTAD

El ventanal del Café Casino ofrecía una visión distorsionada de la Rúa do Vilar, convertida por el agua en un impresionismo de adoquines grises y paraguas negros. Elías Varela observó cómo una gota solitaria trazaba un camino serpenteante por el cristal, devorando a otras más pequeñas en su descenso, una metáfora demasiado obvia de lo que había ocurrido durante el último mes.

Ajustó su postura en la silla de madera curvada. La rodilla derecha, aunque ya libre de la férula más aparatosa, protestó con una punzada seca, similar al crujido de una bisagra oxidada. No era el dolor agudo de la cripta, sino una rigidez mecánica, una queja sorda que la humedad compostelana se encargaba de avivar. Apoyó el bastón de castaño contra la mesa de mármol; aquel trozo de madera se había convertido en una extensión de su brazo, un compañero más fiel que la mayoría de sus colegas académicos.

El bullicio del local era un bálsamo. El entrechocar de cucharillas contra la porcelana, el siseo de la máquina de vapor y las conversaciones triviales sobre el tiempo o la política local tejían una manta de normalidad que Elías necesitaba desesperadamente. Nadie hablaba de incendios subterráneos, ni de meteoritos, ni de herejías.

—El café aquí sigue siendo el mejor de la ciudad, aunque el servicio haya perdido cierta ceremonia.

La voz del inspector Valdés llegó antes que su figura. El policía se dejó caer en la silla opuesta sin quitarse la gabardina, que desprendía ese olor inconfundible a lana mojada y tabaco frío. Parecía más viejo que la última vez que se vieron bajo las luces de emergencia, pero también más ligero, como si se hubiera quitado una armadura invisible.

—Inspector —saludó Elías, resistiendo el impulso automático de llevarse la mano a las gafas para ajustarlas. En su lugar, entrelazó los dedos sobre la mesa—. O debería decir, ¿Comisario?

Valdés soltó una risa breve, exenta de humor. Hizo una señal al camarero pidiendo un cortado.

—No corra tanto, profesor. Digamos que es un ascenso lateral. "Coordinador de Enlace Institucional". Un despacho precioso en Madrid, cerca del Ministerio. Aire acondicionado, moqueta y, lo más importante, lejos de cualquier comisaría operativa donde se puedan desenterrar cosas que manchan.

—El precio del silencio —murmuró Elías. No era una pregunta.

—El precio de la estabilidad —corrigió Valdés, aceptando la taza que el camarero depositó frente a él—. El informe oficial sobre el incendio en la Catedral es una obra maestra de la burocracia. Un cortocircuito en el sistema de iluminación provisional de las obras, agravado por la presencia de materiales inflamables de restauración. Caso cerrado. Nadie quiere remover las cenizas de un Patrimonio de la Humanidad, Varela. Especialmente cuando la Iglesia y el Estado están de acuerdo en qué historia contar.

Elías asintió. Entendía la mecánica del olvido mejor que nadie; su carrera se basaba en estudiar lo que la historia decidía recordar y lo que elegía borrar.

—¿Entonces esto es una despedida?

—Considérelo un cierre de expediente —Valdés metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo. Por un instante, el gesto tensó los

hombros de Elías, un reflejo condicionado de las semanas de persecución. Pero lo que el policía extrajo no fue una citación, ni una orden de arresto.

Era un sobre manila, pequeño y sin marcas, doblado por las esquinas.

—Vaciando mi escritorio encontré algo que se había... extraviado —dijo Valdés, deslizando el sobre por la superficie fría del mármol—. Técnicamente, esto debería estar en una caja de pruebas o destruido. Pero pensé que usted, siendo un hombre que valora el contexto, sabría apreciarlo.

Elías tomó el sobre. El papel estaba tibio. Al abrirlo, extrajo una única fotografía en blanco y negro, con los bordes dentados típicos del revelado de hace décadas.

La imagen mostraba el claustro de la Universidad de Santiago. Dos hombres jóvenes estaban sentados en un banco de piedra, con libros abiertos sobre las rodillas. Uno miraba a la cámara con una intensidad desafiante, una arrogancia intelectual que traspasaba el papel; tenía el cabello negro y peinado hacia atrás. El otro, con gafas de montura gruesa y una sonrisa tímida, parecía escuchar con devoción.

El aire se atascó en la garganta de Elías.

El joven arrogante era Camiña. El tímido era su padre.

—Eran amigos, Varela —dijo Valdés, su voz bajando un octava, volviéndose casi confidencial—. Antes de que uno eligiera la púrpura y el otro el olvido. Encontré esto en una caja de seguridad personal del Monseñor, no en los archivos de la diócesis. La tenía guardada junto a su testamento.

Elías pasó el pulgar por el rostro de su padre. De repente, la obsesión de Camiña con él, la tutoría tóxica, la exigencia desmedida... todo cobró una nueva dimensión. No había sido solo crueldad; había sido una retorcida forma de lealtad, o quizás de

penitencia. Camiña había intentado moldear al hijo del hombre que quizás traicionó o dejó atrás, intentando convertir a Elías en la versión fuerte que su padre nunca fue.

—Gracias —susurró Elías. La palabra pesaba, cargada de una gratitud compleja.

Valdés apuró su café de un trago, como si fuera medicina. Se puso de pie, abrochándose la gabardina.

—Madrid es una ciudad ruidosa, profesor. Espero que allí la memoria sea más corta que en Galicia. —Extendió la mano.

Elías se apoyó en el bastón para incorporarse, ignorando la protesta de sus tendones. Estrechó la mano del policía. El apretón fue firme, seco, una validación entre dos hombres que habían visto el abismo y habían decidido no saltar.

—Cuídese, Valdés. Y tenga cuidado con los despachos. A veces son más peligrosos que las calles.

—Lo tendré en cuenta. Y usted... trate de no leer nada que no esté en el programa de estudios.

El policía se giró y caminó hacia la salida. La puerta del Casino se abrió, dejando entrar una ráfaga de viento húmedo y el sonido de los neumáticos rodando sobre el pavimento mojado.

Elías volvió a sentarse. A través del cristal, vio a Valdés cruzar la acera. La lluvia gallega no caía simplemente; envolvía el mundo. Era una cortina densa, un velo grisáceo que difuminaba los contornos y absorbía los colores. Vio cómo la figura del inspector se desdibujaba, convirtiéndose en una sombra más entre las arcadas de piedra, hasta que la ciudad de granito se lo tragó por completo.

Miró la fotografía una vez más antes de guardarla en su bolsillo, junto al corazón. El misterio estaba resuelto, los muertos enterrados, y los vivos, exiliados o marcados. Solo quedaba el café frío y la

certeza de que, aunque la historia la escriben los vencedores, la verdad siempre sobrevive en los márgenes, esperando a ser leída.

CAPÍTULO 37: LA TESIS PROHIBIDA

El brillo azulado de la pantalla del portátil era la única fuente de luz en el salón, recortando el perfil de Sarah contra la penumbra como un camafeo moderno. Afuera, el temporal del Atlántico no daba tregua; el agua repicaba contra el cristal con la insistencia de mil dedos huesudos reclamando entrar, convirtiendo las luces de la rúa do Vilar en manchas lechosas y distorsionadas.

Sarah Al-Fayed permanecía inmóvil frente al escritorio, con la mano derecha congelada sobre el ratón. En el monitor, una carpeta titulada "PROYECTO CATEDRAL - VERSIÓN FINAL" parpadeaba, inocua en apariencia, pero con el peso específico de una bomba nuclear académica.

Desde el sofá, Elías la observaba. Tenía la pierna herida estirada sobre la mesa de centro, apoyada en un cojín. La extremidad se sentía ajena, un bloque de granito atado a su cadera que, de vez en cuando, enviaba un calambre eléctrico desde la pantorrilla hasta la base de la columna, obligándole a apretar la mandíbula. No se había quitado la chaqueta de tweed, que olía a humedad y a humo rancio, un aroma que parecía haberse impregnado en sus poros durante el último mes.

Elías ajustó la montura de sus gafas con el índice, no para limpiarlas, sino para enfocar mejor la tensión en los hombros de su compañera.

Podía leer la rigidez en su trapecio, la forma en que su cuello se inclinaba hacia adelante, como si esperara un veredicto.

—Son siete años de trabajo, Sarah —dijo él. Su voz sonó rasposa, erosionada por el cansancio—. París. La cátedra en la Sorbona. Todo está ahí dentro.

Sarah no se giró. Sus ojos negros, habitualmente inquisitivos, estaban fijos en el cursor. Veía pasar ante ella las conferencias, los artículos en revistas indexadas, el reconocimiento de sus pares, la validación que había perseguido desde que salió de El Cairo. Todo lo que constituía su definición de éxito estaba contenido en esos gigabytes.

Y también estaba la mentira. O, mejor dicho, la verdad que el mundo no podía digerir.

—Si publico esto —murmuró ella, y su voz carecía de la imperatividad habitual; sonaba frágil, humana—, no solo reescribiré la historia del arte. Destruiré la fe de millones para alimentar el ego de unos pocos académicos. La Orden volvería a nacer, con otro nombre, con otra cara, buscando lo que dejamos en la oscuridad.

Elías intentó acomodarse y el movimiento despertó al animal dormido en su pierna herida. Soltó un siseo de aire entre los dientes mientras la rigidez muscular le mordía el muslo. Cuando el espasmo remitió, habló con suavidad.

—¿Estás segura? Una vez que lo hagas, serás solo una historiadora más. Nadie sabrá que sostuviste el destino de la Iglesia en tus manos.

Sarah desvió la mirada del monitor hacia la pequeña libreta de campo Moleskine que descansaba junto al teclado. Estaba llena de diagramas del subsuelo, transcripciones de estelas funerarias y la ubicación exacta de la entrada oculta. Con movimientos mecánicos, casi rituales, tomó el cuaderno.

—La historia es un palimpsesto, ¿recuerdas? —dijo ella, girándose por fin. La luz de la pantalla le daba un aspecto fantasmal—. A veces, para que algo nuevo crezca, lo anterior debe ser borrado.

Arrancó la primera hoja. El sonido del papel rasgándose fue violento en el silencio del apartamento. Luego la segunda. La tercera. Amontonó los fragmentos sobre un cuenco de cerámica vacío que solía contener llaves.

—Hay misterios que deben seguir siéndolo —sentenció.

Sacó un mechero del bolsillo de sus pantalones cargo. La llama brotó, amarilla y danzante, reflejándose en sus pupilas oscuras. Acercó el fuego al papel. La celulosa, seca y vieja, prendió al instante. El humo comenzó a elevarse en una columna grisácea, llevando consigo las coordenadas, los nombres prohibidos y la arquitectura de la herejía.

Mientras el fuego real consumía la evidencia física, su mano derecha se movió en el escritorio. Un clic seco. *¿Está seguro de que desea eliminar estos elementos de forma permanente?* Otro clic. La carpeta desapareció. La pantalla mostró un escritorio vacío, limpio, desoladoramente virgen.

Sarah observó cómo las últimas llamas se extinguían en el cuenco, dejando solo ceniza negra y retorcida. Un olor acre llenó la estancia. Se dejó caer en la silla, exhalando un aire que parecía haber estado reteniendo durante semanas. Sus hombros bajaron. La tensión estructural de su cuerpo colapsó, dejándola exhausta pero extrañamente ligera.

Elías se incorporó. La maniobra requirió una logística penosa: apoyar el peso en el brazo sano, girar la cadera sin rotar la rodilla lesionada y usar el respaldo del sofá como palanca. Gruñó por lo bajo, un sonido gutural de esfuerzo, pero logró ponerse en pie. Cojeó hasta el escritorio, arrastrando el pie derecho con una lentitud exasperante.

Se detuvo junto a ella. No la tocó. Simplemente, invadió su espacio personal con esa presencia tranquila y polvorienta que ahora le

resultaba tan necesaria a Sarah como el oxígeno.

—Mi padre solía decir que el verdadero guardián no es el que blande la espada, sino el que sabe cuándo envainarla —dijo Elías, mirando las cenizas.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta deformada. Sus dedos rozaron la tela gastada buscando el objeto pequeño y frío que llevaba guardando desde que salieron de la Catedral.

—Tengo algo para ti. No es una condecoración académica, me temo.

Sarah levantó la vista. Elías extendió la palma de la mano. Allí, descansando sobre su piel pálida y manchada de tinta cerca del dedo medio, había un colgante de plata. Era una venera, una concha de vieira, pero no las baratijas turísticas que vendían en la Rúa do Franco. Esta era antigua, de plata oscurecida por los siglos, con los bordes desgastados por el roce de generaciones de dedos. Tenía un peso real, denso.

—La encontré en el osario, cerca de donde... donde todo terminó —explicó él, evitando mencionar a Amaro o la electricidad—. Es del siglo XII. Plata de orfebrería compostelana. Probablemente perteneció a alguien que completó el camino y entendió que la meta no era la tumba, sino el regreso.

Sarah tomó el colgante. El metal estaba frío al principio, pero se calentó rápidamente contra su piel. Rozó las estrías de la concha con el pulgar, sintiendo la historia grabada en la plata.

—Elías... —empezó, pero la garganta se le cerró.

—Para la mujer que encontró la verdad y tuvo el valor de olvidarla —la interrumpió él, con una timidez que le hacía parecer diez años más joven, a pesar de las canas en las sienes.

Él dio un paso torpe hacia ella, venciendo la resistencia de su propia anatomía. Sarah se levantó. La diferencia de altura era mínima, pero en ese momento, rodeados por el olor a papel quemado y el

zumbido del ordenador vacío, parecían encajar como dos piezas de mampostería diseñadas para sostener un arco.

Ella rodeó con sus dedos la mano de él, la que aún tenía suspendida en el aire tras entregar el regalo. La piel de Elías estaba seca, áspera por el polvo de los archivos; la de ella, curtida por el sol y la roca.

—No sé qué voy a hacer ahora —confesó Sarah, apretando el colgante en su puño—. Sin la tesis... soy solo una turista con demasiada información.

—No —corrigió Elías. Se atrevió a levantar la otra mano y apartar un mechón de pelo rizado que caía sobre la frente de ella. El gesto fue vacilante, pero decidido—. Eres la única persona en el mundo que conoce la historia completa. Y yo soy el único que te creerá. Creo que eso nos convierte en... socios.

Sarah esbozó una media sonrisa, la primera real en días. La melancolía seguía ahí, en el fondo de sus ojos negros, pero el pánico había desaparecido.

—Socios —repitió ella, probando la palabra. Le gustaba su solidez.

Afuera, la tormenta seguía azotando Santiago, lavando las calles de piedra, borrando las huellas de los peregrinos y de los asesinos por igual. Pero dentro, en el silencio cómplice del apartamento, el mundo había dejado de girar vertiginosamente. Se había detenido en ese punto exacto de equilibrio entre dos supervivientes.

Elías dejó caer su mano sobre el hombro de ella, usándola sutilmente como apoyo para aliviar el peso sobre su pierna mala. Sarah no se apartó; al contrario, se inclinó imperceptiblemente hacia él, aceptando la carga.

La pantalla del portátil entró en modo de suspensión y se apagó, sumiendo la habitación en la oscuridad absoluta, salvo por el resplandor naranja de las farolas que se filtraba, líquido y trémulo, a través de la lluvia.

CAPÍTULO 38: ULTREIA

El viento en el Cabo Fisterra no soplaba; empujaba con la fuerza de una mano invisible y colosal, empeñada en arrastrar todo lo superfluo hacia el Atlántico. Elías Varela sentía la sal cristalizarse en sus pestañas, una costra fina que difuminaba el horizonte donde el cielo y el océano libraban su batalla cromática final.

Ante ellos, al abrigo de una formación rocosa que rompía las ráfagas del norte, una pequeña pira improvisada cobraba vida. Las llamas, naranjas y voraces, lamían el cuero gastado de las botas de montaña. El caucho de las suelas comenzaba a burbujear, liberando una columna de humo negro y denso que el vendaval dispersaba de inmediato hacia el oeste, hacia la nada.

Elías observó cómo el fuego consumía la puntera de su bota derecha, esa que había tropezado con adoquines compostelanos, raíces de bosques antiguos y escalones de piedra catedralicia. Se llevó la mano al puente de las gafas, no para limpiarlas —el gesto reflejo que solía dictar sus momentos de ansiedad—, sino para asegurarlas contra el aire que intentaba arrebatárselas. Sus dedos encontraron la montura fría, y por primera vez en años, la dejó estar. La lente seguía sucia por el salitre, pero la realidad se veía con una nitidez hiriente.

—Dicen que así se deja atrás al hombre viejo —dijo Sarah Al-Fayed.

Su voz apenas se distinguía del rugido del mar golpeando los acantilados cien metros más abajo. Estaba sentada sobre una laja de

granito, con las rodillas abrazadas al pecho y los pies descalzos, pálidos y llenos de pequeñas cicatrices, apoyados en el musgo seco. El viento jugaba con los rizos negros que habían escapado de su trenza, azotándolos contra su rostro curtido, pero ella no hacía ademán de apartarlos.

—Simbolismo práctico —respondió Elías, apoyando su peso sobre la pierna izquierda.

La derecha, la que había cargado con el plomo de la lesión durante semanas, respondió con una rigidez mecánica. Ya no había agónicas descargas eléctricas subiendo por el muslo, ni aquel latido febril que marcaba los segundos del dolor. Ahora, la sensación era más parecida a la de una bisagra antigua que ha perdido el aceite: una resistencia seca, una presión barométrica interna que le avisaba de la humedad ambiente, pero que ya no le impedía mantenerse erguido. Podía sentir la soldadura del hueso, una arquitectura interna renovada que soportaba su estructura sin colapsar.

Dio un paso hacia el fuego, probando el equilibrio. La articulación aguantó. Caminaba, si bien no con la elegancia de antaño, sí con una solidez terrenal. La cojera se había transformado en un andares rítmico, una cadencia propia que narraba su historia sin gritarla.

Sarah arrojó una ramita seca a la hoguera. Las chispas danzaron un instante antes de morir en la roca fría.

—No es solo simbolismo, Elías. Es termodinámica. La materia se transforma. Lo que cargamos hasta aquí ya no existe. Es humo.

Elías miró el mojón de piedra situado a unos metros, marcado con el kilómetro 0,00. El final de la tierra conocida por los antiguos. El *Finis Terrae*. Más allá, solo existía el abismo líquido donde las cartas de navegación medievales dibujaban monstruos y advertencias. Habían caminado hasta que el suelo se acabó. Literalmente.

—¿Y ahora? —preguntó él, dejando que la pregunta flotara sin urgencia.

Sarah se puso de pie. El movimiento fue fluido, atlético, desprovisto de la tensión defensiva que había caracterizado su lenguaje corporal durante meses. Se acercó al borde del acantilado, allí donde la caída era vertical y definitiva.

—El sol se muere —señaló ella.

El astro rey, una esfera de hierro incandescente, comenzaba a sumergirse en la línea del agua. La luz cambió, virando de un dorado agresivo a un violeta melancólico. Las sombras de ambos se estiraron sobre la piedra, alargándose hacia el este, como si sus fantasmas intentaran regresar a tierra firme mientras ellos miraban al vacío.

Elías se colocó a su lado. El tatuaje del astrolabio en la muñeca de Sarah parecía brillar con la luz crepuscular, como si las líneas de tinta hubieran absorbido la radiación solar.

—En los códices —murmuró Elías, su voz grave compitiendo con la resaca—, el escriba a veces dejaba la última página en blanco. No por falta de tinta, sino por humildad. Para indicar que la obra de Dios continúa donde termina la mano del hombre.

Sarah giró la cabeza. Sus ojos negros, almendrados y profundos, capturaron el último reflejo del atardecer. Ya no había rastro de la académica que buscaba aprobación en congresos polvorientos, ni de la fugitiva que calculaba rutas de escape.

—¿Sugieres que somos una página en blanco? —inquirió ella, con una media sonrisa que curvó la comisura de sus labios.

—Sugiero que hemos llegado al margen. Se nos ha acabado el texto escrito por otros.

Elías sintió una ligereza extraña en el pecho. Durante toda su vida, había habitado en las palabras de hombres muertos, respirando el polvo de pergaminos y midiendo su valía por la precisión de sus citas. Ahora, frente a la inmensidad indiferente del océano, entendía que la historia no era algo que se leía, sino algo que se ejercía. La

mancha de tinta en su dedo medio seguía allí, indeleble, pero ya no era una marca de esclavitud al scriptorium; era la cicatriz de un oficio que ahora podía elegir, no padecer.

El fuego a sus espaldas crepitó una última vez, colapsando sobre sí mismo. Las botas eran ya ceniza y clavos retorcidos.

—No voy a volver a la cátedra, Sarah —confesó, soltando la verdad que había estado madurando en su garganta desde Santiago.

Ella asintió, como si fuera una conclusión estructuralmente inevitable.

—Lo sé. No cabes allí. Ya no. Tu arquitectura ha cambiado.

—¿Y tú? —Él la miró, estudiando su perfil con la misma devoción que antes dedicaba a los beatos mozárabes.

Sarah inhaló profundamente, llenando sus pulmones de aire salado y limpio. Miró sus manos vacías. Sin ordenador, sin tesis, sin pruebas. Solo piel y hueso.

—El mundo está lleno de piedras que nadie ha escuchado todavía —dijo ella—. Alguien tendrá que traducirlas.

El sol desapareció por completo, tragado por el mar. El mundo se tiñó de un azul eléctrico, ese instante suspendido entre el día y la noche donde los contornos se desdibujan. El faro de Fisterra, situado más arriba en el promontorio, encendió su potente haz de luz, barriendo la oscuridad naciente con un ritmo hipnótico.

Luz. Oscuridad. Luz.

Elías sintió la presencia de Sarah a su lado, un calor sólido en medio del viento frío. No necesitaban tocarse para saber que estaban anclados el uno al otro. Habían sobrevivido al fuego, a la traición y a la obsesión.

—*Ultreia* —susurró Elías. El saludo de los peregrinos. *Vamos más allá*.

Sarah se giró hacia el sendero que los llevaría de vuelta al pueblo, a la cena, a la vida trivial y maravillosa de los vivos.

—*Et Suseia* —respondió ella—. Y vamos más arriba.

Elías echó una última mirada a las cenizas de sus botas. Luego, giró sobre su talón, confiando el peso de su cuerpo a la pierna que, aunque marcada, lo sostenía con firmeza. Comenzaron a caminar, dejando que la noche atlántica los envolviera, no como un sudario, sino como un manto de posibilidades infinitas.

CAPÍTULO 39: EL NUEVO GUARDIÁN

La humedad de noviembre no pedía permiso para entrar en la Catedral; simplemente reclamaba su derecho de antigüedad, filtrándose por los poros del granito compostelano hasta saturar el aire del archivo. Un año había transcurrido desde que el cielo se abriera sobre Fisterra, pero allí abajo, entre legajos y pergaminos, el tiempo no se medía en meses, sino en capas de polvo.

Elías Varela depositó la pluma sobre el escritorio. El silencio del scriptorium solo se veía interrumpido por el rítmico goteo de una filtración lejana y el rasgueo nervioso de otra pluma, situada tres mesas más allá.

Se quitó las gafas de montura gruesa, no para limpiarlas —un hábito que había logrado domesticar, reservándolo solo para los momentos de verdadera incertidumbre—, sino para masajearse el puente de la nariz, donde el peso del acetato había dejado dos huellas rojas permanentes. Al volver a colocárselas, el mundo recuperó sus bordes afilados, y con ellos, la imagen del nuevo becario.

El joven, un estudiante de doctorado con demasiada cafeína en las venas y una tesis sobre la arquitectura románica estancada, no estaba en su puesto asignado.

Elías observó desde la penumbra de su rincón. El chico estaba de pie frente a la sección norte de la estantería de roble, justo donde la

madera antigua presentaba una decoloración sutil, invisible para el ojo inexperto, pero gritona para quien conocía la historia de esa cicatriz.

El muchacho pasaba la yema de los dedos por las molduras del retablo auxiliar que decoraba el fondo de la sala. Sus ojos, oscuros y brillantes, escaneaban la superficie con esa fiebre particular que Elías conocía íntimamente: la enfermedad de la curiosidad, el síntoma previo al hallazgo que arruina vidas.

—La simetría es engañosa, ¿verdad?

La voz de Elías salió suave, un barítono controlado que apenas levantó eco en la bóveda baja.

El becario dio un salto, retirando la mano como si la madera ardiera. Se giró, con las mejillas encendidas por la vergüenza de haber sido sorprendido divagando.

—Profesor Varela —balbuceó el joven, ajustándose el cuello de la camisa—. Lo siento, yo... estaba observando las vetas. Hay una irregularidad en el ensamblaje. Parece... parece que aquí hubo un mecanismo o una cavidad anterior.

Elías se levantó. Su pierna derecha protestó con una rigidez metálica, un recuerdo de titanio y hueso soldado que el clima gallego se encargaba de avivar cada otoño. No cojeó, pero su paso arrastrado sobre las losas de piedra tuvo una cadencia irregular, un ritmo sincopado que resonó en la sala.

Caminó hasta quedar al lado del estudiante. El chico era alto, pero se encogió ligeramente ante la presencia del archivero jefe.

—La madera trabaja, hijo —dijo Elías, mentir con la verdad era un arte que había perfeccionado—. Se dilata, se contrae, respira. A veces, las tensiones internas crean vacíos que la mente humana, siempre buscando patrones, interpreta como misterios.

—Pero, las medidas del siglo XII sugieren que este panel debería ser macizo —insistió el becario, con ese brillo peligroso de quien cree haber sido más listo que el arquitecto—. Si golpeo aquí, el sonido es hueco.

El dedo del joven señaló el punto exacto. El epicentro del terremoto que había sacudido la vida de Elías doce meses atrás.

Elías miró la mano del chico. No vio dedos, sino garras a punto de abrir una caja de Pandora que ya no contenía esperanza, solo oscuridad. Recordó la sensación del papel bajo sus propias uñas, el peso del Códice, la sangre en la piedra. Recordó a Sarah, a salvo en algún lugar donde el sol sí calentaba, y entendió que su penitencia no era el dolor de la pierna, sino la vigilancia eterna.

Con una suavidad paternal, Elías posó su mano sobre el hombro del estudiante, girándolo físicamente lejos del retablo.

—La pareidolia arquitectónica es una trampa para las tesis doctorales —dijo Elías, guiándolo de vuelta hacia las mesas de trabajo—. Te obsesionas con un nudo en la madera y pierdes de vista el bosque.

—¿Usted cree?

—Lo sé. —Elías señaló una pila de documentos en el extremo opuesto de la sala, bajo la luz segura de una lámpara eléctrica—. He encontrado algo en los registros de la contabilidad capitular de 1180. Un error en la compra de cera y vino. Es mundano, aburrido y perfectamente seguro. Es justo lo que necesitas para tu capítulo tres.

El joven dudó un segundo, su mirada volviendo hacia el panel oscuro. Pero la autoridad en la voz de Elías, tranquila y absoluta, funcionó como un ancla.

—Contabilidad —repitió el chico, desinflándose la emoción del descubrimiento—. De acuerdo, profesor. Gracias.

El becario recogió sus cosas y se dirigió a la salida, con la cabeza gacha, derrotado por la burocracia histórica, salvado sin saberlo.

—Buenas noches, Elías —dijo desde el umbral.

—Buenas noches.

Cuando la puerta de roble se cerró tras el joven, el scriptorium recuperó su quietud sepulcral.

Elías esperó hasta que los pasos del chico se desvanecieron en el pasillo exterior. Solo entonces se permitió soltar el aire que había estado conteniendo en la parte baja de los pulmones.

Se giró hacia el retablo.

La herida en la madera estaba allí, sellada, barnizada, invisible para todos menos para él. Se acercó y extendió la mano derecha. El dedo medio, aún manchado con una sombra de tinta indeleble, trazó el contorno del compartimento oculto.

No había hueco. Él mismo se había encargado de rellenarlo con resina y serrín, de sellar la grieta, de convertir el escondite en un bloque sólido. Lo que había dentro había sido destruido o trasladado; la historia oficial no importaba. Lo que importaba era que la historia oculta permaneciera en silencio.

Una sonrisa breve, casi imperceptible, curvó sus labios. No era la sonrisa nerviosa del académico que busca validación, sino la mueca serena del cancerbero que conoce el valor de lo que custodia. Giraldo, el monje loco, había guardado el secreto con miedo. Él lo guardaría con inteligencia.

Elías caminó hacia la puerta principal del archivo.

Sacó el llavero de su bolsillo. El peso del metal era reconfortante. Introdujo la llave de hierro forjado en la cerradura, un mecanismo que gemía con la familiaridad de los siglos.

Giró la llave. Uno, dos vueltas.

El *clack* resonó definitivo, como un punto final en un manuscrito interminable.

Apagó la luz. En la oscuridad, rodeado por el olor a pergamino y piedra húmeda, Elías Varela ya no era un hombre que buscaba respuestas. Era la respuesta.

El ciclo no se había roto; simplemente había cambiado de hombros. Y los suyos, aunque cansados, aguantarían el peso.

CAPÍTULO 40: LAS ESTRELLAS PERMANECEN

El aire nocturno de Santiago traía consigo esa humedad atlántica particular, una mezcla de salitre lejano y piedra mojada que Elías conocía bien. Sin embargo, en el balcón de su apartamento, la atmósfera se sentía diferente. Más ligera.

Ajustó el enfoque del telescopio refractor, un modelo antiguo de latón que había rescatado de una subasta en Londres años atrás. El metal estaba helado contra su pómulo. Por primera vez en mucho tiempo, no sentía la necesidad de limpiar sus gafas; el instrumento se había convertido en una extensión de su propia miopía, corrigiendo el mundo hasta volverlo nítido, perfecto.

Su pierna derecha, aquella que cargaba con la memoria física del granito y la violencia, protestó por la postura estática. No era un dolor agudo, sino una pesadez geológica, como si el hueso se hubiera densificado, anclándolo a la tierra mientras sus ojos buscaban escapar hacia arriba. Cambió el peso al pie izquierdo, aliviando la tensión en la cadera con un suspiro que se perdió en el rumor de la ciudad dormida.

—Estás buscando en el cuadrante equivocado —dijo una voz a su espalda.

No hubo sobresalto. Sarah siempre se movía así, una presencia que desplazaba el aire antes de hacer ruido. Elías se apartó del ocular,

permitiendo que ella ocupara su lugar. Llevaba una manta de lana gruesa sobre los hombros, cubriendo la ropa holgada que había empezado a usar en las últimas semanas. Su cabello, liberado de la trenza habitual, caía como una cascada de tinta sobre la tela gris.

—Intentaba encontrar la Nebulosa del Cangrejo —se justificó él, apoyando las manos en la barandilla oxidada del balcón. El hierro estaba frío y áspero—. Pero la contaminación lumínica es implacable.

Sarah se inclinó sobre el instrumento, sus dedos expertos manipulando las perillas de ascensión recta con una delicadeza que contrastaba con la fuerza que Elías sabía que poseían.

—Olvida el Cangrejo. Mira allí. —Señaló con el índice hacia el cenit, donde una franja lechosa cortaba el firmamento en dos—. *Campus Stellae*. El verdadero camino.

Elías observó el perfil de ella recortado contra la negrura. La luz ámbar de una farola callejera iluminaba el tatuaje del astrolabio en su muñeca, las líneas de tinta negra pareciendo cobrar vida propia, como si estuvieran calibradas con las constelaciones reales sobre sus cabezas.

—*Vega* —murmuró Sarah, sin apartar el ojo del telescopio—. *Deneb*. *Altair*. El Triángulo de Verano aún visible en el otoño, resistiéndose a marchar. Son faros, Elías. Los peregrinos medievales creían que si se perdían en la tierra, solo tenían que imitar al cielo.

—Como es arriba, es abajo —citó él, la frase del *Tabula Smaragdina* escapando de sus labios por pura memoria muscular académica.

Sarah se enderezó y se giró hacia él. Sus ojos negros, almendrados y profundos, capturaban el escaso brillo estelar. Había una suavidad nueva en su expresión, una tregua en esa vigilancia constante que la había definido desde que la conoció entre legajos y amenazas de muerte.

Ella tomó la mano derecha de Elías. Sus dedos rozaron la mancha de tinta perpetua en su dedo medio, una marca de oficio que ni todo el

jabón del mundo borraría, y guiaron su palma hacia su propio vientre, bajo la lana y el algodón.

Elías sintió el calor irradiar a través de la tela. Su mente analítica, siempre presta a catalogar datos y buscar patrones históricos, se detuvo en seco. El mundo se redujo a esa superficie curva y cálida bajo su mano. No había pergaminos que descifrar aquí, ni códigos ocultos en la arquitectura. Solo biología, vida abriéndose paso, el futuro escribiéndose en tiempo real.

—Le estamos enseñando las estrellas —susurró Sarah, cubriendo la mano de él con la suya, atrapándola allí—. Para que sepa dónde mirar cuando el suelo se vuelva inestable.

Elías tragó saliva. La garganta se le cerró, no por el miedo que solía paralizarlo en las bibliotecas silenciosas, sino por una emoción vasta, oceánica. Miró su propia mano, pálida y huesuda, descansando sobre el origen de una nueva historia. Ya no era solo un guardián del pasado, un custodio de secretos muertos.

—Pensé que habíamos llegado al final —dijo él, la voz ronca, apenas un hilo de barítono—. Que el archivo estaba cerrado.

Sarah negó con la cabeza lentamente, una sonrisa casi imperceptible curvando sus labios. Apretó su mano con más fuerza contra su cuerpo.

—El camino nunca termina, Elías. Solo cambia de peregrinos.

Él asintió, comprendiendo la verdad absoluta de esas palabras. La historia no era un círculo cerrado, sino una espiral.

Se inclinó hacia ella. El beso no fue urgente ni desesperado, carente de la adrenalina de la supervivencia que había marcado sus primeros encuentros. Fue un pacto sellado en silencio, con sabor a promesa y a calma. Al separarse, Elías volvió a mirar hacia arriba.

Sobre ellos, indiferente a los dramas humanos, a los imperios que caen y a los secretos que se entierran en las catedrales, la Vía

Láctea se extendía infinita, un río de polvo y luz que cruzaba la oscuridad. Las estrellas permanecían, testigos mudos de lo que había sido y de lo que, ahora sabía con certeza, estaba por venir.

La cámara se alejó de la pareja en el balcón, subiendo más y más alto, hasta que las luces de la ciudad se convirtieron en un espejo borroso del firmamento, y Santiago de Compostela no fue más que otro punto brillante en la inmensidad de la noche.

EPÍLOGO

El zumbido del sistema de climatización era el único sonido que se atrevía a profanar el silencio del Archivum Secretum. Ochenta y cinco kilómetros de estanterías subterráneas comprimían el aire, imbuyéndolo del peso específico de doce siglos de pecados confesados y absueltos.

El Cardenal Visconti no miró el reloj; en aquel búnker de hormigón y mármol, el tiempo se medía en pontificados, no en horas. Ajustó la lámpara de banquero sobre el escritorio de caoba, dejando que el haz de luz verde iluminara el único expediente que descansaba sobre el secante de cuero.

La carpeta era delgada, decepcionantemente trivial para el caos que había contenido. En la etiqueta, mecanografiada con una precisión castrense, se leía: *Incidentia Compostellana - Operativo Finisterrae*.

Visconti pasó la página con la yema del dedo, sintiendo la rugosidad del papel barato utilizado por la policía española. El informe interceptado del Inspector Valdés era una obra maestra de la ficción burocrática. «Fallo estructural en el subsuelo», rezaba el tercer párrafo. «Derrumbe controlado por filtraciones de agua y fatiga de materiales». Nada sobre la cámara oculta tras el Pórtico. Nada sobre el Códice. Y, por supuesto, ni una palabra sobre aquellos que habían muerto protegiendo o buscando la herejía.

Elías Varela y Sarah Al-Fayed aparecían mencionados como «consultores externos evacuados con heridas leves». El Cardenal se

detuvo en sus nombres un instante. Habían sobrevivido. La Providencia tenía un sentido del humor macabro, o quizás simplemente era descuidada. No importaba. Mientras guardaran silencio, vivirían. Si hablaban, se convertirían en otra nota a pie de página en un archivo diferente; uno que no se custodiaba en estanterías, sino en incineradoras.

Tomó su pluma estilográfica, una Montblanc de resina negra que pesaba como un cetro en su mano artrítica. Desenroscó el capuchón y trazó dos palabras en el margen inferior del documento, con una caligrafía angulosa y severa:

SOLUTUS — REQUIESCAT.

Cerró la carpeta. El sonido del cartón golpeando la madera resonó como un disparo sordo en la inmensidad de la sala. Con ese gesto, la verdad de lo ocurrido en Santiago dejaba de existir para el mundo, pasando a ser propiedad exclusiva de la Santa Sede.

El Cardenal se levantó, alisando los pliegues de su sotana. Sus pasos resonaron sobre el suelo de terrazo mientras se dirigía hacia la pared norte de la cámara acorazada. Allí no había papel. Esa sección no albergaba documentos, sino evidencias tangibles. Una inmensa cajonera de acero reforzado, pintada de un gris industrial anónimo, ocupaba todo el muro, extendiéndose hasta donde la penumbra devoraba los detalles.

Visconti extrajo un juego de llaves de los pliegues de su fajín. El metal tintineó, agudo y frío. Seleccionó una llave de hierro, tosca y antigua, que contrastaba con la modernidad del mobiliario. La introdujo en la cerradura de una gaveta situada a la altura de su pecho. El mecanismo cedió con un chasquido pesado, el sonido de una boca de acero abriéndose a regañadientes.

Tiró del asa. Los rodamientos, perfectamente engrasados, deslizaron el cajón hacia fuera sin esfuerzo.

El interior no contenía legajos, ni pergaminos, ni bulas papales.

La gaveta estaba colmada, desbordante de negrura sólida. No era un solo fragmento. Era un osario mineral. Docenas, quizás cientos, de piedras negras —idénticas a la que había palpitado bajo la Catedral de Santiago— se amontonaban unas sobre otras como carbón en una caldera apagada.

Visconti observó el montículo de rocas irregulares. Absorbían la luz de la sala, tragándose el reflejo verde de la lámpara distante. Eran lascas de un cielo muerto, esquirlas de la misma materia impía que la Iglesia había jurado contener. Al estar juntas, en tal cantidad, emitían una vibración grave, casi imperceptible al oído, pero evidente para los huesos; un zumbido que provocaba un leve dolor en los dientes.

Allí estaba la verdadera *Compostela*. No una tumba para un apóstol, sino un vertedero para las estrellas caídas.

El Cardenal extendió la mano, rozando apenas la superficie de aquel tesoro maldito. El frío emanado de las piedras atravesó la piel de sus dedos, ascendiendo por el brazo hasta anidar en su pecho. Retiró la mano con una mueca de disgusto, como al tocar carne enferma.

Empujó el cajón con violencia. El acero se cerró de golpe, ocultando la negrura y sellando de nuevo la radiación de aquel abismo portátil.

Visconti retrocedió un paso y alzó la vista, recorriendo con la mirada la inmensidad de la pared de archivos.

Sus ojos, acostumbrados a la penumbra, leyeron las etiquetas de latón que identificaban las otras gavetas, dispuestas en filas interminables: hacia la izquierda y la derecha, hacia arriba y hacia abajo.

Justo al lado de la que acababa de cerrar, marcada como *CAMPUS STELLAE*, había otra etiqueta: *HIEROSOLYMA*.

Debajo de esa: *ROMA - VATICANUS*.

Y más allá: *MECCA*. *VARANASI*. *TEOTIHUACAN*. *STONEHENGE*. *GIZA*.

Cientos de cajones. Cientos de ubicaciones sagradas.

El Cardenal Visconti suspiró, un sonido que se perdió en la inmensidad de los pasillos. El mundo creía los lugares santos puntos de conexión con lo divino, antenas hacia el cielo. Él, sin embargo, sabía la verdad. No eran antenas. Eran tapones. Sellos pesados y sagrados construidos sobre las heridas donde el universo había sangrado sobre la Tierra.

Y la Iglesia, en su infinita sabiduría y su abrumadora carga, era la única conserje de aquel cementerio cósmico.

—*Requiescat in pace* —susurró, no para los muertos, sino para los vivos que caminaban ignorantes sobre la corteza del mundo.

Apagó la luz. La oscuridad reclamó el archivo, y con ella, el silencio absoluto de las piedras que aguardaban, pacientes, su próxima resurrección.
